

ZACK
&
DORIAN

MI CAPRICHIO

—Oye, ¿dónde están los lobos? —le preguntó Mary, cansada de buscarlos entre la gente.

—La manada suele estar en el piso de arriba —respondió la camarera en un volumen suficiente alto para hacerse oír mientras señalaba una parte del local con la cabeza—. Si no están ocupados, claro.

—Vamos al piso de arriba —me dijo Mary al oído.

Negué con la cabeza y cogí mi vaso largo antes de seguir a Mary de nuevo entre la muchedumbre que bailaba. Me acabé la mitad de la copa antes de alcanzar las escaleras, notando el líquido frío, burbujeante y dulce bajando por la garganta y manchando las comisuras de mis labios. La gente iba y venía de la parte alta, bajando y subiendo, llegando a empujarnos en ocasiones, recibiendo tan solo miradas secas como respuesta y más empujones de nuestra parte. La sala superior no era mejor que la sala inferior, solo había un poco menos de gente y sillones semicirculares alrededor de mesas con mucho alcohol. Olía más fuerte, eso sí, y la luz dejaba de ser tan molesta y se convertía en una iluminación suave y de un azul frío.

Mary se detuvo a un lado, cerca de la barandilla metálica y echó otro rápido vistazo.

—Ahí están —me dijo, señalando con la cabeza a los sillones.

Miré discretamente mientras bebía más alcohol. Los lobos destacaban bastante porque, como habían dicho en la charla, eran muy altos, muy fuertes y bastante atractivos. Estaban rodeados de humanos que hacían todo lo posible por llamar su atención. La mayoría estaban borrachos o colocados, buscando desesperadamente a un Lobo que hiciera sus sueños húmedos realidad.

A mi me parecían estúpidos y patéticos.

—No te muevas, no quiero perderte de vista —me dijo Mary antes de irse con su copa en la mano a uno de esos sillones.

A ella siempre le habían gustado los rubios, así que eligió a uno de los lobos con el pelo plateado y brazos más grandes que mi cabeza que había en uno de los asientos pegados a la pared. Al parecer, era uno de los más «demandados» y tendría bastante competencia, pero Mary no había venido allí para conformarse con cualquiera. De eso no había duda. Me terminé la copa y me moví de mi sitio para ir a dejarla sobre una de las mesas redondas. Había mucha gente alrededor de un moreno de pelo largo y barba corta, demasiado ocupados riéndose y tocándole los brazos para darse cuenta de que me llevaba una de las botellas de vodka de la mesa. Allí no faltaba de nada, por supuesto, era la zona de la Manada. Encontré un asiento libre en la esquina de uno de los sillones más alejados y me senté. Empecé a beber directamente de la botella y a apoyar la cabeza en el respaldo mientras seguía el ritmo de la música con los pies. A veces creí escuchar que alguien me hablaba, pero yo ignoraba a todo el mundo y seguía bebiendo. No había ido allí a hacer amigos ni a buscar sexo. No era tan gilipollas como para intentarlo con los lobos.

—Eh, tú... —volví a oír a lo lejos antes de recibir un golpe en el hombro.

Giré el rostro con expresión seria y me encontré con uno de ellos, mirándome fijamente con sus ojos de un amarillo suave como el ocre. Era muy atractivo, por supuesto, pero todos lo eran; solo que este quizá fuera un poco más grande, bastante más calvo y mucho menos divertido que el resto.

—Esas botellas se pagan... —me dijo con su voz grave y seria.

Estaba rodeado de otros humanos que le alababan como a un dios, intentando tocarle allí donde podían. Sobre su camisa blanca que hacía resaltar más el tono tostado de su piel, abierta hasta casi el abdomen, mostrando un pecho abultado y fuerte repleto de un vello fino y negro, en contraste con la cadena plateada que colgaba de su robusto cuello de toro.

—¿Y por qué cojones piensas que no la he pagado? —le pregunté, ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos bajo mi vieja visera de beisbol.

No quería problemas con ningún lobo, porque incluso el más subnormal sabía que eran una raza peligrosa, pero aquel en concreto tenía algo que me resultaba especialmente desagradable. Quizá fuera su aire prepotente, su mierda de ropa de empresario de éxito, el enorme y absurdo vuelto que le hinchaba la entrepierna o su fuerte olor. El muy cabrón apestaba a un sudor caliente y denso que se podía distinguir incluso en mitad de aquella atmósfera cargada.

—Te he visto cogerla —respondió, apretando un poco los dientes y dedicándome una breve mueca de desprecio.

—Oh... —asentí—. Así que tienes a seis personas para ti solo, manoseándote y riéndose de todas las gilipolleces que dices, pero tú tienes tiempo para mirarme robando una botella de mierda.

—Lo que haga o no haga con mi tiempo es cosa mía, humano... —dijo con una voz más grave y enfadada, soltando esa última palabra casi como si fuera un insulto.

Resoplé y puse una sonrisa prepotente en los labios. Entonces me levanté, bebí un par de tragos más de alcohol y dejé la botella vacía sobre la mesa. El lobo me miraba por el borde superior de los ojos, respirando más pesadamente e hinchando su pecho definido y musculoso. Los hombres y mujeres que le rodeaban también me estaban mirando, entre sorprendidos y quizá también un poco asustados. No me importó, les dediqué a todos un corte de manga con ambas manos y me alejé dando pasos hacia atrás hasta girarme en dirección a la puerta de emergencias donde ponía «EXIT». Salir al aire fresco fue como una liberación, incluso aunque el callejón apestara a meados, era mucho mejor que el asqueroso aire del local. Me saqué la cajetilla de tabaco de mi cazadora militar y me puse uno en los labios, apoyando la espalda en la pared de ladrillos antes de encenderlo con el *zip*. Aun tenía que hacer tiempo hasta que Mary le comiera la polla a algún lobo, o follara o lo que cojones se suponía que había ido a hacer allí dentro. Podía haberme ido, y lo hubiera hecho de haber sabido que en menos de dos minutos la puerta de emergencias se abriría.

No quise mirar, concentrado en ladear el rostro hacia el final del callejón que daba a la calle. Sin embargo, me dejé el pitillo en los labios y metí la mano en el bolsillo, sintiendo el fiable tacto de mi navaja. La persona dio un par de pasos lentos y pesados, cerré un momento los ojos y respiré más fuerte. Yo nunca quería problemas, pero siempre acababa hasta el cuello de mierda; creo que haber

enfadado a un puto lobo debía estar en el top tres de mi lista personal de grandes errores. Y eso que era una lista difícil de superar.

El lobo se puso delante y, como era ya era evidente que había venido a por mí, le dediqué una mirada por el borde de los ojos. Era el del sofá, evidentemente, con su camisa abierta, su cinturón de cuero negro y sus pantalones de traje azul marino bien apretados contra unos muslos de caballo. De pie parecía incluso más peligroso que sentado, porque debía medir casi dos metros y tenía una espalda y unos brazos musculosos que la tela blanca apenas era capaz de contener. Me miraba fijamente con una expresión muy seria de su rostro fuerte y masculino. Ya no estaba seguro de si era calvo o se rapaba, porque se podía ver una fina sombra de pelo que se unía a su barba más densa y espesa. Cuando movió la mano, apreté con fuerza el mango de mi navaja y estuve a solo un instante de sacarla; pero el lobo solo cogió una caja metálica del bolsillo trasero de su pantalón y la abrió con un suave «click» entre el ruido de los jadeos y otros sonidos más sórdidos que llegaban desde la oscuridad tras el contenedor de basura.

El lobo sacó un purito largo y fino y se lo puso en los labios antes de utilizar una cerilla para encenderlo, tiñendo su rostro de una luz anaranjada y titilante antes de soplar la llama y apagarlo. Devolvió la caja al bolsillo sin dejar de mirarme y después se cruzó de brazos, sacándose el cigarro de la boca junto con una bocanada de humo azulado.

—La botella vale cincuenta dólares —me dijo.

Fumé una calada del pitillo, fingiendo una calma que en ese momento no sentía, y solté el humo.

—Pues vaya puto timo —murmuré.

—Es el precio —respondió, ladeando un poco la cabeza—. Lo hubieras sabido si la hubieras pedido en la barra y no la hubiera robado.

Me encogí de hombros y giré el rostro para mirarle de frente. Estaba a un par de pasos. Si me atacaba, tenía tiempo para correr lo suficiente lejos; y si no, le clavaría la navaja en el primer lugar que encontrara.

—Creía que era gratis —le mentí—. Para que la gente se emborrachara y fuera más fácil de llevar a ese lado —hice un gesto vago con la cabeza hacia la parte más oscura de la que salían los gemidos, gruñidos, arcadas, jadeos y demás música celestial.

—¿Crees que necesitamos que los humanos se emborrachen para follárnoslos? —preguntó antes de llevarse el purito a los labios y fumar otra calada—. Vienen aquí porque buscan un buen Macho...

Asentí y me pasé la lengua por los dientes.

—Pues que bien...

Al lobo no pareció gustarle mi respuesta ni mi tono indiferente, porque puso una media sonrisa cerrada y asqueada. Con el purito de vuelta en los labios, dio un paso a un lado hacia un lado, acercándose y empezando a ponerme nervioso. Pensé en salir corriendo ya, pero cuando miré hacia la luz de las farolas sobre la acera a lo lejos, el lobo ya me había cerrado el paso, apoyando el hombro en la pared e interponiéndose.

—Pareces nervioso... —murmuró, como si se riera de mí—. Tranquilo, no te voy a comer...

Tan cerca, no me quedó otra que levantar un poco la cabeza para mirarle a los ojos. Yo era alto, pero el cabrón seguía sacándome veinte centímetro de altura y casi doblándome en el ancho del cuerpo. Pero eso ni siquiera era lo peor, lo peor es que aquella puta peste que le rodeaba se hizo incluso más densa y fuerte, entrando por mis fosas nasales y haciéndome perder por un segundo la respiración. Era asqueroso, yo sabía que era asqueroso, pero por alguna razón, cuanto más lo respiraba, más me estaba empezando a gustar. No, quizá «gustar» no era la palabra. Más bien era algo similar a «atraer». Había algo jodidamente sucio y primitivo en aquella peste que me estaba nublando los sentidos. El corazón me latía más rápido, ya no sabía si por el miedo o porque aquellos ojos de un suave amarillo me estaban mirando como si fuera un puma salvaje a punto de echarse sobre una presa.

—Pues qué bien... —repetí, pero tuve que tragar saliva al final porque tenía la boca seca y pastosa.

El lobo fumó del cigarro, prendiendo la punta de un anaranjado intenso antes de soltar el humo azulado directamente a mi cara. De no haber sido un lobo, ya le habría dado un puñetazo en la cara.

—Sí, qué bien —murmuró con un marcado tono de desprecio en la voz y sin sacarse el purito de los labios.

Entonces se produjo un momento de silencio y tensión que se alargó hasta que el lobo volvió a darle una calada al purito para echar el humo a la cara. Yo conocía el lenguaje de la calle y sabía que me estaba provocando con aquello, menospreciándome e insultándome sin necesidad de decir nada. Pero me encontraba en una situación complicada, por muy enfadado que estuviera con el muy gilipollas, seguía siendo un jodido lobo enorme y muy peligroso; así que me tragué mi orgullo y le dije:

—Mira, no quiero problemas. He venido con una amiga y solo estoy esperando a que termine. La semana que viene te pagaré los cincuenta dólares —era una mentira, por supuesto, porque yo no iba a volver por allí en mi puta vida.

—No quiero cincuenta dólares —respondió en voz baja.

Asentí, cogí una bocanada de aire y miré al frente, hacia la pared de ladrillos sucia, antes de seguir fumando un pitillo que casi se había consumido entre mis dedos. Si a esos gilipollas les iba la mierda del control y esas cosas que habían dicho en la charla, quizá si le dejaba ganar y le ignoraba, se diera por satisfecho y se fuera. Esperé hasta terminarme el pitillo y arrojé la colilla hacia un charco no muy lejano, pero el lobo seguía allí, a mi lado, con su peste y su enorme cuerpo bloqueándome la salida. Entonces se movió. Creí que al fin había pasado todo y me concentré en mirar al frente y no parecer «agresivo»; sin embargo, el lobo solo se metió una mano en el bolsillo y se acercó el poco espacio que quedaba entre nosotros, pegando su pecho abultado y abierto contra mi hombro. No pude evitar chasquear la lengua y girar el rostro hacia la oscuridad del callejón, tratando de no ahogarme con aquella peste a sudor.

Estaba nervioso, algo asustado y muy enfadado, pero también había algo más. Algo que acompañaba a esa sensación de peligro, una extraña necesidad, una

excitación que no entendía por un lobo que estaba empezando a odiar más que a nadie en el mundo. Seguramente fuera el alcohol que había bebido, que me estaba confundiendo tanto junto con aquella peste y le estaban mandando mensajes erróneos a mi polla ya bastante dura. Él se sacó el purito de los labios, golpeó el borde con el pulgar y volvió a echarme el humo a la cara, acercando su rostro y dejándolo flotar lentamente en el aire nocturno. Una última muestra de desprecio y superioridad con la que, quizá, ya se quedaría contento. Sin embargo, se quedó así un poco más, con la cabeza gacha y resaltando su gran tamaño, me dijo:

–Vamos al callejón.

Giré el rostro al momento, dedicándole una mirada por el borde superior de los ojos. Él no parecía contento ni sonreía con superioridad como si me lo hubiera propuesto solo para humillarme un poco más. En realidad, parecía molesto con la idea, casi tanto como yo. Pero ahí estábamos, mirándonos fijamente y en silencio y, por un instante, la idea me puso terriblemente cachondo. Quizá él lo notó, no sé cómo porque mi expresión seguía siendo tan seria y firme como antes, porque empezó a jadear un poco entre los labios y, apretando la mandíbula con fuerza, repitió:

–Vamos...

Tardé unos segundos, y fue solo ese momento en el que me agarré a mi orgullo, lo que me impidió girarme directo al callejón; justo el momento en el que sentí una vibración en los pantalones y saqué la mano con la que sujetaba mi navaja para buscar el viejo móvil.

–Mi amiga me está llamando – dije con un tono muy calmado para el torbellino de emociones que sentía por dentro.

–Tu amiga puede esperar –gruñó, produciendo un leve y bajo gorgoteo desde la garganta.

–No es de las que esperan –negué, saliendo de la pared y girando lentamente en dirección a la luz. Fue un momento de tensión, porque el lobo no dejaba de mirarme fijamente, visiblemente enfadado y con la mandíbula muy tensa.

–Yo tampoco... –me dijo cuando pasé por su lado. Aunque no estuve seguro de si fue una advertencia o un aviso.

Le eché una última mirada por el borde de los ojos y solté un breve «Ahm...» antes de irme. Estaba claro que no iba a volver y me sentí mucho más seguro ahora que sabía que podría huir corriendo. Así que me tomé la licencia de dar un par de pasos marcha atrás y decir:

–Pues qué bien... –antes de sonreír como un cabrón.

Ya me daba igual. No iba a volver por allí y no iba a volver a ver jamás a aquel puto lobo. O eso era lo que creía...

A la semana siguiente, Mary quiso regresar, y después de pasarme seis días pelándomela como un mono pensando en el pedazo de bulto en la entrepierna del lobo calvo y soñando con ese callejón, solo pude decir que sí.

–¡Dos de vodka con Coca-Cola! –le gritó Mary a la camarera.

Después se volvió a ajustar la falda y se giró hacia mí, aunque en realidad lo que quería era mirar hacia el balcón del piso superior donde estaba la manada en sus

sillones. No se veía mucho, pero ella puso una expresión de preocupación seguida de otra de desprecio.

– Hay una zorra ahí arriba que lleva una blazer sin nada debajo – me informó. Eché un rápido vistazo.

– Tú llevas un top sin nada debajo – le recordé.

– ¿Debería quitármelo?

– Quizá deberías intentar acariciarle el brazo antes de enseñarle las tetas – le sugerí.

– Eso no funciona – negó ella, muy convencida de sus palabras.

La camarera nos sirvió las copas y se llevó el dinero con una rápida sonrisa tan falsa como el rubio de su pelo. Le di un par de buenos tragos y eructé un poco antes de seguir a Mary al piso superior. Atravesamos a la misma gente que bailaba y empujamos a los mismos cuerpos sin rostro que subían y bajaban las escaleras hasta llegar al piso superior. Llegar allí fue como si la semana no hubiera pasado. No porque el lugar fuera el mismo, sino porque los lobos estaban en los mismos asientos rodeados de, juraría, las mismas mujeres y hombres.

– Ten el móvil a mano por si te llamo – me dijo Mary antes de salir precipitada a la esquina, donde estaba su rubiazo de ojos azules y brazos más grandes que mi cabeza.

No tardé demasiado en caminar por las mesas en busca de una botella de vodka frío y abierto. Cuando levanté la mirada hacia el final de aquella parte elevada del local, miré unos ojos atentos y una expresión muy seria a lo lejos. Me bebí un par de buenos tragos y solté el aire, dejando la botella de camino en la primera mesa que encontré. Había tomado una decisión: iría allí, me follaría al lobo subnormal, se me quitaría el calentón y no volvería jamás. Ya no era cuestión de orgullo, era solo necesidad. Así que le hice una breve y rápida señal con la cabeza hacia la salida de emergencia y me saqué un pitillo que encendí incluso antes de salir. Me quedé con la espalda apoyada en la pared, fumando bastante rápido porque estaba nervioso e impaciente. Cuando oí el crujido de la puerta, moví al instante la mirada para ver al lobo, con el pelo más largo pero, aun así, bastante corto, tanto como para que no hubiera diferencia entre la patilla y la barba, uniéndose en solo una gran circunferencia de pelo negro. Me miró con expresión muy seria y dio un par de pasos, pero no hacia mí, sino hacia la pared de enfrente a dónde yo estaba.

Como la primera vez, parecía enfadado y se sacó la caja metálica de puritos para ponerse uno en los labios y encenderlo con una cerilla. Aquella semana se había puesto una camisa igual de ceñida, pero de color beige claro muy similar a sus ojos, junto con unos pantalones de traje marrones que apenas podían contener ese enorme bulto con el que había estado tan obsesionado.

– ¿Vamos o qué? – le pregunté con un tono seco.

El lobo no dejó de mirarme mientras entreabría los labios y dejaba escapar una voluta de humo azulado. No dijo nada, solo cruzó los brazos y siguió fumando frente a mí.

– No tengo toda la puta noche y no te lo voy a preguntar dos veces – le aseguré, porque todo ese jueguito de gilipollas prepotente y silencioso me tocaba mucho los cojones.

Todavía sin decir nada, movió una mano solo lo suficiente para indicarme con un dedo que me acercara. Eso me jodió. Muchísimo. Ya había tentado mucho a mi orgullo yendo allí aquella noche para follarme al lobo, como para que aún por encima el muy gilipollas se pusiera digno. Yo era muy guapo y tenía buen cuerpo. Era mejor que cualquiera de los otros subnormales que estaban sentados en su sillón de mierda y no iba a llorar detrás de él como si no lo supiera.

—No —sentenció con un tono apenas controlado—. Ven tú...

El lobo tensó la mandíbula y dejó la mano bajo su enorme brazo musculoso, aspirando otra calada de humo y prendiendo la punta de su purito.

—Te he dicho que yo no espero por nadie... —me recordó—. Si lo quieres... ven —terminó diciendo eso con la voz más grave y densa, casi como uno de esos gruñidos.

—Ah... —comprendí—. Yo soy el único que lo quiere. —Solté un jadeo y sonreí un poco antes de asentir—. Ya veo...

Fumé una calada del pitillo y, tranquilamente y sin dejar de mirarle, me metí la mano debajo del chándal para frotarme la polla. Oí otro gruñido más alto mientras el lobo parecía cada vez más enfadado.

—Tranquilo, no te voy a comer... —murmuré, recostando la cabeza en la pared mientras seguía masturbándome de una forma nada sutil—. Tienes un minuto o así para acercarte antes de que me corra, después me iré.

El lobo apretó tanto los dientes que debió joder la boquilla del purito. Me miraba con verdadero odio en los ojos, pero en sus pantalones aquel bulto ya estaba empezando a tomar una forma incluso más gruesa y alargada de lo que ya era. No me privé de clavar la vista allí, perdiendo la sonrisa cuando noté aquella peste a sudor y la intensa excitación que la acompañaba. Le había dicho que tenía un minuto, pero quizá no llegara ni a los veinte segundos. Entonces él se movió, dando un paso fuerte para apartarse de la pared y sorprendiéndome un poco. Se quitó el purito de los labios y lo tiró con asco a un lado para quedarse frente a mí, pegando su frente a la mía y mirándome como si estuviera a punto de matarme.

—Espero que sepas lo que estás haciendo... —me dijo, apretando con fuerza los dientes de gruesos colmillos.

Sin más, me agarró fuerte de la muñeca que tenía medio metida dentro de los pantalones y tiró de mí hacia un lado, desequilibrándome y casi llegándome a tirar al suelo.

—¿¡Qué cojones t...!?! —pero antes de que pudiera terminar, ya me tenía agarrado de la nuca y empujaba de mí hacia la oscuridad del callejón. Traté de liberarle, porque eso no me estaba gustando nada, pero el lobo solo gruñó más, apretó más fuerte y tiró más rápido en dirección a la penumbra de la que llegaban tantos jadeos y sonidos. El lugar era oscuro, pero se diferenciaban sombras y posturas bajo la fina lluvia. Había un par de lobos allí con otros humanos, que estaban haciéndoles... un poco de todo, pero el que me tenía sujeto no se detuvo hasta alcanzar una esquina cubierta y tranquila. Me empujó contra la pared y se pegó mucho a mi espalda, encerrándome bajo su enorme cuerpo mientras no paraba de gruñir y frotarme la entrepierna completamente dura.

—¡Joder, me haces daño! —le dije.

Estaba tan enfadado como excitado. Una mezcla bastante confusa que me hacía apretar los dientes y jadear. Pero el lobo no estaba mucho mejor que yo, dándome la vuelta y tirando de mi muñeca para ponerme de frente a él. Antes de darme cuenta, ya tenía su rostro pegado al mío y sentí su lengua queriendo abrirse paso entre mis labios entreabiertos. Gemí por la sorpresa, y después gemí porque el muy gilipollas tenía una lengua enorme y gorda que te llenaba la boca. No sé cómo explicarlo, no era la técnica ni la forma en lo que lo hacía, solo el tamaño y la sensación de plenitud que me hacía sentir; por desgracia, fue el mejor beso que me habían dado nunca y me puso como una jodida perra.

El lobo me besaba y casi no me dejaba respirar, metiendo una mano por debajo de mi camiseta mientras sumergía la otra en el interior de mi chándal. Levanté una pierna y le rodeé la cadera, facilitándole el acceso a mi ano, que no dudó en acariciar con la punta de los dedos. Su tacto no era suave en absoluto, sus manos eran enormes y algo callosas, algo ásperas por momentos, pero las utilizaba de una forma casi delicada: solo apretaba lo suficiente y después las movía a otro lugar que quisiera explorar mientras no dejaba de meterme esa lengua con regusto a purito.

Yo también le buscaba, inmerso en aquella peste y en un placer que no me esperaba sentir. Tocaba su enorme pecho bajo la abertura de la camisa, sus bíceps más grandes que mi cabeza, sus abdominales sobresalientes y marcados, e incluso su culo, que se merecería un párrafo propio de descripción. Al lobo parecía gustarle tanto como a mí, pero a la vez gruñía y se enfadaba cuando llegaba a algunas partes como el cuello o me acercaba demasiado a la entrepierna. Yo le ignoraba, por supuesto, lo que solo le enfadaba más y le hacía besarme más fuerte y apretarme más contra la pared hasta casi ahogarme.

Aquello ya estaba superando con creces todos los sueños húmedos que había tenido sobre aquel momento, y eso que solo nos estábamos tocando el uno al otro como una panda de adolescentes salidos y desesperados. En algún momento el lobo se detuvo, separó su boca empapada en saliva y apartó la mano con la que había estado jugando con mi ano para meterme los dedos en la boca y mojarlos bien antes de devolverlos a su sitio. Apreté los dientes y solté un gruñido grave al notar como uno de ellos se adentraba en mi interior. Como ya había empezado el juego duro, no dudé en bajar la mano desde su pecho cálido y firme hacia el cinturón, desabrochando rápidamente la hebilla y el botón para alcanzar el gran premio.

Bien, creo que a esto sí he de dedicarle un párrafo propio. Su polla era enorme. Eso no era algo que no supiera ya, porque tampoco lo trataba de ocultar en esos pantalones de traje ceñidos, pero tocarla estando dura, resultaba incluso intimidante. Era del grosor de una lata de bebida energética Monster y, a ojo, debía medir unos veintidós o veintitres centímetros; por si eso no fuera poco, estaba empapada en líquido preseminal y apestaba tanto que nada más sacarla me llegó tal olor que me dejó sin aliento. Verla, era muy excitante; pensar que te la iban a meter hasta el fondo, asustaba un poco. Por suerte, yo ya estaba tan jodidamente cachondo que no me paré a pensar en ello.

Cuando empecé a masturbarle de arriba abajo, centrándome más en la cabeza caliente y húmeda, el lobo jadeó más, me besó más fuerte y me metió el dedo por

el culo más al fondo. Gemí en su boca, apreté los dientes cuando me metió un segundo dedo y volví a abrir los labios cuando utilizó su propio líquido preseminal para humedecerse la mano y meter incluso un tercero. Parecía mucho, pero ambos sabíamos que iba a necesitarlo si quería meterme aquella puta monstruosidad de polla. No estuve seguro de cuánto tiempo paso, porque me perdí entre los jadeos, las sensaciones y el fuerte olor que lo apestaba todo. Solo fui consciente del momento en el que me cogió en brazos, sujetándome las piernas y levantándome en el aire hasta tenerme pegado a la pared a la altura suficiente para que le fuera cómodo apretar la punta de su miembro contra mi ano dilatado.

—Ten cuidado... —le advertí con una mirada seca.

—Si tienes miedo, no haberme provocado... —respondió, apretando un poco para empezar a sumergirse dentro de mí, muy, muy lentamente, casi como una tortura.

Abrí los labios y perdí el aliento. Era demasiado, era demasiado, no iba a poder, pero seguía adelante, joder, era mucho, no, no, y entonces: sí. El culo se me empezó a empapar de líquido pegajoso, caliente y apestoso, llegando a deslizarse gotas por entre mis nalgas solo por lo muchísimo que el lobo se mojaba sin parar a medida que se metía más y más dentro de mí. Cuando ya estuvo la mitad dentro, el resto no fue nada.

—¿Quieres meterla de una puta vez?! —le grité.

A lo que el lobo gruñó con fuerza y, con un movimiento de cadera, me la clavó hasta el fondo. Vi las jodidas estrellas. Tenía el culo al límite y completamente lleno. No es una sensación que se pueda comparar con nada exactamente, a no ser que también te hayas follado a un lobo con la polla enorme; o, quizá, que hayas hecho fistingh y te hayan metido un brazo por el culo. Le golpeé el pecho duro y firme y eché la cabeza atrás, necesitando un par de segundos de respiraciones profundas para volver a mirarle a los ojos y jadear:

—Fóllame... bien duro.

Y eso hizo. Lo que pasó exactamente, no puedo recordarlo. Sé que era una sensación tan abrumadora que creía que en algún momento me daría algo. El lobo jadeaba, me besaba, me encerraba entre su cuerpo y la pared y no dejaba de agitar la cadera. Yo le rodeaba el cuello, tiraba de su camisa, le arañaba un poco la espalda y me agarraba de todo lo que podía mientras ahogaba gritos y jadeos que no estaba del todo seguro que fuera de placer. Como me pasaba con ese lobo, era todo muy confuso y había una mezcla de emociones que pasaban de un extremo al otro a la velocidad del rayo. Se corrió por primera vez en menos de diez embestidas. Lo supe porque gruñó más alto y sentí el calor denso de su corrida en mi interior; después llegó a la segunda, inmerso en una especie de enfado repleto de gruñidos graves; de la tercera sí me acuerdo porque noté otra de aquellas oleadas calientes dentro de mí y fue cuando empezó a mordirme en la parte baja del cuello; y no se detuvo hasta alcanzar la cuarta. Entonces todo cesó. El lobo abrió la boca babada, tragó saliva y levantó el rostro sudado hacia el cielo del callejón. Frunció el ceño e interrumpió sus jadeos acelerados para poner una breve mueca de incomodidad mientras su polla, por si ya fuera poco, empezó a hincharse dentro de mí. Una inflamación de esas proporciones para un

novato... sí, era como querer pilotar una nave espacial cuando no sabías ni montar en bicicleta. Por suerte, estaba tan jodidamente relajado y flipado que no opuse resistencia alguna y, lentamente, las paredes de mi recto se adaptaron a aquella nueva necesidad.

Ninguno de los dos dijo nada. Simplemente nos quedamos allí, con las frentes sudadas y pegadas, recuperando el aliento, tan pegados que compartíamos el vaho caliente, con los ojos cerrados y sin mirarnos. Como si hubiéramos cometido un crimen y ahora tuviéramos un oscuro secreto que jamás le contaríamos a nadie. En parte, eso podría ser bastante cierto, porque estaba seguro de que el lobo sabía tan bien como yo que aquella follada había fluido demasiado rápido entre el odio y la excitación. No había amor ni cariño allí. Solo dos hombres que no se gustaban, pero que, por algún motivo, se atraían muchísimo el uno al otro. Así que, cuando la inflamación terminó y abrí lentamente los ojos, me encontré con los suyos, de un ocre suave y casi brillante en la penumbra que nos rodeaba. Como casi siempre, solo parecía serio y enfadado, incluso después de haberse corrido cuatro veces. No se me ocurrió otra cosa que darle un par de palmadas en la mejilla y decir:

— Buen chico. Ahora, bájame.

Apartó los brazos tan rápido que casi me precipité de culo al suelo mojado, por suerte, tuve buenos reflejos y me apoyé contra la pared, apretando mis piernas temblorosas y con los pantalones por las rodillas ante de recibir el golpe. Levanté la mirada con una expresión seria.

— Como vuelvas a hacer eso, te quemó el puto coche —le advertí.

El lobo ya se estaba metiendo su enorme polla flácida dentro de los pantalones y abrochándose el cinturón sin dejar de mirarme desde lo alto con una de sus caras de desprecio.

— Creo que no entiendes que solo te he hecho un favor... —murmuró—. No te imaginas la suerte que has tenido conmigo, así que deberías ser un humano agradecido y tener un poco de respeto.

Preferí incorporarme y subirme los pantalones antes de recobrar el orgullo y la dignidad, aunque con lo dilatado que tenía el ano y lo empapado y pegajoso que tenía el culo después de la tremenda follada que me había echado, pareciera difícil.

— Que yo recuerde, solo estaba fumando tranquilamente cuando tú te echaste sobre mí —le dije, sacándome un cigarro para ponerlo en los labios y encenderlo en mitad de la penumbra, iluminando mi rostro y el pecho del enorme lobo con una luz breve y anaranjada—. Fuiste tú... —solté el humo y puse el dedo índice y anular en su pecho con la misma mano con la que sostenía el pitillo—, quien se acercó...

El lobo apretó la mandíbula gruesa, alzó la cabeza con orgullo y elevó el pectoral en una postura muy orgullosa.

— Eso no volverá a pasar jamás —juró, a mí y, quizá, a sí mismo.

— Claro que no —asentí—. Hasta nunca, grandullón —y me fui, dejándole con la palabra en la boca y gruñendo como un gilipollas.

Yo sonreía y fumaba en dirección a la luz y a la salida. Miré el móvil para comprobar que Mary ya me había llamado un par de veces y puse los ojos en

blanco. Le mentí cuando percibió mi peste a lobo, le dije que no había follado, solo que me había juntado mucho a uno en el sofá. También le dije que no volvería jamás al Luna Llena. También mentí.

— ¡Qué puto asco! — gritó Mary tras beberse su chupito, poniendo un montón de expresiones como si estuviera a punto de vomitar. Lo que solía hacer siempre que pedía tequila —. Ahora el otro... ¡Ah, qué puto asco! — repitió tras beberse. Le di un momento para recuperarse e hizo una señal para que fuéramos a la parte superior, donde estaba la manada. Allí había tanta gente como siempre y nos separamos en el mismo punto al lado de la barandilla, con una advertencia muy seria de Mary sobre estar atento al móvil y no «dejarla tirada». Aunque, en realidad, la única que me había dejado tirado a mí en el pasado, había sido ella. Cuando se alejó en su desesperada búsqueda por la polla del lobo rubio, no lo dudé y clavé la mirada al fondo del local, a ese sofá apartado. Un rostro enfadado de cabeza rapada, piel tostada y ojos ocre, ya me estaba mirando de vuelta.

Yo no había estado bromeando al decir que no iba a volver. Lo juro. Estaba convencido de que después de haberme metido aquella polla, haber tardado casi una hora en recuperar el tamaño normal de mi ano y haber cagado casi medio litro de semen; ya estaría más que asqueado de los lobos. Y, sobre todo, de *aquel* lobo. Pero me había equivocado. Su olor a sudor denso y fuerte se había pegado a mi ropa, apestando mi casa y destruido mi capacidad de pensar con claridad. A lo largo de la semana me había encontrado a mí mismo recordando aquel polvo salvaje en el callejón, excitándome como un puto crío estúpido y enfadado porque, aunque odiaba a aquel lobo, también me atraía de una forma que no era capaz de explicar. Le despreciaba, pero ese desprecio iba acompañado de una excitación enajenada; no soportaba su peste, pero cada vez me parecía más y más agradable, casi como una droga que no podía dejar de esnifar sobre mi ropa; no me gustaba su ropa de empresario gilipollas y su expresión seria y prepotente de rey del mundo, como si todo fuera suyo, pero a la vez esa aura de poder frío y condescendiente era lo que me hacía volver. Siendo sinceros, yo siempre había tenido una perturbadora relación con las figuras de poder, y nadie parecía más poderoso allí que ese lobo.

Caminé hacia una de las mesas, cogí una botella de vodka frío y me la lleve a una columna donde apoyé el hombro, mirando fijamente al lobo mientras la bebía trago a trago. No iba a humillarme después de haber salido tan airado la última vez, pero eso solo complicaba mi objetivo de volver a ese callejón para una furiosa y salvaje segunda ronda de sexo duro y apestoso. Aunque, por lo fijamente que el lobo me miraba, creía que habría la posibilidad de conseguirlo. Incluso rodeado de humanos que trataban de llamar su atención y acariciarle los abdominales y los brazos, a mí era al único que miraba. No fue hasta el décimo trago, quizá cinco o seis minutos después, que me limpié los morros con la manga de la cazadora militar y le vi moviendo una mano apoyada en el respaldo del sofá para indicarme con un solo dedo que me acercara a él.

Hubo un momento de duda, un grande. Mi orgullo y mi necesidad lucharon una batalla encarnizada por la victoria. A mí no me iba a mandar acercarme como a un camarero, pero aquel lobo también era muy orgulloso y, si se parecía a mí, no habría segunda oportunidad. Así que me moví, me aseguré de poner una expresión aburrida y echar una ojeada a un lado como si buscara algo mejor que hacer antes de acercarme al sofá. Me quedé de pie, por supuesto, y, tras compartir otra de nuestras miradas fijas y silenciosas, el lobo ordenó a la mujer sentada a su lado que me dejara sitio. Ella resopló, indignada y sin creérselo, se levantó, se bajó la falda de su vestido cortísimo y se fue con la cabeza muy alta. Yo me dejé caer en su sitio, como si solo fuera otro asiento libre en el club, sin darle mayor importancia al enorme lobo a mi lado ni a su denso y penetrante olor. Sentí que se inclinaba y apreté los dientes para contener un gemido de placer al sentir su aliento cerca de la oreja.

—Solo era para decirte que la botella son cincuenta dólares, y que es mejor que esta vez los pagues... —giré el rostro hacia él y me enfrenté a su mirada—. Ya puedes irte —añadió entonces.

No dije nada, por supuesto. No me levanté indignada como aquella mujer porque eso era todavía más humillante que el simple rechazo. Así que, me incliné de vuelta, queriendo acercar los labios a la oreja del lobo, aunque él ladeara el rostro y gruñera como una advertencia. No les gustaba que te acercaras demasiado a su cuello, al menos en eso, sí había acertado la subnormal de la charla. Levanté una mano de dedos fríos por el contacto de la botella y la coloqué en el pecho musculoso, grande y firme del lobo, no dentro de su abertura, sino sobre la camisa blanca que llevaba aquella noche.

—Ten cuidado conmigo, grandullón —le dije en un tono bajo pero audible por encima de la música alta y los bajos que hacían retumbar la caja torácica—. O lo tomas o lo dejas, pero conmigo no se juega...

Me aparté un poco, lo suficiente para volver a mirar fijamente sus ojos amarillentos bajo la suave luz azulada de aquella parte del local.

—Conmigo tampoco... pequeño —respondió—. No tienes ni puta idea de quién soy yo.

—Qué miedo... —le dije, encogiéndome de hombros.

Eso le hizo apretar los dientes y soltar aire por la nariz de fosas anchas.

—No me van los niños gilipollas e inmaduros.

—Ya... a mí tampoco me van los subnormales prepotentes como tú, pero aquí estamos.

No dejamos de mirarnos, creando un pequeño universo en el que solo estábamos él y yo. Sin música de fondo ni demás gente, solo una terrible peste a sudor, unos ojos de un ocre suave y mi mano acariciándole lentamente los abdominales bajo la camisa. Según decían, eso les gustaba, y yo estaba dispuesto a poner mi granito de arena para conseguir lo que quería. Sabía que iba bien, porque bajo sus pantalones negros de traje y cinturón de cuero, aquel obsceno bulto había empezado a tomar la forma gruesa y alargada que tan bien había podido experimentar la semana anterior.

—Vamos al callejón —murmuré, pegando mi rostro al suyo, acercando los labios, pero solo rozándolos suavemente.

El lobo tragó saliva y gruñó un poco por lo bajo, no sé si excitado, enfadado u ofendido. Ya era difícil de diferenciar esas emociones en él, como, supongo, me pasaba a mí.

—No —respondió—. Quiero bailar.

Solté un murmullo de interés y asentí.

—De acuerdo —le dije.

El lobo hizo una señal con la cabeza para que fuera primero y me levantara. Con un suspiro y los ojos en blanco, lo hice. Él me siguió a los pocos segundos, dejando atrás a un grupo de humanos decepcionado y frustrado. El lobo volvió a hacerme una seca señal hacia las escaleras que descendían a la pista de baile y, esta vez, le hice un corte de manga para que supiera que, o relajaba esa actitud de machito alfa, o ya le podían ir dando por el culo. Cuando me di la vuelta, me agarró de la nuca y de una muñeca y caminó detrás de mí.

—No me gusta esa mierda —me quejé, revolviéndome un poco.

—Cierra la puta boca —gruñó, apresurando el paso para descender las escaleras y hundirnos en el mar de gente que bailaba.

Llegado el momento, me empujó hacia delante y me volví bastante enfadado para, como mínimo, darle una patada en los huevos. Sin embargo, no tuve tiempo ni de reaccionar antes de que se pegara a mi espalda, me rodeara con los brazos, bajara los labios a mi cuello y empezara a moverse al ritmo de la música. A los lobos les gustaba bailar, y, la verdad, para lo grande que era, ese lobo lo hacía muy bien. Fue algo complicado al principio, porque se pegaba mucho y quería marcar el ritmo y a mí me gustaba tener libertad; sin embargo, poco a poco, fuimos fluyendo hacia un punto medio, canción a canción, alcanzamos una cadencia a mitad entre sus necesidades y las mías. Entonces, fue la hostia. El sudor, el calor, la proximidad y aquella peste densa me tragaron por completo. El lobo se pegaba y jadeaba, a veces me recorría el cuerpo con las manos y se detenía en sus partes favoritas, dándome esporádicos besos en los labios o en el cuello, algo que parecía excitarle bastante.

No sé cuánto tiempo pasó, pero podríamos habernos pasado allí la noche entera y no haberme importado. Sin embargo, en algún momento, el lobo empezó a meter la mano bajo mi pantalón de chándal y a incluir algunos dedos indiscretos en su rotación de manoseo y besos. No me importó en absoluto, solo tuvimos que adaptarnos a ese nuevo ritmo más lento y sin menos movimiento para que el lobo pudiera ir explorando más y más el interior de mi culo. Como la primera vez, empezó por lubricarlos en mi boca, pero después se desabrochó el cinturón y, usando mi cuerpo como escudo para que no lo vieran, se empapó la mano por completo de líquido preseminal para continuar. Yo jadeaba en su boca, tratando de respirar entre beso y beso mientras él jugaba con mi punto G a placer. «Serás hijo de puta», «cabrón de mierda, no pares», «jodeeeeerrrr» eran algunas cosas que me brotaban de los labios de vez en cuando, enloquecido y abrumado una vez más.

Era una puta locura, porque no dejábamos de bailar. Las luces centelleantes nos iluminaban de vez en cuando y podía ver el rostro masculino y duro del lobo. Ya no me miraba con enfado y seriedad, sino que fruncía levemente el cejo de cejas negras, entreabría los labios y disfrutaba enormemente de cada uno de mis

gemidos ahogados. En un punto, empezó a agarrarme con fuerza del cuello para obligarme a levantar la cabeza hacia él. Decía cosas que no podía entender por la música y por lo nublado que tenía el juicio. Entonces, sacó los tres dedos que tenía hundidos por entero en mi culo y tiró de mí en dirección a las escaleras. Esta vez no me quejé, solo traté de mantenerme en pie y parpadear para aclarar mi visión humedecida. Creía que íbamos al callejón, pero, con mi cuello todavía sujeto y su otra mano apresándome la muñeca con fuerza, me guio hacia el pasillo. Pensé que iríamos a los baños donde había una cola de gente esperando, pero se detuvo a mitad del trayecto y me soltó la muñeca para abrir una puerta negra y sin señalización. Como al parecer le gustaba, me empujó al interior y cerró a sus espaldas.

Al encender la luz vi que se trataba de un pequeño almacén con cajas de refrescos y alcohol. No puedo dar una descripción mejor, porque el lobo no me dio mucho tiempo para ocuparme de nada que no fuera él. Le desabroché la camisa, o al menos lo intenté antes de tirar directamente, rompiendo los botones que me impedían recorrer su musculoso torso de arriba abajo. Eso le enfadó o algo, porque me dio la vuelta con rabia y, sin más, me bajó el pantalón de chándal antes de agarrarme de las muñecas, obligarme a inclinarme hacia delante, poner el culo en pompa y aceptar que había una grotesca polla que no iba a esperar demasiado por entrar dentro de mí. Por suerte, yo ya estaba muy, muy dilatado después de tanto dedo y, además, aunque no pudiera verla, pude notar lo increíblemente mojada que estaba. Así que prácticamente entró sola, empapándome las nalgas y haciendo gritar de puro placer.

— ¡Joder! ¡Sí! ¡Pedazo de hijo de puta!

— ¡Te he dicho que cierras la puta boca! —rugió de vuelta, empezando un encarnizado movimiento de cadera como venganza.

Fue... bastante intenso. Estaba completamente paralizado, con el cuerpo inclinado, agarrado por las muñecas y al merced de un lobo enorme y enfadado que no tuvo misericordia a la hora de follarme. Llegó a la primera en apenas segundos, después tardó un poco más hasta la segunda, cuando tiró de mí para agarrarme con fuerza del cuello y morderme el hombro de camino a la tercera, calvándome ligeramente los colmillos y gruñendo muy fuerte al correrse una cuarta y última vez. Entonces se detuvo, dejó de morderme y bajó su mano con la que creía que iba a ahogarme. Me rodeó el cuerpo para que no me moviera durante la inflamación y se quedó jadeando cerca de mi oreja. Yo apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos. Todavía me costaba procesar lo que había sucedido. Me había corrido, de eso estaba seguro, pero creo que también me había meado un poco y había llorado. Al menos tenía las mejillas húmedas y los ojos borrosos.

El lobo empezó a rozar el rostro sudado contra mi pelo suavemente, casi como una caricia, algo extraño e inesperado que acepté porque estaba flotando en una nube de calma y tranquilidad como nunca había sentido. Nos pasamos así los cuatro minutos que duró la inflamación, hasta que dejé de sentir esa presión y pudimos separarnos. Lo primero que hice fue levantarme el chándal de los tobillos y tratar de ignorar aquella sensación de humedad viscosa que me llenaba las nalgas e incluso los muslos por donde había goteado.

—Joder... —le oí murmurar con un tono seco.

Me giré un poco para verle con la cabeza gacha y expresión seria, tratando de guardarse la polla flácida dentro de unos pantalones demasiado sucios. Aunque la tela fuera negra, bajo la luz amarillenta del almacén era fácil distinguir el gran lamparón húmedo que había por toda su entrepierna, como si se hubiera medado encima. Por supuesto, era todo líquido preseminal producido sin control alguno durante la excitación. Sonreí y saqué un pitillo de la cajetilla en mi bolsillo.

—¿Eso es normal o es porque no te van los niñatos gilipollas e inmaduros? —le pregunté.

El lobo me clavó una mirada seria por el borde de los ojos y gruñó a forma de advertencia.

—No... no es lo normal... —reconoció, no sin un tono molesto en la voz —, pero, que yo sepa, el que me estaba rogando que le follara eras tú a mí.

Me encogí de hombros y, como él había hecho, reconocí sus palabras antes de sacarme el pitillo de los labios.

—Me pusiste como una puta perra.

—Lo sé, pude olerlo desde que te sentaste en mi sillón.

—Ahm... —volví a encogerme de hombros, demasiado calmado como para participar en esa guerrilla de insultos y prepotencia. Solo me deslicé en dirección a la puerta mientras entreabría los labios para soltar una de mis airadas despedidas.

—Aquí dentro no se fuma —me interrumpió, agarrándome de la muñeca.

Tiré del brazo para que me soltara y le dije con tono serio:

—Esa mierda te la paso durante el sexo. Fuera, no me toques así...

El lobo alzó un poco la cabeza y, terminando de abrocharse el cinturón, infló su pecho musculoso y completamente al aire ahora que tenía la camisa rota.

—Si relajas ese tono impertinente tuyo, quizá nos podamos llegar a entender...

—Seré impertinente cuando me obligues a serlo. A mí tampoco me hace gracia ese aire de macho alfa que te tiras.

Por alguna razón, mis palabras provocaron una media sonrisa en sus labios y un bufido de risa que dilató las gruesas fosas nasales.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó entonces, lo que no me esperaba en absoluto.

Arqueé una ceja y me quedé mirándole unos pocos segundos antes de responder:

—Zack...

—Yo soy Dorian.

—Ahm... —fue lo único que se me ocurrió decir—. Bueno, Dorian, nos vemos —me despedí, haciendo una gesto con la mano antes de salir por la puerta hacia el pasillo donde seguía habiendo una cola terrible para entrar en baño.

Incluso antes de salir por la puerta de emergencia, ya me había encendido el pitillo, echando una voluta de humo antes de salir al frescor del callejón. Entonces me detuve, cogí aire y cerré los ojos, levantando la cabeza hacia la fina lluvia que caía. Me prometí que ya era suficiente, que era mejor dejarlo allí antes de que, con mi historial, me volviera adicto al sexo de lobo. Me lo repetí varias veces, me lo recordé durante la semana mientras trabajaba en la tienda del señor Xing. Hasta que me vino a tocar los cojones, empecé a enfadarme y me di cuenta de

que, una vez más, había caído en una trampa de la que no esperaba salir con vida. Así que, cuando llegó el viernes, volví a por Dorian.

Al cruzar la esquina de la calle secundaria donde estaba el club, me encontré con que, al parecer, debía ser un día especial, porque estaba lleno. Y quiero decir «LLENO» de gente. Había una cola enorme de personas bajo paraguas para entrar, iba desde las escaleras de bajada del local hasta casi el final de la calle. Caminé a paso rápido por la acera de enfrente, sin molestarme en esquivar los charcos que la inundaban y los regueros que salían disparados de las cañerías. Saqué un pitillo y lo encendí deprisa, dándole una rápida calada. Mi humor no hacía más que empeorar por momentos. No solo me había movido por media ciudad en una noche de mierda para comerle la polla a un puto lobo, sino que además ahora iba a tener que luchar contra cientos de personas solo para entrar. Y eso no iba a pasar.

Pasé la entrada de largo donde, por primera vez, había dos porteros pidiendo entradas y revisando las identificaciones. Fui directo al callejón y pensé en colarme por la puerta de emergencia, pero, por desgracia, allí también había otro portero bajo un paraguas. Solté una voluta de humo hacia arriba, sintiendo como algunas gotas de lluvia me mojaban la barba corta, después escupí a un lado y me acerqué al hombre.

—Eh, tú. Avisa a Dorian de que estoy aquí —le ordené con tono calmado pero firme.

—A quien avisaré es a la policía como no te vayas por dónde has venido —respondió tras una mirada de arriba abajo.

—Muy bien —dije.

Entonces levanté una pierna y le di una patada en el pecho. Chocó contra la pared y perdió el aliento, un poco por la sorpresa y un poco por el golpe que acababa de darle. Le di una última calada al pitillo y tiré la colilla anaranjada a un lado antes de entrar por la salida de emergencia. El ruido, el olor y las luces me sumergieron al instante en aquel ambiente repleto de gente, incluso más de la normal. El piso de arriba estaba ahora cerrado al «público» y dos hombres de seguridad vigilaban las escaleras, dejando pasar solo a las personas que, quizá, hubieran pagado una entrada especial para estar cerca de la manada aquella noche. No tenía claro si eso era algo nuevo o un cambio de las normas del local, pero yo no iba a pagar una puta mierda, de eso podían estar seguros.

Moví la mirada por el piso superior, viendo los mismos sillones y a los mismos lobos en ellos, a excepción de que no estaban tan llenos de humanos y que las bebidas eran más caras. Todos estaban muy bien vestidos, como si se tratara de una fiesta especial, así que yo, mi cazadora del ejército y mis viejos pantalones de chándal negros con una línea blanca a los lados, destacaban lo suficiente para que, al acercarme al sillón del final del local, Dorian ya me estuviera mirando fijamente.

—Tú, lárgate —le dije al chico latino que estaba sentado al lado del lobo mientras le tocaba nada sutilmente el muslo, bien cerca del enorme bulto de su entrepierna.

—¿De qué coño vas? Yo llegué primero —respondió con el ceño fruncido y una mueca de asco. Quiso girar el rostro hacia el lobo, quizá con la esperanza de que le diera la razón, pero lo que le dijo fue:

—Vete.

Una vez más, un humano rechazado e indignado se fue soltando insultos airados bien alto, para que todos supieran lo enfadado que estaba. No me importó lo más mínimo, ni siquiera le miré, la verdad, solo me senté en su sitio cerca de Dorian. Ya había pasado el tiempo de las sutilezas, él sabía a lo que había venido y no había que perder el tiempo; así que me senté cara a él, con la rodilla doblada en el sillón y la otra pierna por encima de la suya mientras alargaba el brazo por el respaldo tras su ancha y musculosa espalda. El lobo observó atentamente cada movimiento, quizá debatiéndose en si era aceptable o no, pero yo solo le tocaba con la mano que metí en la abertura de su camisa azul bebé.

—Buenas noches, Zack —me dijo entonces con su voz grave y masculina, volviendo a mirarme a los ojos—. Para odiarme tanto, no paras de volver una y otra vez...

—¿De qué coño va todo esto? —le pregunté, haciendo un gesto con la cabeza hacia el local abarrotado de gente y a los hombres de seguridad. Evidentemente, ignorando por completo su comentario prepotente.

—Es la última semana antes del Celo —respondió tras un breve silencio.

—Ah... —comprendí, sin dejar de acariciarle el pectoral musculoso por debajo de su cadena plateada—, así que cobráis más y subís los precios para aprovecharos de la gente desesperada. —Arqueé las cejas y ladeé la cabeza—. No me esperaba que supierais aprovechar un buen negocio.

—Yo siempre sé aprovecharme de un buen negocio, Zack —me aseguró. Entonces levantó un brazo para pasarlo, al igual que yo hacía, por el respaldo, doblando el codo para poder llegar a meter la punta de los dedos por la abertura de mi cuello—. Y creo que tú también...

—Sí, sí lo sé —le aseguré.

—Y me imagino que habrás pagado la entrada y el suplemento para subir aquí, ¿verdad? —añadió.

—Claro que no, Dorian. Le he dado una patada al de seguridad y me he colado —respondí—. No voy a pagar doscientos dólares para comerte la polla.

—Eso es porque todavía no me has comido la polla, sino, te aseguro que los pagarías.

Aquella bravuconada consiguió hacerme gracia, porque era algo muy similar a lo que yo hubiera dicho en su lugar. Así que le premié con una media sonrisa y le dije:

—Pues vamos al callejón y después te confirmo si eso es verdad.

Dorian soltó una especie de gruñido, pero no dijo nada antes de inclinar el rostro y alcanzar mis labios para darme un único y breve beso.

—Esta noche tengo otros planes —murmuró, sin apartarse demasiado de mi rostro, deteniéndose incluso para rozar su nariz contra la mía como una especie de caricia perruna—. Vamos a ir a tu casa...

Eso me bajó un poco el calentón que ya me apretaba con fuerza la tela del chándal. Aparté el rostro para poder mirarle mejor y chasquéé la lengua.

— ¿Por qué coño quieres ir a mi casa?

Dorian no respondió al momento, prefiriendo dedicarme una de sus miradas por el borde superior de los ojos.

— El Celo es la semana que viene. Si me llevas a tu casa, quizá... solo quizá — insistió —, decida pasarlo contigo.

— No voy a pasarme El Celo contigo, Dorian — le aseguré con una ceja arqueada. El lobo tensó la mandíbula y gruñó más grave y fuerte por lo bajo.

— Creía que ya no hacía falta decir que no somos la clase de personas a las que les gustan dar segundas oportunidades, Zack. Así que piénsatelo bien antes de decir una de tus gilipolleces.

Me enfrenté a su mirada, pero sin dejar de acariciarle el pecho o los marcados abdominales un poco más abajo. Era un juego de poder, y a mí eso me gustaba. Si Dorian me hubiera dado todo lo que quería sin plantar cara, yo ya me hubiera ido.

— Tengo entendido que El Celo dura entre tres o cuatro días, yo tengo que trabajar y me costaría un poco convencer a mi jefe para que me diera esas pequeñas vacaciones — le expliqué —. Además, me preocupa que con tanto sexo contigo, mi ano no vuelva después a su tamaño normal.

— Dudo que alguien como tú tuviera problemas para poner excusas de mierda en el trabajo, Zack — respondió —, y ya sabías lo que había desde el principio — añadió, refiriéndose a su polla ya dura bajo el pantalón negro de cinturón con hebilla plateada —. Si querías una polla enana que solo se corriera una vez, haberte ido a un local de humanos.

— Hay un punto medio entre una polla enana y la puta monstruosidad jodidamente apestosa que tú tienes, Dorian.

— Soy un Macho y huelo a Macho, eso también lo sabías — insistió, todavía con la mandíbula apretada —. Solo te lo voy a decir una vez, Zack: o me llevas a tu casa, o ya puedes olvidarte de mí y de mi «jodidamente apestosa polla».

— ¿Me estás amenazando, Dorian?

— No es una amenaza si no tienes miedo de perder nada. ¿Tú quieres perderme, Zack?

Cogí una bocanada de aire y me pasé la lengua por los dientes. El muy hijo de puta jugaba duro y me estaba dejando contra las cuerdas. Mi orgullo y mi necesidad tuvieron otra pequeña batalla, esta vez bastante igualada, así que decidí el desempate de la forma más sencilla: incliné el rostro y besé a Dorian. Él no se apartó, entreabrió los labios y supo hacer lo que él hacía con la segunda cosa gorda de su cuerpo que me daba más placer. Cuando me aparté con los labios húmedos, chasquéé la lengua y respondí:

— Bien. Vamos a mi casa.

Dorian no desaprovechó el momento, levantó una mano y me dio un par de palmadas en la mejilla.

— Buen chico — murmuró —. Ahora levántate...

No tenéis ni idea de lo muchísimo que aquello me jodió. Apreté con fuerza los dientes y me levanté, pero más para apartarme de él que por ser obediente. El lobo me siguió y se quedó de pie muy cerca, agachando la cabeza desde sus dos metros de altura, como si quisiera reafirmar aquel tamaño que me sacaba.

—Te voy a agarrar de la muñeca y tú vas a ir delante, porque es como lo hacemos los Machos. Así que no te pongas tonto.

—Ten cuidado conmigo, Dorian... —murmuré—. Mucho cuidado...

El lobo asintió lentamente y alargó una de sus enormes manos hacia mi brazo, pero no me agarró de la muñeca donde ya tenía un par de buenos moratones, sino un poco más abajo, casi más al principio de mi mano. Esperó a ver mi reacción y, como no dije nada, señaló con la cabeza en dirección a la salida de emergencias. Cogí otra bocanada de aire y la solté entre los labios antes de ir hacia donde había indicado. Ese lobo me ponía enfermo. Aquella mezcla entre profundo deseo y odio era muy jodida. Quería pegarle y mandarle a la mierda, pero a la vez quería besarle y montarle hasta el amanecer.

—A la izquierda, es un *Land Rover Discovery* gris metalizado.

—No estoy sorprendido —le aseguré, buscando con la mirada aquel todoterreno de lujo entre los muchos que había por allí aparcados.

Cuando lo encontré, me quedé en la puerta del copiloto mientras el lobo sacaba las llaves y lo abría. No esperé a que él subiera primero, porque seguía lloviendo y me daba por culo si eso le molestaba o no. A Dorian, que no parecía importarle mojarse un poco aunque su camisa azul fuera bastante fina, se detuvo primero a sacarse un purito de la caja metálica que siempre guardaba en el bolsillo de atrás, se lo encendió con una cerilla y abrió la puerta mientras echaba una calada de humo azulado. Yo ya tenía un pitillo en los labios y la mirada al frente, esperando a que se subiera de una puñetera vez para abrir la ventanilla y encenderlo.

—¿Dónde? —me preguntó, arrancando el motor.

—Es en *Lincon's Hall*, la catorce con Pensilvania —murmuré tras echar una bocanada de humo.

Dorian asintió y empezó a conducir en aquella dirección, rápido, pero respetando los semáforos y los límites de velocidad. A los pocos minutos ya tenía terminado el pitillo y lo tiré por la ventanilla, hacia la carretera mojada, antes de cerrarla. Tomé una profunda respiración de aquel aire denso a sudor fuerte y apoyé la cabeza en el respaldo. Me dio tiempo a reflexionar sobre la decisión y preocuparme de que, llevar a un lobo a mi casa, pudiera suponer un problema en mi vida. Por otro lado, aquel cabrón enorme me había dado dos de los mejores polvos de mi vida, y yo quería muchos más... Así que cuando llegamos a la calle, señalé uno de los portales rodeados de grafitis y el lobo aparcó casi en frente de él. La mayoría de las farolas de la calle estaban rotas y el ayuntamiento no estaba demasiado interesado en invertir dinero en una zona como aquella. No podía culparles. Salimos del coche bajo la lluvia y anduvimos a paso rápido hacia el edificio de ladrillos y grandes ventanales. Había sido una antigua fábrica reconvertida, lo que quería decir que alguien había comprado el edificio y lo había alquilado por plantas. Abrí la puerta de un tirón y pasé delante del lobo, que insistía en agarrarme de la parte baja de la mano y la muñeca, aunque con cierto cuidado, consciente de mi última advertencia. A veces me giraba un poco para observarle, solo por curiosidad y ver lo que se reflejaba en su rostro al ver la mierda de edificio; pero Dorian seguía con una expresión seria, echando rápidas miradas pero sin dejar traslucir sus pensamientos en el rostro.

Subimos unas escaleras bastante viejas con un pasamanos roto y pintarrajeado hasta alcanzar la cuarta planta, allí giré por un pasillo de moqueta azulada y manchada hacia una de las puertas del final en la que ponía «4A» pero a la que habían pintado para que parecieran dos «AA», con una en cursiva. No era la razón por la que había decidido mudarme allí, pero le daba un toque vivir en una casa con las siglas de Alcohólicos Anónimos. Me gustaba la ironía. Abrí la puerta, las dos cerraduras, y pasé al interior, dejando las llaves sobre un taburete alto color verde que había allí y que había robado de un bar una noche de borrachera. Bien, mi piso no era gran cosa. Era un viejo *loft* que atravesaban columnas de hierro rojas, pero al menos era espacioso y le daba mucha luz los pocos días soleados.

Encendí la lámpara de pie que había al lado de una de las columnas, arrojando una luz cálida y amarillenta, antes de quitarme la cazadora y observar al lobo; quien miraba el lugar muy atentamente con sus ojos de un suave ocre. Tomó una buena respiración y, cuando confirmó algo con un asentimiento, se fue hacia el salón. Preferí dejarle tranquilo y que hiciera lo que tuviera que hacer. No había nada de valor allí que una persona con un puto *Land Rover Discovery* quisiera robarme. Así que fui al apartado que era la habitación y dejé la cazadora militar sobre la amplia repisa de los ventanales, echando un vistazo a la calle lluviosa y oscura. Una vieja costumbre de cuando tenía que preocuparme de que no me siguieran a casa.

Volví hacia el salón y apoyé el hombro en la pared entre la habitación y el resto, cruzándome de brazos y observando como Dorian se movía lentamente, mirando con atención un poco a todos lados. A veces cogía algo, un cojín o un trapo y lo olisqueaba antes de dejarlo en su sitio.

—Daba a la escalera de incendios, pero está rota, así que es como una puerta de suicidio —le expliqué cuando se acercó allí, rompiendo al fin el silencio.

Dorian me echó una mirada por el borde de los ojos.

—¿Tan seguro estás de que vas a ir al infierno? —me preguntó, abriendo la puerta metálica de color rojo en la que había escrito «EXIT» y a la que yo había añadido «to hell».

—Estoy bastante seguro de que hay un lugar muy especial para mí allí abajo —respondí.

Dorian se inclinó para ver la caída de cuatro pisos que daba a un lado del edificio. Había una calle oscura iluminada por una solitaria farola bajo la que normalmente traficaban con droga; una vez incluso había habido un tiroteo.

—¿Eres un chico malo, Zack? —me preguntó de nuevo, cerrando la puerta antes de proseguir con su exploración por la casa, yendo a la cocina para repasar las alacenas y la nevera—. Yo también soy un chico muy malo... —añadió.

—Sí, pero yo no he conseguido tanto dinero como tú siendo malo, Dorian —le aseguré.

—Entonces, quizá no hayas sido lo suficiente malo —me dijo, apareciendo por el borde de la cocina para acercarse con sus pesados pasos al dormitorio.

Ahí fue cuando me puse un poco nervioso y apoyé la espalda en la pared para no perderle de vista. Mi habitación era la parte más personal de la casa, y no quería que ningún desconocido tocara lo que no tenía que tocar. El lobo se quedó

frente a la cama, mirándola fijamente un par de segundos antes de decir en voz baja:

—No voy a caber entero aquí.

—Pues no hay otra, así que te jodes.

Dorian gruñó por lo bajo y me dedicó otra de sus miradas por el borde de los ojos. Fue hacia un lado y cogió una de las almohadas para darle un par de vueltas y acercársela al rostro.

—No tienes pareja —confirmó, solo con olisquear.

—¿Ahora te preocupa saber o no si tengo pareja, Dorian? —pregunté—. No parecía importarte demasiado cuando fuimos al callejón.

—No me importa en absoluto —respondió con calma, olisqueando la otra almohada antes de dejarla en su sitio—, pero no quiero que nadie nos interrumpa.

Fue hacia el armario y lo abrió, empezando a ponerme un poco de los nervios. Cuando cogió algunas de mis prendas de vestir y las olfateó también, me acerqué para ver mejor lo que hacía. Solo seleccionaba algunas, no por un motivo concreto, las olía y volvía a dejarlas en su sitio.

—¿Soy el primer Macho que traes a tu casa, Zack? —dijo, cerrando la puerta del armario antes de girarse en dirección al baño.

—Estoy seguro de que eso también puedes olerlo —murmuré.

—Sí, sí que puedo —afirmó, encendiendo la luz antes de cruzar al interior. No se pasó mucho tiempo allí, solo abrió la puerta del espejo, se lavó las manos y volvió a salir con su expresión seria de siempre—. Todo está bien —me dijo con la cabeza agachada mientras se desabotonaba los botones de la camisa—, pero si pudieras conseguir una cama más grande, sería perfecto.

—Si me pagas tú una cama más grande, la compro, Dorian —respondí con un tono seco—. Yo trabajo de lunes a domingo y apenas puedo pagar el alquiler de esta mierda de casa.

El lobo se quitó la camisa, enseñando por completo su increíble cuerpo, uno que hasta entonces no había tenido oportunidad de ver. El cabrón era enorme, tenía una piel preciosa y unos músculos marcados que muchísimos envidiarían. No era tan peludo como quizá me había imaginado, porque sus pectorales abultados sí tenían vello negro y rizado; sin embargo, se contraía llegado los abdominales como un pequeño reguero que solo se volvía a extender al alcanzar su entrepierna, donde sí sabía que también tenía mucho pelo.

—No voy a invertir dinero en un humano con el que ni siquiera sé si voy a pasar El Cielo —me dijo, distrayéndome de mi profunda admiración por su cuerpo. Buscó con la mirada un lugar en el que dejar su camisa doblada, pero no lo encontró.

—¿Entonces qué coño haces aquí, Dorian? —le pregunté, saliendo de la pared para coger la camisa doblada de sus manos y llevarla al armario—. Déjate de gilipollices —continué tras cerrar la puerta y girarme hacia él—. Si quieres venir al Cielo, paga la puta cama, ¿o es que vas a oler la ropa y las almohadas de todos los humanos que te follas?

Dorian apretó la mandíbula y gruñó por lo bajo. Dio un paso sin dejar de mirarme y se sentó en la cama, echándome un último vistazo por el borde de los ojos antes de inclinarse para desatar los zapatos negros.

—Puede que esté muy interesado en venir aquí durante el Celo —dijo sin mirarme—, pero todas tus objeciones y tu actitud me están quitando las ganas... Resoplé y puse los ojos en blanco.

—Al igual que tu polla, mi actitud ya era algo que veías venir desde el principio, Dorian.

—Tenía la esperanza de que fuera algo pasajero —me confesó, terminando de quitarse los zapatos para hacer lo mismo con los calcetines y dejar todo aliando y ordenado a un lado.

—No, no lo es —le aseguré, dando un paso hacia la cama para sacarme la camiseta vieja de un festival que no conocía y al que jamás había ido, quitarme los tenis sin delicadeza y bajarme el pantalón y el calzoncillo de una sentada para dejarlo todo tirado en el suelo—. Esto es lo que hay. O lo tomas, o lo dejas, grandullón.

Dorian me miró a los ojos primero, pero después los deslizó lentamente por mi cuerpo. Como si algo le jodiera, puso una mueca y se levantó para desabrocharse el cinturón sobre un bulto ya bastante duro. Como hizo con la camisa y los zapatos, el muy gilipollas se detuvo a doblarlos y fue con su polla totalmente dura a dejarlos en el armario.

—Podemos llevarnos muy bien o muy mal, Zack —me dijo, ya de vuelta hacia mí—. Tú eliges.

—Si me tratas bien, yo te trataré bien, Dorian —respondí, igualando su gesto de brazos cruzados y cabeza alta—, pero si me jodes, te aseguro que puedo ser lo peor.

—Por supuesto que te voy a joder, para eso he venido...

Me quedé unos segundos en silencio y negué con la cabeza.

—Tienes un humor de mierda.

—El tuyo no es mucho mejor —replicó, descruzando los brazos para acercarse ese paso y medio que nos separaba.

Y ahí se acabaron las palabras, cuando se inclinó para besarme y se me escapó un breve gemido de placer que no pude contener. Si Dorian apestaba estado vestido, desnudo se podía percibir con mayor intensidad aquel olor fuerte y denso. Le rodeé el cuello de toro con los brazos, por encima de la cadena plateada que no se había quitado, y me pegué todo lo que pude contra él. Pensé que empezaría a dilatarme ya el ano, como solía hacer, pero me cogió en brazos y me llevó a la cama sin dejar de besarme de esa manera que me volvía loco. Su barba corta me picaba, al igual que su pelo al uno cuando le acariciaba la cabeza, pero eso formaba parte del placer que era Dorian. Me recostó con bastante delicadeza en la cama y se hizo un cuenco entre mis piernas, casi encerrándome bajo su enorme cuerpo. Me tocaba como siempre, pero no al mismo ritmo. El lobo sabía que tenía todo el tiempo que quisiera, que nadie nos interrumpiría y que no tenía que darse prisa por estar en mitad de un callejón lluvioso. Me empezó a lamer el cuello y a darme breves mordiscos aquí y allá, gruñendo algunas veces cuando alcanzaba

sus partes favoritas, como, por ejemplo, mi culo. Con un jadeo de placer, terminó por incorporarse de rodillas en la cama y decirme:

–Dentro de las mantas.

Solté aire, algo frustrado por haber parado aquello, así que me apresuré a abrir las puñeteras mantas antes de que el lobo las cogiera para cubrirnos con ellas. Pero enteros, hasta la cabeza. No hacía calor, pero tampoco hacía frío, por lo que no me importó demasiado hasta que me di cuenta de que, allí dentro en aquella burbuja que el lobo había creado, el olor se quedaba atrapado y se intensificaba de una forma absurda. En apenas un minuto más de besos y roces, no quedaba una mota de oxígeno que no apestara a Dorian. Y eso no fue lo peor, lo peor fue cuando me agarró del pelo y me dijo al oído:

–Esto es solo un adelanto de lo «jodidamente apestoso» que vas a ser estando conmigo...

Ojala pudiera decir que eso me dio asco, pero no lo hizo. Simplemente busqué sus labios de nuevo y recorrí con las manos aquel cuerpo de culturista grande y fuerte. Dorian se contagió de mi necesidad y mi violencia, compartiendo un momento más fogoso hasta que fue demasiado e incluso él tuvo que sacar la cabeza de la manta y coger aire con fuerte bocanadas. «Joder...», le oí decir antes de tragar saliva. Me entretuve acariciando de nuevo su pecho velludo mientras recuperaba el aliento, bajando por sus abdominales marcados. Dorian me miró desde las alturas y puso una media sonrisa bastante sexy en los labios. Movié las piernas hasta quedar a horcajadas sobre mi pecho, con su enorme polla sobre mi rostro.

–Ha llegado el momento de que compruebes si no pagarías doscientos por esto, Zack...

Ese momento... se quedaría grabado en mis recuerdos para siempre. La primera lamida ya me hizo fruncir el ceño y apretar los ojos. El sabor era incluso peor que el olor, densa y salada, pero eso no me detuvo. Dorian gruñía y jadeaba notando mi lengua recorriendo el tronco empapado. Era demasiado gorda para meterme nada más que la punta, pero supe aprovechar eso bastante bien hasta que el muy hijo de puta me agarró del pelo y dijo un simple: «Me corro...», antes de que el semen más fuerte y abundante que había visto nunca me llenara la boca. Tuve emociones encontradas, como muchas veces con él: por un lado me asqueaba y por otro estaba gozándolo. Probé a tragar un poco y puse una mueca de arrepentimiento instantánea. El lobo, por el contrario, se movió para quitarse de encima y me agarró como si no pesara nada, apretando sus fuertes brazos alrededor de mi cadera para darme la vuelta. Con su enorme lengua me lamió los huevos y se las apañó para meterse mi polla en la boca mientras yo hacía lo mismo con la suya. Un festival de gruñidos de placer y una buena comida de culo precedió a la segunda corrida, que también terminó en mi boca.

Con la parte barba empapada de semen y líquido preseminal, ya estaba tan en las nubes que ni me importó el giro que volvió a darme para ponerme frente a él y empezar a besarme mientras metía un dedo por mi ano. Yo ya solo sabía gemir, jadear e insultarle mientras Dorian hacía conmigo lo que quería, volviendo a cubrirnos en la burbuja de mantas antes de penetrarme lentamente y morderme, correrse una tercera vez y, con una cadencia lenta y enloquecedora, alargar el

momento hasta el cuarto. Cuando al fin se detuvo, completamente sudado y caliente sobre mí, para cargarme con cuidado hacia el lado sin quitar la polla de dentro. Yo no tuve el detalle de no dejar caer todo mi peso sobre él y apartar un poco las mantas para tomar aire, con el pelo empapado y pegado a la frente y las sienes. Había sido un viaje tremendo y yo no había ni vuelto de las nubes.

No dijimos nada durante la inflamación, a la que, poco a poco, ya me estaba acostumbrando. Tras un par de minutos, Dorian me rodeó con los brazos y me acarició suavemente la espalda. Todo apestaba a él, las mantas, las almohadas, la habitación y, diría que hasta yo mismo. Un Dorian de ojos adormilados me empezó a besar el cuello de una forma que me dio un escalofrío en contraste con mi piel ardiendo. Fue poco a poco en dirección a mis labios y no me quedó otra que incorporar la cabeza y devolvérselos. Así nos entretuvimos hasta que, pasados un par más de minutos, la inflamación remitió. Ninguno de los dos se movió, sin embargo, disfrutando de aquella silenciosa tregua de besos y miradas ininterrumpidas.

—Si compro la cama, vendré al Celo —murmuró.

—Muy bien... —respondí.

Dorian asintió lentamente y me dio otro suave y extraño beso antes de moverme delicadamente a un lado e incorporarse para ir al baño. Cogí una buena bocanada de aire y la solté. Ese lobo me jodido pero bien, literal y figuradamente. Oí la cisterna y después el grifo mientras se lavaba las manos antes de verle aparecer por el borde de los ojos. Sin cruzar palabra, fui al armario, se puso su ropa tranquilamente y se sentó en el borde de la cama para calzarse.

—¿Trabajas de día? —me preguntó, terminando de remangarse hasta el codo y sacar un purito de la caja metálica.

—No, de noche.

—¿A qué hora sueles estar en casa?

—A las seis.

—De acuerdo —y sin más, se fue.

Seguí mirando el techo de pintura agrietada, flotando en mi nube de profunda calma y tranquilidad, sin darme cuenta de los problemas que representaría tener un lobo en El Celo. No quiero aburriros con detalles que quizá ya conozcáis, pero no fue bonito. A veces dudaba y me enfadaba, pero volvía a una casa que apestaba a Dorian y me ponía tan cachondo que me olvidaba de todo lo demás. Todavía estaba reuniendo las provisiones cuando, a mitad de semana, me sorprendió una bocina a escasos metros del portal. Me llevé corriendo la mano al bolsillo de la navaja y casi se me caer el pitillo de los labios, hasta que vi a Dorian fumando un purito por la ventanilla de su *Land Rover*. Sobre el techo había una cama absurdamente grande porque, al parecer, todo con aquel lobo era absurdamente grande.

—La cama —se limitó a decir, saliendo del coche.

Puse una mueca seria, chasquéé la lengua y abrí el portal para dejarle pasar con aquello en los brazos. Por suerte, no tuve que ayudarle en absoluto. Él solo subió los cuatro pisos con el colchón y lo metió a tirones por la puerta antes de sustituir el que ya tenía. Casi se comía todo el espacio libre y me quedé mirándolo mientras Dorian ponía las mantas sucias que todavía apestaban a él.

—Necesitas unas nuevas, estás no son lo suficiente grandes —me dijo—, pero por ahora, servirán.

Entonces se empezó a quitar la camisa y me echó una rápida ojeada.

—No tengo mucho tiempo y estoy bastante cachondo con la proximidad del Celo, Zack —murmuró—. No me obligues a que te quite yo la ropa...

Arqueé las cejas con incredulidad, pero el olor... joder, ese puñetero olor y ese cuerpo... Como le odiaba. Tras correrse sus cuatro veces, una en mi boca, otra en mi pecho mientras le masturbaba y las últimas dos en mi culo, se quedó jadeando y sudado en la cama durante toda la inflamación, hasta que empezó a darme esos pequeños besos y a buscar mis ojos. Volvió a hacerlo cuando al día siguiente regresó para otra follada rápida antes de marcharse, y el último cuando gruñó como una fiera follándome al misionero. No estaba seguro de si aquello formaba parte del Celo, pero, aunque le odiara, no podía decir que aquel sexo brutal después de una mierda de noche de trabajo, no me encantara. De todas formas, no hablamos mucho, solo lo necesario. Dorian observaba el progreso de los preparativos y el último día me acompañó a fumar a la puerta de emergencia. No sé por qué, le ofrecí un café y él aceptó, apoyando el hombro en la pared de ladrillos y echando el humo azulado a la calle lluviosa.

—Mañana empieza el Celo —me recordó, con su mirada fija y su expresión seria—. Posiblemente vendré al atardecer o quizá cuando anochezca. Tienes que estar en casa y esperarme.

—No me toques los cojones, Dorian. Sé lo que hay que hacer.

El lobo fumó una calada tranquila y me echó el humo a la cara, lo que provocó una mirada cortante de mi parte. A él no le importó, solo bebió un trago de su café solo y continuó:

—Ya he visto que estás preparado, Zack, pero durante El Celo no vas a poder preguntarme nada. Así que, si tienes alguna duda de última hora, este es el momento.

—Sí que la tengo —reconocí—. ¿Me vas a pagar tú todo lo que me he gastado en bidones de agua y barritas energéticas?

Dorian apretó la mandíbula y gruñó un poco por lo bajo.

—¿Tanto te preocupa el dinero, Zack?

—¿Qué parte no has entendido de que trabajo como un esclavo por un sueldo de mierda?

El lobo cogió una bocanada de aire hasta hincharse los pulmones y miró el paisaje con la ciudad al fondo.

—Ya hablaremos de dinero en otro momento —concluyó.

Se terminó su purito a mi lado mientras yo fumaba mi pitillo y, con una breve despedida, se dio la vuelta y se fue. Como me había dicho, al día siguiente nada más caer el sol, oí unos fuertes golpes en la puerta. Dorian estaba allí, jadeando, sudado y completamente empalmado bajo su pantalón de traje marrón, mirándome fijamente y apestando más que nunca a sudor denso, almizclado y asfixiante. Tenía pupilas tan dilatadas que su iris era apenas un anillo ocre en mitad de sus ojos. Su pecho abultado y grande ascendía y descendía con cada acelerada respiración, bajo expulsando un vaho caliente hacia mi rostro.

—Zack... —fue lo última palabra que me diría en cuatro días.

El Celo había comenzado.

MI HUMANO

El Celo fue toda una experiencia, sin duda. Dorian perdió por completo su raciocinio y se convirtió en una bestia salvaje que solo podía pensar en clavarme su enorme polla una y otra vez por mucho que le insultara y le dijera que tuviera cuidado. La primera vez dolió bastante, aunque estuviera tan empapada que se deslizara sin problemas, seguía siendo demasiado para meterse de golpe. Mi culo se convirtió en un bebedero de patos en solo unas pocas horas y estuve seguro de que jamás volvería a recuperar su tamaño original. Las escapadas al baño se convirtieron en una necesidad más que en un momento de descanso, vaciándome todo lo posible y limpiando el desastre que me goteaba constantemente entre los

muslos. Por suerte, entré en un estado de inconsciencia que me hizo pasar todo por alto y solo se consciente del fuerte olor a lobo, el leve dolor y el gran placer. Dorian solo se separaba de mí para beber de sus bidones de agua y volver con la barba empapada para darme la vuelta y volver a follarme un poco más entre gruñidos y jadeos animales. En algún punto, el ritmo descendió y el sexo se fue dispersando cada vez más y más hasta que, en un momento, hoy un leve murmullo que decía:

— ¿Cuánto tiempo ha pasado?

— Como un año o así — respondí con voz seca y ronca.

El lobo soltó aire y se frotó el rostro, levantándose de la cama salir varios minutos después con la cara lavada. Buscó su pantalón tirado en algún lugar del suelo y encendió la pantalla.

— Tres días — me dijo, dejando el teléfono de vuelta antes de sacar la cajetilla de puritos —. ¿Me haces un café grande, por favor?

Gruñí y me levanté de la cama, todavía tan desnudo como él, para dirigirme a la cocina y encender la cafetera de mierda a la que había que pegarle dos hostias para que funcionara. También busqué un pitillo y me reuní con él en la puerta de emergencia para fumarlo.

— ¿Cómo está tu culo? — me preguntó con la mirada perdida en el paisaje lluvioso mientras aceptaba el café que le ofrecía.

— Traumatizado, Dorian, así está.

Al lobo se le escapó un jadeo e incluso una suave sonrisa.

— ¿Cómo está tu polla? — le pregunté.

— Encantada de haberte conocido — respondió.

Fruncí el ceño y le miré por el borde de los ojos, porque aquello había sonado a una especie de declaración y no era, para nada, lo que me esperaba de él. Dorian continuó fumando su purito, disfrutándolo bastante después de aquellos tres días sin tabaco. Sin embargo, un rugido de tripas interrumpió el silencio y el lobo tuvo que decir:

— Tengo bastante hambre.

— Ya... yo también — tiré la colilla del pitillo al callejón y me volví —, pediré algo de comer...

Creía que Dorian no volvería después de devorar cinco hamburguesas, una caja de alitas de pollo y dos de Nuggets. El Celo ya había pasado y yo no tenía pensado volver al Luna Llena, así que cuando salió por la puerta, estuve convencido de que mi experiencia lobuno había llegado a su fin. Sin embargo, a los dos días regresé del trabajo con la cazadora calada por la lluvia y vi un *Land Rover* aparcado frente al portal. Un coche que, en aquel barrio de mierda, solo podía ser de una persona.

— ¿Vienes a llevarte el colchón? — le pregunté frente a la ventanilla.

Dorian ya me había visto llegar por el retrovisor y ya se estaba bajando del coche.

— No, Zack, vengo a usarlo. ¿Eso te molesta?

Tardé un par de segundos en responder:

— No. Me vendrá bien una buena follada después de un día de mierda.

— Entonces pensamos lo mismo — murmuró, siguiéndome de cerca hacia la puerta.

—Meh... —dije, encogiéndome levemente de hombros.

Le llevé a casa y le invité a un café mientras él se quitaba la camisa blanca y la dejaba perfectamente doblada en la barra de la cocina.

—¿No tienes nada para cenar? —me preguntó distraídamente.

—¿Vas a pagarlo? —respondí de camino a la nevera, donde tenía un par de burritos familiares de carne.

—Ya te he pagado muchas cosas, Zack. La cama, todo lo del Celo... —me recordó, sacándose un billete de cien del bolsillo para dejarlo a un lado de la mesa—, ¿ahora también tengo que pagarte para que me des de comer?

—No estaría mal —le dije, abriendo los envases y metiendo los burritos en el microondas antes de irme a buscar un pitillo—. Tú tienes mucho dinero, Dorian, no sé qué cojones haces pidiendo comida gratis.

—No te pido comida gratis —me aclaró, dedicándome una mirada seria—, te pido que me des de comer... es diferente.

—No es diferente porque al final lo pago yo —me fui con el pitillo en los labios a por un vaso y pregunté—: ¿Café?

Dorian tardó un poco en responder, continuando con una de esas miradas fijas de mandíbula tensa.

—No, después de la cena.

—Pues vale. ¿Quieres follar ahora o después?

El lobo cerró un momento los ojos y cogió aire.

—Me gusta follar, tomar una cena caliente y un café con un purito —me explicó, como si fuera algo necesario e importante.

—Bien —murmuré, saliendo de la cocina para ir hacia la habitación.

—Zack —me llamó el lobo a mis espaldas—. Hoy tengo algo de tiempo y he decidido venir aquí. No me hagas arrepentirme...

Fruncí el ceño y respondí a su mirada seria.

—Quieres follar y estoy yendo a la habitación, ¿puedes explicarme por qué cojones eso te molesta?

—Me molesta que sea tan frío.

—Oh... —exclamé, arqueando las cejas—, pues en el callejón no...

—¡Esto no es el callejón, Zack! —terminó exclamando—. Pero si quieres volver allí, me voy...

Compartimos una dura y tensa mirada de esas tan nuestras. Solo hasta que el ruido del microonda hizo «ding», y me moví de vuelta, quedándome frente al enorme lobo enfadado.

—Primero, aquí las cosas claras, yo no te leo la puta mente ni tengo por qué saber lo que te gusta —le dije con tono serio, pero una expresión tranquila—, y, segundo, como me vuelvas a gritar, no te vas a ir, te voy a tirar yo de una patada por la puta puerta de emergencias. ¿De acuerdo?

—Las cosas claras —repitió antes de asentir—, perfecto...

Me agarró de la parte baja de la muñeca y tiró suavemente de mí en dirección al sofá. Se sentó allí y me hizo sentarme a su lado antes de rodearme los hombros con el brazo.

—Soy un Macho muy ocupado al que le gusta disfrutar de sus pocos momentos de tiempo libre. Me gusta llegar, quitarme la camisa, desabrocharme el pantalón

y echar un buen polvo calmado para vaciarme las pelotas antes de tomar una buena cena caliente. ¿Te ha parecido suficiente claro, Zack?

—Y a mí me gusta que no me den problemas y que no me griten —respondí.

—Muy bien, entonces nos entendemos —murmuró, apretando el brazo para acercarme más a él a su torso desnudo.

Me gustaría poder decir que me resistí bastante y me negué a follar solo por joderle un poco, pero la verdad es que, con ese olor y ese cuerpo, mi voluntad no era tan fuerte como antes. Solo le costó un buen beso y llevarme la mano a sus abdominales para que me derritiera entre sus brazos. Seguía insultándole y siendo sexo bastante duro, pero yo sabía que Dorian podría hacer conmigo lo que quisiera en ese estado. ¿Me molestaba? Mucho. ¿Era lo peor de él? No. Porque el cabrón follaba de puta madre. Besaba mucho, pero también hacía otras muchas cosas con esa lengua. Ese lobo la chupaba y te comía las pelotas y el culo sin dudarle; no era nada egoísta a la hora de dar o recibir, repitiendo posturas como el sesenta y nueve, creo que una de las favoritas de ambos. Después, cuando se la chupaba siempre me avisaba antes de correrse, lo que me permitía decidir si lo quería en la boca o no. Aquella noche, por ejemplo, me lo tragué solo por lo loco que me estaba poniendo la intensidad con la que me devoraba el culo, como con una rabia salvaje, antes de hacerme un par de dedos para ir abriendo camino. El lobo era muy consciente de lo enorme que tenía la polla y no te la metía hasta al menos haber introducido tres dedos antes; lo que, sinceramente, era todo un detalle.

Al terminar, sudados y jadeantes durante la inflamación, el lobo esperó un minuto o dos y después buscó mis labios y mis ojos. Era un momento extraño, muy íntimo, incluso más que el sexo. No decíamos nada y nos mirábamos antes de darnos pequeños besos que rozaban peligrosamente el carino. Yo no era de hacer esas mierdas, pero no me disgustaba con Dorian. Era como una especie de oasis en nuestra relación habitual tan obsesionada por ese equilibrio de poder y orgullo. Cuando la inflamación remitió, aún nos quedamos uno o dos minutos más así hasta que, con un gruñido de queja, me levanté de encima de él y fui a preparar su puta cena. El lobo se incorporó mientras recalentaba el burrito, fue al baño a mear, limpiarse las manos y mi corrida sobre el pecho y volvió bostezando y rascándose los huevos. Esa imagen se quedaría para siempre clavada en mi memoria, porque no era para nada algo que me esperara de él.

Se sentó todavía desnudo en el taburete y miró los burritos, comprobando si estaban calientes y asintiendo con aprobación. Ver comer a un lobo es un espectáculo, por si no lo sabéis, casi no respiran y se manchan como cerdos sin importarles una mierda. Solo se detienen al terminar, cuando eructan y se quedan complacidos.

—Estaba un poco especiado, pero bastante bueno —me dijo, alargando la mano hacia un trapo para limpiarse la boca y la barba negra manchada de grasilla. Todavía pasándose la lengua por los dientes para buscar restos, entrelazó los dedos y me miró, a la espera de su puto café.

—No tengo azúcar —le dije sin muchas ganas, dejando el vaso de líquido negro frente a él.

—Me gusta así, gracias —respondió, levantándose para buscar un purito en el bolsillo trasero de su pantalón de traje azul marino—. ¿Te ha gustado el sexo? —me preguntó entonces, como si solo fuera pura curiosidad.

Ya estaba en la puerta de emergencia, con el pitillo encendido en los labios y la espalda apoyada en la pared. No dije nada hasta que Dorian se acercó, todavía desnudo, para quedarse a mi lado y echar el humo azulado del purito por la abertura.

—¿Por qué me haces preguntas de las que ya sabes la respuesta?

El lobo me miró por la parte baja de sus ojos ocre y después fumó otra calada.

—¿Dónde trabajas, Zack? Esa respuesta no la sé.

Se me escapó un leve bufido porque aquello me había hecho gracia. Chasqué la lengua y giré el rostro antes de decirle:

—En Velvet's Bulevar, hace esquina con la calle veintisiete —le expliqué—. Se llama The Wong Xing's Shop, pero todos la llaman «The Wondering Shop».

—Si una noche tengo tiempo, podría pasarme a buscarte, así no llegarías tan mojado como hoy.

—Te he dicho que no quiero problemas, Dorian —le advertí con una mirada seria mientras le señalaba con el dedo—. Nada de lobos en mi tienda.

El lobo arqueó las cejas.

—Te da vergüenza... —concluyó rápidamente.

—No, no me da vergüenza, pero mis jefes son unos putos racistas de mierda y me van a poner de una patada en la calle como vean a uno de los tuyos allí.

—Ah... —murmuró entonces, asintiendo—. De acuerdo, si es *solo eso* —recalcó—, no me acercaré demasiado.

—Sí, es *solo eso*.

—Entonces, ¿no te importa que abra más la puerta aunque puedan vernos tus vecinos? —e hizo un gesto para cumplir sus palabras.

—Mis vecinos van tan drogados que no ven nada —le aseguré—. Y si dudas de mí, Dorian, me suda la polla.

—Lo que tienen las mentiras, Zack, es que con el tiempo se acaban descubriendo...

—Uh... —murmuré, acercándome a su rostro fuerte y masculino—, qué miedo... van a saber que me follo a un lobo... —chasqué la lengua y puse los ojos en blanco antes de seguir fumando. Notaba la mirada fija de Dorian mientras se llevaba el purito a los labios, pero le ignoré. Lo que pudiera pensar él de mí, me daba completamente igual.

No volví a ver a Dorian hasta la semana siguiente, cuando, de sorpresa, oí otro bocinazo al final de la calle de la tienda donde trabajaba. Como la primera vez, me llevé una mano a la navaja y casi se me cae el pitillo, hasta que le vi fumando su purito por la ventanilla. Había perdido ya la esperanza de que volviera, justo cuando había descubierto el maravilloso mundo de los depravados de internet a los que les gustaba oler ropa de lobo. Así que, cuando le vi allí, hasta sonreí.

—Creía que te habías enfadado y habías decidido irte —le confesé, dando un par de pasos hacia la ventanilla del *Land Rover*.

—Te he dicho que soy un Macho ocupado —me recordó—. Sube, te llevo a casa.
—Espera, voy a volver un momento a por algo de cenar —le señalé con el pulgar a mis espaldas, a donde el letrero de neón de la tienda titilaba sin parar en la oscuridad de la noche—. No sabía que vendrías.

Dorian echó un vistazo por el retrovisor y asintió antes de llevarse el purito a la boca. Yo estaba mucho más calmado y abierto de mente porque sabía que aquel lobo podía darme mucho dinero. Ya lo tenía todo planeado, así que le compré una buena cena y regresé para montarme en su precioso todoterreno de lujo. No hablamos muchos hasta llegar a casa, donde se quitó la camisa gris perla, la dejó bien doblada y se desabrochó el cinturón y el botón de sus pantalones de traje negros para sentarse en el sofá. Como a él le gustaba. Le besé con fuerza y gruñí muy alto cuando fui directo a comerle la cabeza de su polla dura y mojada.

—¡Joder, sí...! —jadeé, tratando de meterme más de lo que podía. Casi me había olvidado de lo enorme que era y lo fuerte que sabía, pero, sin duda, la había echado muchísimo de menos todas aquellas noches.

Dorian tampoco parecía mucho mejor que yo, tocándome y lamiéndome por todas partes como si no hubiera follado en toda la semana. Se corrió en mi boca, en mi cara y después me la metió para terminar esas dos veces en mi culo, mordiéndome con más fuerza y apretándome el cuello. Aunque yo había quedado de espaldas a él, durante la inflamación se limpió su rostro sudado contra mi pelo y siguió con sus acostumbrados besos. Nos separamos varios minutos después, cuando me puse a preparar la comida y él fue a limpiarse.

—Oh, espera, tengo algo para ti... —sonreí. Fui en busca de los pantalones de chándal de segunda mano y la camiseta barata—. Como te gusta estar cómodo, pensé en comprarte esto.

Dorian soltó un gruñido, pero no uno grave y enfadado, sino casi de sorpresa. Me dijo un breve: «Gracias» y se puso la ropa, esa que después vendería a precio de coste en internet.

—No has vuelto al Luna Llena —me dijo cuando, tras la cena, se puso a fumar a mi lado.

—No, le debo días al señor Wang después del Celo —murmuré—. ¿Por qué?

—Pensé que me irías a buscar allí.

Murmuré algo, nada demasiado comprensible, como una afirmación sorprendida o una leve gesto de comprensión.

—¿Quieres que te vaya a buscar allí, Dorian? —pregunté.

—Sí, me gustaría que fueras a buscarme allí —respondió con un lento cabeceo—. Quizá haya semanas, como esta, en las que no tenga tiempo a venir a verte, pero los viernes siempre suelo estar en mi Club. Te invitaré a una botella de vodka y podremos bailar un poco.

—De acuerdo —murmuré, volviendo la vista al paisaje lluvioso con la ciudad de fondo—. Esta semana intentaré ir —porque voy a vender tu puta ropa y quiero tenerte contento. Eso fue lo que pensé.

—Zack, creo que no hace falta que te diga que espero que *solo* vayas por mí...

—¿Ahora te vas a poner celoso, Dorian? —pregunté.

—No, yo siempre he sido muy celoso —me corrigió—, y jamás te diría que volvieras al Luna Llena, pero mis circunstancias me obligan a tomar medidas poco convencionales.

—Poco convencionales... —repetí, solo porque me había hecho gracia.

Tras terminar de fumar, Dorian me acompañó al sofá, me apretó contra él y miramos un poco las noticias veinticuatro horas antes de que tuviera que irse, dejando la apestosa ropa que le había dejado doblada en el armario. El único *esnifador* que no fue lo suficiente escéptico como para comprarla, le puso una gran valoración y, cuando me llegaron una lluvia de pedidos, sonreí. Con una cazadora nueva y una gorra de beisbol para protegerme de la lluvia, el viernes de esa semana entré en el Luna Llena. El local estaba bastante más vacío que la última vez, pero aún seguía habiendo bastantes humanos buscando polla de lobo. Subí las escaleras y miré al fondo de la sala elevada de la Manada, dirigiéndome a paso tranquilo hacia el lobo enorme, con el pelo al uno y la barba igualada, que me miraba fijamente de vuelta con unos ojos de un ocre suave. Le hizo una señal a los hombres y mujeres que le rodeaban y todos pusieron expresiones de sorpresa, pena o enfado mientras se levantaban. Pasé entre ellos y me senté cara a Dorian.

—¿Dónde está mi botella gratis? —le pregunté.

El lobo señaló una de las que había sobre la mesa, sin abrir. Puse una expresión de aprobación y me incliné para cogerla. Cuando volví a recostar el hombro, Dorian ya me tenía rodeado con el brazo.

—¿Qué tal esta semana, Zack? —me preguntó en voz baja, acercando el rostro a mi oreja.

—Pues la misma mierda de siempre. ¿Qué tal la tuya?

—Estoy contento, hice un buen negocio.

—Oh... ¿un negocio de chico muy malo?

Dorian esperó unos segundos antes de sonreír. Para lo serio que estaba siempre, tenía una sonrisa preciosa y blanca.

—Por supuesto... yo no me dedico a nada bueno.

—Yo tampoco —murmuré, dándole un par de tragos al vodka frío, que bajó ardiendo por mi garganta.

El lobo aprovechó mi cabeza girada para acercarse a mi cuello y darme un breve y lento lametón que me puso la piel de gallina, el corazón a cien y la polla más dura que el diamante. Cuando bajé la botella, me giré para darle un buen morreo. Dorian gruñó por lo bajo con placer y me apretó un poco más contra él. Como tenía mi mano ocupada con la botella, tuve que conformarme con acariciarle el pelo y la cabeza con la que tenía apoyada detrás del respaldo, aunque eso no fue suficiente y cada vez quise pegarme más y más a él.

—Tranquilo, Zack, tenemos toda la noche —me dijo, separándose un momento de mis labios.

—¿Te parece divertido ponerme cachondo para después parar, Dorian? —le pregunté—. Porque a mí no me hace ni puta gracia.

—Sí, me resulta bastante excitante —confesó—. Ya sabes que cuando tengo tiempo me gusta...

—Sí, ya lo sé —le interrumpí antes de beber otra vez de la botella. Quizá el licor frío fuera capaz de calmar el ardor de mi interior.

Como si quisiera demostrar sus palabras, volvió a inclinarse sobre mi cuello y a besarlo repetidas veces como él hacía. A Dorian le gustaba mantener una tensión sexual y alargarla con cháchara estúpida y preguntas sobre mi vida, qué había hecho esa semana o algo tan estúpido como cuál era mi comida favorita. A veces me frustraba, pero era pasable porque no deteníamos el toqueteo y yo no me privaba de tocarle nada: desde su pecho firme y fuerte, a sus bíceps gigantes, a sus abdominales marcados y a su enorme polla que ya estaba mojándole toda la entrepierna de su pantalón gris oscuro.

—Parece que te has meado —le dije en uno de esos parones mientras apretaba el bulto carnoso y duro bajo la tela mojada.

—No es una sensación agradable —reconoció—, pero no puedo evitar mojarme tanto.

—Me halagas, Dorian.

El lobo resopló y alzó la cabeza con superioridad, sin embargo, una fina sonrisa le recorrió los labios.

—Está en mi naturaleza producir tanto líquido preseminal, Zack —me aclaró—, solo que... quizá tú tengas también algo de culpa.

—Ahm... ¿quieres ir al callejón a que te lo limpie un poco? —le propuse.

El lobo se quedó mirándome fijamente un par de segundos antes de decir:

—Normalmente odio a los humanos tan cerdos, pero en ti me resulta bastante atrayente.

—Me alegro, porque ya sabes que no voy a cambiar —le aseguré.

Dorian cogió una bocanada de aire y recostó la cabeza contra la mano con la que la acariciaba.

—Hoy llueve mucho para el callejón. Bailemos un poco, vayamos a tu casa, follemos y me das de cenar.

—Para cuando lleguemos a mi casa, habrás destrozado el pantalón.

Dorian volvió a sonreír un poco más, mostrando una fina línea de sus dientes blancos de grandes colmillos.

—Así tendrás mucho más que lamer... —murmuró.

Esta vez, fui yo el que sonreí, asintiendo lentamente con la cabeza.

—Eso es cierto —le dije.

Como el había dicho, bailamos como nosotros hacíamos, llegando a un punto intermedio y perfecto entre su movimiento pegado y el mío. Empezamos a tocarnos bastante y a besarnos sin parar. Cuando salimos casi corriendo hacia el coche, Dorian ya me había metido hasta tres dedos por el culo y tenía los pantalones completamente empapados. Yo no estaba dispuesto a parar allí, así que, ya subidos en el coche, me incliné sobre él y le desabroche a toda prisa la hebilla. El lobo jadeó y, sin dudarlo, se recostó un poco en el asiento para dejarme espacio mientras arrancaba el motor. La entrepierna de Dorian, habitualmente apestosa y fuerte, se multiplicó por diez por todo aquel líquido preseminal viscoso que la empapaba de arriba abajo. Fue asqueroso, increíblemente asqueroso y me puso a cien. No paraba de gemir tratando de meterme la cabeza gorda en la boca mientras me empapaba la barba y los labios. Yo había perdido

por completo la cabeza, estaba tan jodidamente cachondo que no me detuve cuando se corrió la primera vez, me lo tragué y seguí sin parar hasta la segunda, que también me tragué. Quizá me hubiera tragado hasta la tercera si no hubiera sido porque Dorian tiró de mí, me besó con una necesidad animal y me agarró del cuello para indicarme que saliera del coche.

Ya habíamos llegado a la calle, no estoy seguro de si antes de la primera corrida o después de la segunda. Lo que sé es que Dorian estaba como loco: me agarraba de la nuca y de la muñeca, gruñendo por lo bajo y casi enfadado conmigo por tener que detenerme a abrir la puerta del portal y la de casa. Entonces cerró de un portazo, me cogió en brazos y fue directo a la cama con una polla fuera que ni siquiera se había parado a guardarse. Me quitó la ropa a tirones, muy similar a como había hecho en el Celo, después se arrancó la camisa haciendo saltar los botones y ni siquiera llegó a quitársela entera, porque una manga se quedó atrapada alrededor de su enorme bíceps. Eso tampoco le importó, gruñó más alto, se bajó los pantalones hasta las rodillas y se tiró sobre mí como un puma salvaje para follarme bien duro mientras me mordía con fuerza el cuello.

Después de haberse corrido dos veces en el coche, creí que a la cuarta pararía, pero me equivoqué. El lobo me dio la vuelta, me agarró de las muñecas y me folló de espaldas hasta una milagrosa quinta vez. Ahí, jadeando como si hubiera acabado de correr un triatlón, se derrumbó sobre mí con todo el peso. Me dejó sin aliento, sin el poco que me quedaba, pero yo ya estaba tan jodidamente dopado de semen de lobo que me dio completamente igual. Estaba casi seguro de que a Dorian le salía Valium o relajante muscular por la polla, porque aquello no era normal.

No quedamos en un profundo silencio durante toda la inflamación, sin besos ni miradas, hasta que, en algún momento, Dorian se quitó de encima susurrando una disculpa antes de echarse a un lado y atraerme hacia él. Entonces buscó mis labios y me miró a los ojos como solía hacer.

—¿Te he hecho daño, pequeño? —me preguntó en voz baja—. Me puse demasiado cachondo y perdí el control. Lo siento.

—Estoy bien, Dorian —murmuré, dándole un beso suave y corto—, ha sido un polvo increíble.

—Sí, lo ha sido —afirmó.

—Voy a... —me moví, pero los brazos me temblaron y me acabé derrumbando sobre su pecho otra vez—. Joder... —jadeé, dándole otro intento hasta incorporarme—, voy al baño a vaciarme el culo lleno de corrida y después te doy la cena —le expliqué.

Dorian se limitó a asentir y se quedó en la cama, mirándome cómo me alejaba hasta cerrar la puerta. Salí diez minutos después, porque además, me había duchado.

—No he encontrado mi pantalón y mi camisa —me dijo cuando me lo encontré sentado al borde de la cama, ya desnudo, sin camisa atrapada en el brazo ni los pantalones con zapatos a la altura de los tobillos.

—Ah, sí, he comprado otros... —se me ocurrió decir antes de irle a buscar los nuevos.

—¿Por qué? Los otros estaban bien.

Me encogí de hombros y suspiré.

—Porque sí, Dorian.

Le entregué la nueva ropa y recogí la cazadora tirada en el suelo para buscar mi cajetilla de tabaco y mi *zippo*. Como ya sabía que el lobo iba a venir, o al menos me lo había imaginado, me había parado en una tienda de comida para llevar, donde le había comprado una bandeja de cerdo a la brasa —entero—, y solo para él. Cuando lo vio, Dorian arqueó las cejas y puso una expresión de sorpresa que todavía no había visto en su rostro.

—Es... mucho —murmuró, sentándose en el taburete mientras aceptaba el tenedor que le ofrecía.

—Pues cómete solo la mitad, yo que sé —respondí, ya con un café en la mano y bebiendo tragos con los que intentaba quitarme ese intenso regusto a semen de la garganta. Me había tragado mucho, muchísimo, y solo esperaba no levantarme por la mañana para vomitar corrida en el baño.

El lobo devoró el cerdo sin pausa, como se había comido las hamburguesas tras el Celo. Para ir tan trajeado y ser tan relamido, comía como un puto animal, manchándose los morros y sin esperar a tragar para meterse más y más comida en la boca. Como había dicho, era muchísimo, así que no pudo con todo, aunque casi se hubiera metido entre pecho y espalda más del noventa por ciento del cerdo. Había leído que si comían bien, los lobos te visitaban más, y yo quería que Dorian viniera y ensuciara bien la ropa que le compraba. Además de follarme, por supuesto, pero ese era un maravilloso plus y no el objetivo principal.

Con los abdominales más abultados de lo normal, se levantó con expresión adormilada y se detuvo a respirar un momento.

—Zack... —tragó saliva—. ¿Podrías ir a buscarme un purito, por favor?

Cerré la puerta de emergencias y dejé mi vaso vacío sobre la barra vieja de bar antes de dirigirme a la habitación. Volví con la caja metálica y se la entregué.

—Puedes fumar en el sofá, no vaya a ser que te desmayes y te caigas al callejón —le ofrecí—. Deja la ceniza en este vaso.

El lobo asintió lentamente, se encaminó al sofá y se dejó caer de un golpe seco, haciéndolo crujir bajo sus ciento y pico kilos de puro músculo. Se sacó un purito, se lo puso en los labios y recostó la cabeza en el respaldo mientras cerraba los ojos.

—Joder... —le oí decir.

Para ser un lobo tan grande y poderoso, un poco de sexo duro y comida le dejaban completamente en la mierda... Arqueé las cejas y resoplé: él no era el que tenía un regusto a corrida en la garganta y el ano tan dilatado que podría meterse un puño. Aún así, me acerqué con el *zippo*, le encendí el purito y le entregué su café solo grande. Dorian entreabrió sus bonitos ojos ocre y me miró, fumando una calada antes de soltar el humo azulado a un lado.

—¿Noticias? —pregunté, yendo a sentarme a su lado antes de inclinarme a por el mando.

—Sí —le oí decir en voz baja.

Levantó la cabeza para mirar la televisión vieja y de pantalla rota, alargó un brazo para rodearme los hombros y se metió la otra mano dentro del chándal gris con rayas negras a los lados, rascándose nada sutilmente los huevos mientras fumaba

su purito entre los labios. Solo la sacaba de allí para echar la ceniza del cigarro en el vaso vacío, hasta que empecé a acariciarle suavemente la barriga y empezó a producir una especie de ronroneo bajo. Volvió a recostar la cabeza en el sofá y cerró los ojos, tardando menos de un minuto en quedarse dormido, teniendo contracciones musculares en la pierna y los hombros, como cortos espasmos mientras roncaba. Puse los ojos en blanco, le quité el purito de los labios antes de que se le cayera y probé una calada. No estaba mal, pero seguía prefiriendo el tabaco normal. Recogí el vaso lleno de ceniza y la bandeja con el cerdo, teniendo tiempo de sobra para ordenarlo todo antes de volver al sofá.

Dorian se despertó a las dos horas, parpadeando y algo confuso. Levantó rápidamente la cabeza y miró a los lados hasta encontrarme pegado a él. Entonces se llevó una mano al rostro y frotó los ojos.

—¿Qué hora es? —me preguntó.

—Las cinco de la noche.

El lobo resopló y cogió una bocanada de aire.

—Tengo que irme —anunció, a lo que yo solo asentí.

No hizo falta que le acompañara al baño, del que salió duchado para ponerse su ropa arrugada y manchada. Gruñó por lo bajo, supongo que jodido por haberse roto los botones de la camisa o por tener que ponerse un pantalón empapado en líquido preseminal. Volvió con expresión seria y se detuvo a un lado del sofá con las llaves del *Land Rover* en una mano y otro purito sin encender en los labios.

—Has cambiado las mantas de la cama —me dijo—. ¿Por qué?

Respondí a su mirada seria y me encogí de hombros.

—¿No te diste cuenta de que las otras no llegaban para esa absurdez de cama que has comprado?

—Sí, lo sé, pero estas no huelen a mí. —No supe qué decir a eso, y Dorian debió notarlo en mi expresión seria, porque añadió—: La cama tiene que oler a mí. Es muy importante, Zack. No cambies las mantas sin avisarme antes, por favor.

Apreté un momento los dientes, recordando que había una camiseta y un pantalón doblados en el armario por los que una panda de pervertidos me pagarían mil seiscientos dólares.

—Claro —murmuré.

Dorian asintió.

—Si no puedo volver esta semana, ven a buscarme al Luna Llena.

—Dorian —le detuve antes de que se fuera—. ¿Qué rango tienes en la Manada?

Él se quedó en silencio un par de segundos y respondió:

—Yo soy el Alfa de la Manada, Zack.

Si estaba esperando una reacción asombrada y un gritito de sorpresa, no lo encontró en mí. Me quedé con la misma expresión y solo asentí. Él cabeceó y se fue. EL PUTO ALFA. Salté del sofá y fui directo a embolsar la ropa y a poner en anuncio en el Foro; doblé el precio y sonreí. Ese hijo de puta me iba de hacer de oro... O lo haría si me diera más ropa, pero no volvió a aparecer en toda la semana, así que tuve que ir a buscarle al Luna Llena. Aparecí con mi nueva cazadora de motero y el pelo mojado de la lluvia, Dorian me vio al instante, quizá porque me estaba esperando. Despejó el sofá de humanos solo para mí y me rodeó los hombros antes de pegarme y darme un buen beso en los labios.

—¿Qué tal la semana, Zack? —me preguntó.

—Una mierda, ¿la tuya? —respondí, ya con la mano en su abultado pecho de toro, ese que, a mi pesar, había echado tantísimo de menos.

—Normal, diría. ¿Hoy también tienes un cerdo entero esperándome en casa?

—No, hoy compré pescado con patatas asadas.

Dorian continuó besándome el cuello y gruñó por lo bajo, pero de forma más aguda, como si la idea le produjera placer. Tuve que soportar aquella monotonía de manoseo, besos y preguntas una hora, hasta que el lobo me llevó a bailar y empezó lo verdaderamente divertido. Se la chupé en el camino en coche y llegamos a casa para terminar por todo lo alto tras cinco buenas corridas de lobo. Yo sabía que aquello no era lo normal, porque lo había leído, así que, o Dorian estaba terriblemente excitado, o no había follado demasiado aquella semana; yo me decantaba más por la primera opción, porque no era tan gilipollas como para asumir que no hubiera otros humanos a los que el Alfa visitara. Sin embargo, con que volviera cada viernes a mi casa para dejarme un regalo de ropa sucia que vendería por dos mil dólares, me bastaba. Tras el sexo, descargar más de medio litro de semen y darme una buena ducha, me encontré con el lobo esperándome sentado con su ropa cómoda.

—¿Hay alguna razón por la que siempre sea diferente? —me preguntó, porque no era gilipollas—. Busqué la de la semana pasada y no la encontré.

—Es ropa de la tienda de segunda mano, Dorian —murmuré, remarcando el tono indiferente—. Está hecha mierda y me vale tres dólares. Puedo permitirme comprarte nueva cada semana y que no tengas que reutilizarla.

—No me importa reutilizar la ropa, Zack, no soy tan prepotente como para no poder ponerme unos... —y se detuvo cuando le puse la bandeja de enorme pescado rodeado de patatas.

Cogió aire, mirando aquello como si fuera todo un desafío. Solo aceptó el tenedor que le entregué y se puso a comerlo como el jodido animal que era. Por alguna razón, se puso a mirarme fijamente mientras masticaba, algo que resultaba demasiado extraño como para no significar nada. Así que, distraídamente, lo busqué en el Foro mientras fumaba frente a la puerta. Al parecer, eso significaba que le gustaba mucho y que quería que yo lo supiera. Bien. Había que sumar puntos para Zack sobre el resto de humanos. Por eso le llevé su caja de puritos y su café al sofá donde el Alfa repleto de comida suspiraba y miraba las noticias. Fumó con una mano alrededor de mis hombros y la otra rascándose la entrepierna, como a él le gustaba. En esta ocasión, sin embargo, se quitó el purito de los labios y lo dejó sobre el vaso vacío de café antes de dormirse. Se despertó tres horas después, a las seis de la mañana, para irse con expresión adormilada a vestirse y gruñir de nuevo por el destrozo que había hecho en la ropa. Antes de irse, se acercó y me dio un extraño beso suave en los labios. Me hizo sentir un poco extraño, porque aquello parecía un poco de novios y no acababa de gustarme esa sensación.

De todas formas, fui a envolver la ropa y la vendí rápidamente por otros dos mil quinientos dólares en apenas minutos. Los Alfa eran los mejores y los más demandados, así que *ChicoOloroso* tenía un grupo de desesperados con mucho dinero y muchas ganas de pegar la cara a unos pantalones sucios. Que solo

pusiera a la venta un par cada semana, terminó beneficiándome y encareciendo los precios. Pero, para mi sorpresa, Dorian volvió a los dos días, pillándome totalmente desprevenido al salir de la tienda. Me quedé unos segundos en blanco y fruncí el ceño.

—Joder, Dorian, no sabía que ibas a venir y no he comprado nada —fue lo que le dije—. Espera que vuelvo a por algo... —y me di la vuelta, bastante enfadado con aquel imprevisto.

Dorian se dio cuenta, así que cuando subí al coche, me miró y me dijo:

—Si me das tu número de teléfono, podré avisarte con tiempo.

—Sí... —murmuré tras un breve silencio y con la vista al frente—. Eso estaría bien.

—Pero, como creo que entenderás, Zack. No me gustaría arrepentirme...

Entonces le miré y arqueé una ceja.

—¿En serio te crees que te voy a hacer llamadas todas las noches y mandarte mensajitos de amor, Dorian? —le pregunté.

El Alfa se dio cuenta de lo estúpido que sonaba y terminó asintiendo.

—A veces se me olvida la clase de humano que eres —reconoció.

Aquella noche no hubo mamada en el coche, pero sí bastante diversión en la cama. El lobo venía hambriento en más de un sentido, me comió el culo, la polla y la boca. Nos cubrió con las mantas para contener aquella fuerte peste y me folló de cara, de espaldas y de lado, mordiéndome con fuerza y agarrándome del cuello mientras rugía. Después llegaron las miradas y los besos tibios durante la inflamación. Le preparé una tortilla enorme con queso y jamón de york, que él devoró sin dejar de mirarme ni un segundo, pero que no le dejó tan lleno como al comida que compraba en la tienda. Algo que em jodió un poco, sinceramente. Se fumó su purito de pie al lado de la puerta de emergencias a mi lado, bebiendo tranquilamente su café, miró un poco las noticias mientras se rascaba los huevos y después se fue, dándome otro de esos besos de despedida.

No recibí ningún aviso hasta el viernes, cuando fui a buscarle al Luna Llena. Despejó el sofá solo para mí y me dio un buen morreo antes de preguntarme «¿Qué tal la semana, Zack?». Dorian y sus putas preguntas de mierda en el sofá... pero era una hora de gilipolleces era un precio bajo a pagar por los dos mil quinientos dólares en ropa que ganaba a su costa. Así que respondía más o menos como podía mientras le tocaba de arriba abajo. Estaba empezando a pasarme algo, y era que estaba echando de menos al muy hijo de puta y que, al verle, hasta casi sentía una punzada de felicidad en el pecho. Me enfadaba bastante al despertarme en una cama que apestaba a él, bueno, sinceramente, ya todo lo que tenía apestaba a él, incluso yo; lo que solo lo hacía peor y más frustrante. Había momentos en los que deseaba que llegara el viernes, el único lugar seguro en el que sabía que le encontraría. Eso no me gustaba, pero le echaba la culpa a las feromonas y seguía adelante.

Esa noche volvimos a bailar, volví a hacerle una tremenda mamada en el *Land Rover* y a tragármelo de pura excitación, el lobo volvió a llegar enloquecido a casa y a tirarme sobre la cama de dos metros por dos cincuenta antes de arrancar mi ropa y la suya a tirones y abalanzarse sobre mí. Volvió a correrse cinco veces, a morderme con fuerza, rugir como un puto animal y hacerme más moratones en

la cadera, el cuello y las muñecas. Después, volvió a mirarme con sus suaves ojos ocre y a besarme en los labios de forma intermitente mientras yo le acariciaba la cabeza de pelo muy corto. A veces ronroneaba, pero no tanto como cuando le acariciaba la barriga llena de comida y se quedaba dormido en el sofá mientras fumaba su purito. Se volvió a despertar, esta vez a las siete, casi con el amanecer. Se volvió a vestir con gruñidos de enfado y me volvió a dar un único beso en los labios antes de marcharse.

Creí que no volvería a verle hasta la semana siguiente, pero el primer jueves de esa semana de junio, cuando el calor había empezado a ser cada vez más sofocante y los días se habían vuelto asquerosamente largos, recibí un mensaje suyo diciendo que esa noche iría a recogerme a la tienda. Me quedé mirando el móvil y me enfadé, porque sentí otra de esas punzadas ilusionadas que tanto odiaba. Algo estaba yendo mal dentro de mí, las feromonas me estaban dejando tonto y haciendo estragos en mi mente; pero no era la primera vez que me jodía el cuerpo con una sustancia adictiva, aunque esta vez al menos estaba ganando muchísimo dinero por ello. Así que fui a la tienda de comida, me gasté ciento ochenta dólares en un pavo de ocho kilos y lo cargué de camino a casa antes de irme a trabajar.

Dorian ya me estaba esperando en su todoterreno de lujo, al que me subí apretando los dientes para aguantar el gemido de placer que sentí al hundirme de lleno en esa peste fuerte y densa. Nos miramos un momento y el Alfa gruñó por lo bajo con placer.

—Estás muy guapo con el nuevo corte de pelo, Zack —dijo a la vez que movía la cadera para acomodar su enorme polla, cada vez más gorda y larga contra la tela firme de su pantalón de traje.

—Lo sé —respondí.

—Quizá yo también debería volver a preocuparme un poco de mi aspecto —murmuró, echándose un vistazo en el espejo retrovisor antes de pasarse una mano por su pelo corto, pero aún así mucho más largo de lo normal—. He estado ocupado con la búsqueda de un nuevo almacén de la Manada y no he tenido tiempo.

Resoplé y puse los ojos en blanco. Dorian siempre iba perfectamente vestido y solo decía gilipolleces.

—Si tanto te preocupa, tengo una maquinilla de afeitar en casa —le dije con un tono algo aburrido—. Te la pasaré después de follar.

El lobo me miró por el borde de los ojos y arrancó el motor.

—Eso estaría bien... —murmuró.

Condujo a casa escuchando las noticias de la madrugada en la radio y, cuando se bajó, fue a la parte de atrás para sacar una bolsa de deporte que me quedé mirando con el ceño muy fruncido.

—¿A dónde coño vas con eso? —pregunté.

—He traído algo de ropa para cambiarme —respondió, pulsando el botón del llavero y cerrando el coche con un sonido de bloqueo y una ráfaga de luces—.

¿Algún problema con eso, Zack? —se enfrentó con una mueca seria a mi mirada.

—Pero te vas a seguir poniendo la puta ropa que te compro —no era una pregunta, solo una llana afirmación, casi una advertencia.

El Alfa tardó uno o dos segundos en responder:

—Por supuesto, esta es solo ropa de diario para no tener que volver al Refugio con la camisa rota y los pantalones empapados. Mis Machos han empezado a hacer bromas al respecto.

—Ahm... —me limité a decir, porque no había entendido a qué cojones se refería y, sinceramente, no me importaba.

Subí al cuarto piso seguido por un Dorian que me agarraba de la parte baja de la mano y se pegaba bastante a mi espalda, pero nada fuera de lo normal. Al entrar en el loft, fue a deshacer su bolsa deportiva de Nike, dejando la ropa bien ordenada en mi armario antes de volver sin camisa y con los pantalones abiertos, por los que se veía la densa mata de pelo rizo y tupido de su pubis. Tiré el pitillo que había estado fumando mientras valoraba la idea de que el lobo hubiera traído ropa: por un lado, era una gran señal de que tenía pensado volver, por otro, me horrorizaba la idea de que lo hiciera. De nuevo, sentimientos encontrados que traté de acallar cuando me senté a su lado y empecé a comerle la boca. Siempre me olvidaba de todo cuando el Alfa me metía su enorme lengua en la boca y sus dedos por el culo, haciendo hueco para lo que estaba por venir. Con cierta impaciencia, me puse a horcajadas sobre él y le monté, gritando un: «Joder, tú puta madre, que gorda es...» y un monótono «Sí, oh, sí» cada vez que descendía sobre aquella enorme y mojada monstruosidad. Dorian apretaba los dientes y jadeaba, tocándome a placer y agarrándome del cuello como si quisiera ahogarme. Se corrió dos veces dentro, una bastante rápida mientras le montaba, una segunda más espaciada mientras me apretaba contra él y movía la cadera. Después la sacó antes de correrse una tercera sobre mi culo a cuatro patas en el sofá y volvió a meterla para una cuarta y última vez, en la que me levantó en brazos y me lo hizo de pie, como si yo no pesara nada; debatiéndose violentamente entre morderme con fuerza o besarme con desesperación mientras gruñía.

Jadeando y sin fuerzas, dio un tembloroso paso al sofá y se sentó con cuidado de no sacar su polla inflamada de dentro. Recostó los brazos en el sofá y echó la cabeza atrás, porque, quizá, él se había quedado también en una nube de calma y serenidad. Cuando estuvo más o menos recuperado, levantó la cabeza y buscó mis labios para compartir ese momento de miradas silenciosas y besos dulces tan extraño. Tras unos buenos cinco minutos, fui yo quien rompió el momento, levantándome de encima de él con una mueca de dolor. Tiré del lobo para llevarle al baño y, como le había dicho, le pasé la maquinilla al uno. Dorian miró el resultado en el espejo y se pasó una mano.

—No me has rapado —murmuró.

—Me gusta más así —fue mi respuesta mientras abría el grifo de la ducha.

El lobo me miró por el borde de los ojos, pero no dijo nada, solo me acompañó y se limpió los restos de pelo y la corrida del pecho con la que le había manchado en vello fino y oscuro. Nos vestimos a la salida y le puse su fuente de arroz y chuletas para cinco personas. Él las miró con atención, cogió aire y asintió, como si se dijera a si mismo «puedo hacerlo». Esperé con un café y un pitillo a que se lo terminara todo y entonces fui a buscar su purito y el vaso de café solo largo para llevárselo al sofá. Dorian eructó como un cerdo y echó una calada, soltando

el humo al aire y sonriendo como si aquel fuera un momento glorioso. Tenía que serlo, porque estaba muy bien follado, muy bien comido y muy bien atendido por un Zack muy preocupado en hacerle feliz. Solo para que volviera, por supuesto. Me apretó contra él viendo las noticias y, tras terminarse el purito, se obligó a levantarse e ir a vestirse. El sol ya había salido por el horizonte y, por mucho que pareciera joderle, tenía que irse sin su siesta. Se vino a despedir con un beso y, nada más cruzar la puerta, me levanté para ir a la cama. No sin antes ver cuánta ropa había traído: tres mudas limpias de camisa y pantalón junto tres pares de zapatos a un lado del suelo y tres cinturones. Chasquéé la lengua y tomé una bocanada de aire que apestaba a Alfa que tiraba para atrás. Con su ropa allí, la mía tardaría muy poco en oler tan fuerte, solo por estar cerca. Metí la usada esa noche en bolsas con cierre hermético y las puse a un lado para enviarlas al día siguiente.

Como era viernes, también me pasé por la tienda de comida por segundo día consecutivo y fui al Luna Llena al caer la noche, donde Dorian ya me estaba esperando; sin humanos alrededor esta vez. Al menos, como nos habíamos visto la noche anterior, no tuve que soportar la típica pregunta de qué tal me había ido la semana, solo otras gilipolleces como qué pensaba de la subida de los impuestos o de que inclinación política tenía.

—La que me dé más dinero —fue la breve respuesta que le di mientras le manoseaba la polla sobre el pantalón y me frotaba el rostro contra el suyo, buscando constantemente sus labios y su lengua.

Aunque hubiéramos follado la noche anterior, terminé tan cachondo como cualquier otro viernes de baile y mamada en el coche. Al igual que Dorian, quien me dio un buen repaso por todo el cuerpo antes de follarme de cara hasta la cuarta corrida. Todas dentro de mi culo esta vez.

—¿Solo cuatro esta noche, Dorian? —le pregunté mientras nos duchábamos.

—Sé que te tengo muy mal acostumbrado, Zack —respondió con tono grave—, pero cuatro ya es bastante. Cinco seguidas es solo porque... vengo con ganas y tú sabes muy bien como ponerme cachondo —terminó reconociendo, un poco a su pesar.

Solté un murmullo y no dije nada. Ya había leído que la cantidad de orgasmos que Dorian tenía conmigo no era normal, otra buena señal de que se lo pasaba bien. Una como que, aquella noche tras el purito y el café del sofá, me hiciera una señal a la cama antes de dormirse. Al principio no lo entendí, así que le pregunté:

—¿Quieres que te traiga algo o qué cojones?

—No. Quiero ir a dormir ya —respondió.

—Ah... —me limité a decir, yendo delante, porque siempre iba por delante de él, hacia la cama.

El enorme lobo se tumbó casi en el medio y tiró de mí para que me pusiera casi encima, rodeándome con el brazo y mirándome con sus ojos de un ocre suave. Al parecer, a Dorian también le gustaba tener otro de esos «momentos cariñosos» antes de dormirse y roncar como un oso mientras sufría contracciones musculares. Dormir con él fue extraño, como muchas otras cosas. Tan acostumbrado a dormir solo, creí que al tener un enorme, cálido, apestoso y musculado cuerpo a mi lado, me costaría conciliar el sueño. Sin embargo, fue

increíblemente sencillo, despertándome a media tarde con la polla dura como una piedra y jadeando. Hacía calor y el lobo olía mucho más de lo normal, esa cantidad de feromonas acumuladas me hicieron gemir de puro éxtasis. Hundí la cara entre los pectorales musculosos y los lamí, descendiendo en busca de la enorme polla que ya me esperaba empalmada y empapada, goteando líquido sobre los abdominales de acero.

No tenía claro si mi culo estaría preparado para aquello, pero más le valía, porque yo no iba a parar y Dorian se había despertado con tantas ganas como yo de aquello. Se corrió en mi boca una primera vez, pero después se tomó su tiempo hasta la segunda, asegurándose de dilatarme bien a fuerza de lamidas y dedos.

— ¡Fóllame ya, joder! — terminé gritándole.

Él gruñó y se tiró sobre mí para hacer justo lo que le pedí, llegando al cuarto orgasmo mientras me mordía con fuerza y me sostenía entre sus brazos, manteniéndome en el aire mientras me follaba como un completo loco. Al terminar, tan sudado y jadeante como siempre, tuvo mucho cuidado al recostarse en la cama para dejarme a mí sobre él.

— ¿Qué hora es? — me preguntó, frotándose el rostro para aclararse la mente.

— Te voy a comprar un puto despertador solo para que me dejes de dar por el culo con eso — respondí, con la cabeza apoyada en su pecho y los ojos cerrados.

A Dorian pareció hacerle gracia, porque su pecho tembló un poco y movió una mano para acariciarme el pelo revuelto.

— Tengo muchas responsabilidades, Zack, y hay un límite de tiempo que le puedo dedicar al placer — me dijo.

Se me ocurrió preguntar si era tan quisquilloso son sus otros humanos, pero preferí no hacerlo, limitando a levantarme para buscar el móvil en el bolsillo de mi cazadora tirada en el suelo.

— Las cinco de la tarde.

El Alfa resopló y se levantó, quedándose un momento sentado para pasarse las manos por la cabeza y desperezarse. Después se levantó y se fue rascándose el pubis de camino al baño. Salió cinco minutos después, duchado y fresco para encontrarme vestido y fumando frente a la puerta de emergencias.

— ¿Tienes que ir a algún lado por las tardes? — me preguntó, acercándose con su purito en los labios.

— Me gusta ir a desayunar a una cafetería de aquí cerca — murmuré, saltándome la parte en la que pasaba por la oficina de correos para enviar su ropa usada a algún depravado.

Dorian gruñó de una forma que no conseguí reconocer el significado y se pegó a mi espalda para rodearme los brazos con sus enormes manos y besarme en el cuello. Sin añadir nada más, se dio la vuelta y se fue, dejando, una vez más, su increíble peste por toda la casa. Ya había leído sobre la «impregnación» y sabía que era una muy buena señal de que volvería, por eso no me importó ir por ahí apestando, no solo a lobo, sino a lobo Alfa, que era como el sumun de lo puto oloroso que podías llegar a ser. El problema fue cuando, esa semana, el señor Xing me echó del trabajo porque estaba cansado de que «oliela muy mal. Malo pala clientes». Así que tuve que encontrar un nuevo trabajo. En verano solía haber un par de puestos, pero me jodió haber perdido mi empleo fijo en la tienda.

—¿Qué tal la semana, Zack? —me preguntó el Alfa cuando me dejé caer sobre su sofá solitario. Como siempre hacía, me rodeó con el brazo, me pegó a él y me lamíó el cuello sin si quiera esperar a mi respuesta.

—Me echaron del puto trabajo porque apesto —respondí con tono calmado. Estaba muy enfadado hasta el momento en el que me había acercado al lobo, cuando solo fui capaz de sentir una profunda excitación.

Dorian levantó la cabeza, dejando de pasar su lengua gruesa y gorda por mi piel algo sudada del trayecto hasta allí. Me miró fijamente con sus ojos de un ocre suave, reflejando la luz azulada del local.

—Espero que seas consciente de que, oler a mí, es todo un privilegio. —Mi mirada fue todo lo que necesitó para añadir —: Aunque sé los problemas que eso podría darte... Escucha, Zack, hay un trabajo que quizá te interese. Es en una tienda de caramelos de la Manada.

—Sabes que no quiero problemas, Dorian —le recordé—. Y no quiero que me pillen rodeado de «caramelos», sea lo que sea eso.

—Allí no hay caramelos —me explicó—, solo se cogen los pedidos en una libreta. Aunque fueran allí, no encontrarían nada más que una lista sin nombres.

—Ah... —murmuré, bajando mi mano por sus abdominales—. ¿Y me pagarías con dinero o solo a folladas?

—Con dinero —respondió mientras una fina sonrisa se extendía por sus labios—. Las folladas te las doy gratis.

—Entonces quizá me lo piense... —murmuré, inclinándome para besarle. Ya había terminado el momento de la cháchara. Llevaba una semana sin verle y tenía unas ganas terribles de tocarle por todos lados, bailar hasta perder la consciencia, comerle bien la polla en el todoterreno y terminar con un buen polvo salvaje en la cama. Le di de cenar a Dorian su pescado al horno con patatas y le llevé su café y su purito al sofá. Como la semana pasada, se quedó a dormir, recibiendo otra mamada y una buena cabalgada cuando me desperté sumergido en feromonas de Alfa.

—Así que has comprado el despertador... —me dijo, interrumpiendo la sesión de miradas cómplices y besos cortos.

—Así ya sabes la hora que es —murmuré. Solo me había costado cinco dólares en la tienda de segunda mano y me había hecho gracia ponérselo en la mesilla de noche.

Dorian soltó aire por la nariz de anchas fosas nasales y sonrió.

—Entonces tendré que darte yo algo a cambio, quizá una máquina de café a la que no tengas que dar golpes para que funcione.

—Si me vas a regalar algo, prefiero una moto deportiva, sinceramente.

Dorian gruñó y me dio un suave beso.

—Quizá algún día... —murmuró.

Después nos dimos una ducha, fumamos juntos con un café frente a la puerta de emergencias y nos despedimos con un beso. Al día siguiente recibí un mensaje suyo con una dirección y un horario de trabajo, además de un sueldo muy interesante de mil quinientos dólares. Una cifra seguida de una breve nota que decía: «Sé que la comida que me das no es barata». Arqueé las cejas, sorprendido de que se hubiera preocupado por eso. Aunque, sinceramente, eso no lo pagaba

yo, sino la ropa sudada, más cara ahora que olía más fuerte por el calor y dormía con ella puesta. De todas formas, no iba a rechazar un trabajo supuestamente fácil y tranquilo con un buen sueldo, así que fui a la Tienda de Caramelos, que era un local de mierda con una mesa, un teléfono y una libreta en la que anotar los pedidos. Tardé poco en descubrir que esos «caramelos» eran droga, de muchas clases, al parecer y con muchos clientes que las buscaban en grandes cantidades. Dorian me sorprendió el jueves por la noche, apareciendo por al puerta con una camisa azul marino remangada y abierta hasta casi el abdomen, mostrando su pecho peludo y la cadena de plata que le colgaba del cuello de toro. Incluso con el calor y manchones de sudor más oscuro en las axilas y la espalda, seguía vistiendo como un luchador de la *WWE* que se hubiera hecho empresario de pronto.

— Buenas noches, Zack — me saludó como si nada, aunque yo le estuviera mirando con el ceño fruncido, sentado en la silla y con los tobillos cruzados sobre la mesa.

— ¿Has venido por placer o por trabajo? — quise saber.

— Un poco por ambas — respondió, quedándose a mi lado para desabrocharse la camisa hasta abajo y mostrar todo su torso de titán.

— Joder... — suspiré, incapaz de apartar la mirada mientras lo recorría lentamente con la mano, terminando por apretar el obscuro bulto de su entrepierna.

Dorian sonrió, mostrando sus dientes blancos y perfectos de colmillos más grandes. No le importó que siguiera manoseándole mientras él giraba la libreta para observar las anotaciones y pedidos, pasando un par de páginas antes de decirme:

— Lo estás haciendo bastante bien, Zack. Sinceramente, tenía dudas de que no jodieras esto con alguna gilipollez infantil de las tuyas...

Le miré por el borde superior de los ojos y dejé de acariciarle la polla cada vez más dura y gorda.

— No hago gilipollez si no me obligas a hacerlas, Dorian... — le advertí—. Como cuando dices estas cosas y me dan ganas de quemar la puta libreta para encenderme un pitillo con ella.

— Si hicieras eso, me enfadaría bastante, Zack — me aseguró, tirando de mi muñeca para levantarme de la silla y levantarme—. Yo también puedo ser muy cabrón si me molestas... — dijo con la cabeza gacha y pegada a mis labios. Entonces me besó con lengua, me apretó contra él y solo se separó para añadir — : tengo poco tiempo antes de volver al despacho.

«Tener poco tiempo» significaba sexo más apresurado y corto de lo normal en la trastienda. Alguna mamada y toqueteo, pero muy centrado en dilatarme lo antes posible para poder metérmela y correrse tres o cuatro veces, dependiendo de si aquella semana nos habíamos visto más noches. Durante la inflamación, me daba más besos y miradas, pero nada más remitir, la sacaba y se ponía bien la ropa para marcharse.

— Nos vemos mañana en mi Club — se despidió junto con un beso, dejándome todavía con los pantalones de chándal nuevo por las rodillas y flotando en una jodida nube de felicidad y tranquilizantes de caballo.

Dorian empezó a quedarse a dormir cada viernes por la noche que volvíamos del Luna Llena, em compró la mejor máquina de café del mercado y comenzó a ser extraña la semana que no se pasara al menos una o dos veces por la Tienda de Caramelos para supervisar los pedidos y echar un polvo en la parte de atrás. Entramos en una especie de rutina que se alargó todo el verano, cuando el calor era tan sofocante que empezó a costarme idear maneras de conseguir que el Alfa se pusiera algo de ropa y no fuera por la casa desnudo. Tuve que modificar un poco las ventas y cambiar los chándales y camisetas sudadas por fundas de almohada o retales de las sábanas de la cama.

—Voy a cambiar las mantas —le advertía antes—. Ya están muy sucias.

A lo que el Alfa asentía.

—Recuerda dejarlas un poco entre mi ropa para que vayan cogiendo mi olor antes de ponerlas.

Cuando llegaron las lluvias de finales de septiembre y el tiempo empezó a enfriarse al fin. Ya tenía una nueva televisión, un nuevo sofá, un montón de ropa cara y un maravilloso colchón de más de treinta mil dólares en el banco. Más dinero del que jamás había soñado con tener.

—La semana que viene es El Cielo —me recordó el Alfa, fumando su purito junto a mí en la puerta de emergencia. Murmuré algo por lo bajo, pensando en lo rápido que había parecido pasar el tiempo—. Creo que ya es evidente que vendré a pasarlo contigo.

—Perfecto —respondí. Esas sábanas repletas de sudor y corrida valdrían su peso en diamantes de sangre.

—También me pasaré más por aquí a medida que me ponga más y más cachondo.

—Trata de avisarme para comprar la comida.

—Eso haré —prometió.

Estar con Dorian había resultado ser increíblemente sencillo una vez que dejamos un poco el orgullo atrás y quedó claro que ambos íbamos a hablar con claridad y sin gilipolleces por en medio. El Alfa y yo nos entendíamos muy bien, porque en realidad éramos muy parecidos, como dos caras de la misma moneda. Cuando aquella semana fue volviendo a mi casa noche tras noche, se quedaba a dormir, algo extraño fuera de los viernes, para echar otro polvo al despertar e irse recién duchado al despacho. El día del Cielo yo ya estaba preparado y había tenido la precaución de, además de tomarme los putos laxantes, dilatarme un poco el ano antes de que el lobo llegara como una bestia salvaje y jodidamente apestosa para pasarse tres días follándome en la cama. Al cuarto, volvió a ser él mismo, me abrazó y me dio un par de besos mientras me acariciaba la espalda. Mientras estaba en el baño, preparé café y le entregué un vaso frío y uno de sus puritos. El Alfa me dio las gracias en voz baja, bebió un trago con un gruñido de placer y se fumó una calada que le supo a gloria.

—No hace falta que vuelvas al Luna Llena —me dijo entonces.

Sentí una presión en el pecho y, a mi pesar, una punzada de terror que me atenazó las entrañas. Giré el rostro hacia él, sin dejar traslucir mis verdaderas emociones, en busca de una explicación más detallada de por qué me iba a dejar. Dorian se quedó mirándome un par de segundos, fumando otra calada y soltando el humo azulado a un lado.

—Vendré directamente aquí —murmuró—, así que no tienes que ir a buscarme.
—Ah... —dije, y fui incapaz de que no sonara a una liberación, por lo que traté de recomponerme rápidamente y decir —: Vale, lo que sea.

A Dorian le salió una enorme sonrisa de cabrón y me preguntó:

—¿Tenías miedo de que no volviera, Zack?

—Ten mucho cuidado, Dorian... —respondí, mirando la ciudad a lo lejos antes de beber un trago de café. Ya era demasiado tarde para fingir que no me había importado.

Él sabía lo orgulloso que era yo y hasta qué punto podía joderme antes de que me enfadara, así que siguió fumando con esa sonrisa de victoria, terminándose el café y el purito casi a la vez. Se fue a vestir y volvió solo para darme un beso en los labios. No lo vi en los siguientes cuatro días, hasta que el viernes, como había prometido, regresó con una bolsa al hombro y una maleta en la mano. No tuve que hacer ninguna pregunta, el Alfa entró y me lo explicó:

—Voy a dejar algunas de mis cosas aquí. También necesitaré una copia de las llaves para entrar cuando quiera.

—Cuando quieras... —repetí—. En mi casa.

—Esta ya no es tu casa, Zack —me aclaró—. Es nuestra Guarida.

Cogí una bocanada de aire y, tras unos segundos de duda, me hice a un lado para dejarle pasar. Sabía lo que era una «Guarida de Lobo», sabía lo que significaba y sabía que era una especie de gran paso para un lobo. Me jodió, pero a la vez pensé en que, cuanto más cerca estuviera Dorian, más ropa utilizaría y más sexo del bueno habría. Me preocupó que aquello afectara a la rutina a la que tanto me había acostumbrado y que, por desgracia, tanto me había llegado a gustar. El Alfa no era pesado, venía y se iba sin dar ni pedir explicaciones, a veces se quedaba a dormir y a veces no volvía en toda la semana. Temía que con la Guarida eso cambiara y se pusiera pesado y me atosigara demasiado, sin embargo, el cambio fue apenas perceptible. La única diferencia era que, a partir de que le diera una copia de las llaves, vino a cenar y a dormir todos los días a casa; recogiéndome en la Tienda de Caramelos para regresar juntos en el *Land Rover*. El resto, siguió más o menos como siempre: buen sexo, trabajo fácil, peste a lobo y un montón de ganancias de la venta de ropa usada.

En noviembre, cuando empezó a llover bastante, Dorian me sorprendió con una pregunta mientras nos besábamos y nos mirábamos en la cama.

—¿A qué cafetería vas a desayunar?

—Es una a diez minutos de aquí —murmuré, acariciándole distraídamente el pelo corto que no había vuelto a raparse al cero, con calgunas canas en las sienes, las patillas y el mentón ancho y masculino.

—Hoy me gustaría ir contigo —declaró, como si se tratara de algo importante.

Me encogí de hombros y le dije:

—Entonces pagas tú.

Dorian sonrió, me dio un pequeño beso y aceptó el trato. Subimos al todoterreno y tuvimos algunos problemas para encontrar un sitio lo suficiente grande para aparcar un sábado por la tarde; pero, cuando lo conseguimos tras tres vueltas a la manzana, apuramos el paso hasta el local y nos sumergimos en un ambiente cálido y repleto de conversaciones. Algunas se detuvieron, junto con miradas y

expresiones de sorpresa o incluso pavor, pero me dio todo por culo y llevé al lobo a mi mesa de siempre. Dorian estaba tranquilo, pero no dejaba de mirarme fijamente, hasta que me incliné en la silla y le di un beso, sin separar mucho los labios a la espera de que entreabriera la boca para poder darle uno más profundo y sórdido. Al volver a mi sitio, me relamí su saliva de los labios y le pregunté:

— ¿Todavía quieres comprobar si me importa que nos vean juntos?

El Alfa sonrió un poco, se recostó en una silla, que apenas era capaz de contener su culo y sus enormes piernas, y me dijo:

— Me gusta desayunar un café con tortitas y sirope.

Asentí con una expresión indiferente y eso fue lo que pedí a la camarera junto con mi ya habitual café con sándwich. Dorian sacó su carísimo móvil e hizo una llamada para avisar de que llegaría un poco más tarde a donde fuera que tuviera que irse después, porque estaba «desayunando con *su humano*». Devoró el enorme plato que le había pedido, una montaña de quince tortitas bañadas en sirope dulce y mantequilla caliente, eructó como un ogro y se bebió su café tranquilamente mientras miraba las noticias de media tarde en el televisor del local. Desde entonces, aquella escena se repitió cada día, aunque acompañada de un periódico o una revista de las muchísimas a las que el Alfa estaba suscrito y que llegaban religiosamente a la Guarida. Esa era solo una de las cosas que había traído junto con montañas de ropa, una bicicleta eléctrica en la que le gustaba hacer ejercicio de vez en cuando, un pedazo de equipo de música y una impresionante colección de música clásica y ópera que ponía a todo volumen.

— Joder, Dorian, ¿no tienes nada bueno? —le había gritado la primera vez.

— A mí me gusta la música clásica.

— ¡Y a mí me gusta que la Guarida no parezca el puto velatorio de un funeral! ¡QUITA ESA MIERDA!

Discutíamos, por supuesto, pero no tanto como, quizá, hubiera pensado en un principio. Gritábamos mucho y muy alto, tirábamos cosas al suelo y hasta una vez conseguimos que los vecinos llamaran a la policía; lo que era todo un logro viniendo de un edificio de drogadictos, putas y traficantes muy acostumbrados a los sonidos de disparos y la violencia doméstica. Sin embargo, Dorian y yo siempre terminábamos follando a lo bestia y, una vez que llegaba la inflamación, las miradas y los besos, hablábamos a susurros y llegábamos a un acuerdo racional. Esa era una parte de nuestra relación que, sinceramente, me gustaba bastante. Y hablo de todo el proceso, no solo del final.

A mediados de ese mismo mes, Dorian pareció molesto por algo, estaba más serio y fumaba más de seguido frente a la puerta de emergencias cuando volvía cada noche. Aunque habíamos llegado a un acuerdo silencioso sobre que yo nunca me metía en sus asuntos de la Manada y que él no me explicaba nada que no tuviera que saber, terminé preguntándole qué coño le pasaba, y, tras un momento de duda, me explicó la situación. Al parecer, uno de sus lobos, uno nuevo y especialmente gilipollas, la había cagado en el puerto y había cabreado a unos traficantes canadienses. Ahora la policía estaba detrás de ellos y ya les habían hecho un par de redadas en los casinos. Le di un buen consejo y le expliqué que, en mi experiencia como pandillero de los suburbios, lo mejor era esperar a que la policía se olvidara y después resolver los problemas. Para mi sorpresa, Dorian

me escuchó con calma y valoró seriamente mis palabras, tomando la decisión de seguir mi consejo.

— Como me he visto obligado a cerrar la Tienda de Caramelos, quizá podrías ayudarnos en el Luna Llena, Zack — me sugirió una noche mientras estábamos recostados en el sofá viendo una película de mierda.

— ¿Con la policía vigilándoos?

— Sí, temo que sigan a mis Machos y anden a dar vueltas por ahí.

— ¿Te crees que tengo un detector de policías, Dorian?

— Creo que eres un hombre inteligente y perspicaz, lo suficiente para ayudarme en esto y demostrarme que puedo confiar en ti.

Me levanté de encima de él para mirarme mejor al rostro serio.

— Para no confiar en mí, has llegado muy lejos... — murmuré.

— Aún te queda un camino que recorrer, Zack.

— ¿Un camino hacia dónde?

— Hacia mí...

Chasqué la lengua y aparté la mirada. Casi ocho meses había sido tiempo suficiente para descubrir que, por mucho que me pesara, Dorian ya era una presencia en mi vida que me agradaba demasiado y de la que me iba a costar prescindir. No estaba locamente enamorado ni ninguna gilipollez así, no por el momento, pero era consciente de que le quería y de que el Alfa tenía muchas papeletas para acabar convirtiéndose en El Hombre. O mejor dicho: El Lobo. Mi Lobo.

— Muy bien... — murmuré —, pero no te prometo nada.

Me levanté, fui a buscar un pitillo y entreabrí la puerta de emergencias para soltar el humo. Dorian se había levantado y me había seguido, cogiendo uno de sus puritos antes de encenderlo. Se pegó a mi espalda, con el hombro apoyado en la pared y el brazo alrededor de mi cuerpo.

— Me gusta mucho estar contigo, Zack — le oí decir en voz baja —. Estoy muy cómodo y no creo que sea ningún secreto que eres el único al que visito ya. He invertido mucho tiempo a tu lado y, por ahora, estoy encantado con todo lo que he descubierto de ti, pero soy el Alfa y tengo que asegurarme de que mi futuro compañero esté a la altura. ¿Lo entiendes?

Cerré los ojos y sentí una repentina punzada de ansiedad. Oírle hablar de convertirme en su puto omega era algo para lo que todavía no estaba preparado y que, sinceramente, me asustaba.

— No me toques los cojones y no me presiones, Dorian — le advertí —. Yo también estoy muy cómodo y sabes lo rápido que puedo desaparecer si las cosas no me gustan.

— Lo sé, a mí me pasa lo mismo — respondió, apretándome más contra él —. Solo quiero que nos ayudes y que la Manada empiece a verte un poco — murmuró en mi oído —. Ni tú ni yo vamos a apresurarnos, ¿de acuerdo?

Tomé una bocanada de aire y asentí. Como ya dije, Dorian y yo nos entendíamos bastante bien. Terminé yendo al Luna Llena para vigilar. Allí, un lobo pelirrojo bastante agradable se presentó como Tim, Primer Beta de la Manada, y me explicó más o menos lo que debía hacer. Solo pasearme y observar, nada complejo. Al terminar la noche sin incidentes, Dorian en persona se pasó a

saludar a los chicos y a buscarme, olfateándome discretamente mientras fingía que me daba una caricia en el rostro.

—Eso sí que no, Dorian —le detuve con enfado y un golpe seco en el pecho.

—Solo me estoy asegurando —se defendió, levantando la cabeza con orgullo e hinchado el pectoral bajo la camisa entreabierta—. Pedirte que vayas al Luna Llena con todos esos putos humanos de manos largas no es algo que me agrade en absoluto... solo un sacrificio que hago por el bien de la Manada.

—Pues por el bien de nosotros, más te vale que no te pille de nuevo «asegurándote» de que no me haya follado a otro...

Dorian gruñó, pero me dio igual, hasta que en la Guarida se quiso vengar de mí, desnudándose y tirándome a la cama antes de ponerme esa enorme polla húmeda en la cara y decirme:

—Vamos...

Apreté los dientes y me enfadé, pero el olor denso y fuerte era demasiado y nubló mis sentidos por completo. Se la chupé, como él sabía que haría, y después luchamos de una forma algo encarnizada por el control. Dorian siempre fingía ser un Alfa muy calmado y comprensivo, pero en el fondo no era más que una puta bestia a la que, curiosamente, yo tenía un gran don para provocar. Al final de aquel polvo salvaje que me dejó el cuerpo lleno de moratones y la mente en las nubes, me llenó los labios de besos suaves y me miró fijamente a los ojos.

—Me gustas mucho, Zack... —murmuró, porque a veces, en esos oasis de cariño y silencio, compartíamos algunas confidencias que jamás saldrían de la cama—. Incluso cuando me enfadas y creo que te odio, siento que estar a tu lado es todo lo que quiero...

—Mmh... —murmuré—. Ya, a mí me pasa algo parecido —reconocí.

Dorian asintió lentamente, suspiró y me dio otro beso en los labios. Cuando le serví su enorme *tupper* de la cena, uno de los dos que le compraba para que comiera, preparé un café para ambos y dejé el suyo a un lado junto al purito. Ya empezaba a hacer frío y humedad, pero había tirado el calentador de mierda que echaba chispas y había comprado dos buenas estufas que caldeaban la Guarida, incluso con esas ventanas mal aisladas por las que se colaba el frío. También había comprado ropa nueva, para mí y para Dorian, una cara y de marca que no iba a vender en internet. El Alfa se fumó su purito en el sofá mientras me rodeaba los hombros y miraba las noticias de la mañana antes de decidir ir a dormir. Al atardecer del día siguiente, me desperté bajo el calor de edredón, pegado a un cuerpo musculoso y firme queapestaba a un Olor a Macho de Alfa que me volvía loco. Dorian gruñó al notar mi lengua recorriéndole el pecho y se volcó sobre mí para besarme, sabiendo lo que tocaba.

—Dorian, tengo curiosidad —le dije mientras desayunábamos en la cafetería—. ¿Eres medio latino, medio negro o qué exactamente?

El Alfa levantó la mirada del periódico y bebió un trago de café antes de responder:

—Mi madre era samoana. Murió hace un par de años.

—Ah... —comprendí. Ahora que lo había dicho, sí que era muy evidente.

—Pensé que lo sabrías por el tatuaje de mi espalda.

—Yo tengo tatuajes asiáticos y no soy japones —me encogí de hombros—, además, no te miro la espalda, Dorian. Tu culo es demasiado bueno y siempre me distrae.

—Muchas cosas te distraen cuando estoy desnudo —sonrió—. A veces no sabes ni a dónde mirar...

—Creo que a estas alturas ya no es ningún secreto lo muy cachondo que me pones, Dorian —dije con una mala imitación de su voz grave y su tono pausado.

—Nunca lo fue —me aseguró, bajando de nuevo la mirada al periódico—, pude olerlo desde la primera noche.

—¿Y lo mucho que te odiaba pudiste olerlo también?

—No —pasó una página—, estaba demasiado ocupado preguntándome por qué tenía tantísimas ganas de follarte.

—Porque soy el humano más guapo que verás nunca.

—Mhm... —murmuró él, pasando otra página del periódico mientras recorría las noticias con la vista—. Me gusta pensar que tienes algo especial, Zack, porque me he follado a muchos humanos muy guapos, pero ninguno me hizo sentir lo que tú me haces sentir.

Puse los ojos en blanco y moví la mirada hacia un lado. A veces Dorian rompía nuestro acuerdo de solo decir gilipolleces como esas en nuestros momentos post-sexo. Yo ya sabía que le gustaba mucho a Dorian, pero oírsele de esa forma tan repentina y sincera me producía cierta incomodidad. Por suerte, un grupo de subnormales que nos miraban y murmuraban quejas, me dieron la oportunidad perfecta para distraerme y responderles con un corte de manga bien visible. Ya habíamos tenido que cambiar de cafetería por culpa de retrasados racistas como aquellos, pero yo seguía provocándoles de aquella forma sin dudarlos. Saber que Dorian estaba allí, me había vuelto un hombre bastante confiado; no porque supiera que me fuera a defender de cualquiera, ya que el Alfa prefería pasar de largo a los insultos e ignorarlos, sin provocar incidentes que llamaran la atención a la luz del día. Sin embargo, eso no significaba que después, una cafetería que nos había expulsado se quemara casualmente, o que un grupo como aquel de hombres recibieran una visita nada agradable de un lobo muy grande y aterrador. Como he dicho, Dorian era un lobo preocupado por su apariencia serena y calmada, pero no jugaba cuando se trataba de la Manada o de mí. Era el jefe de la mafia más aterradora y poderosa de la ciudad, y no le temblaba la mano al abusar de su poder. Y eso me encantaba de él... porque era tan cabrón e hijo de puta como yo.

La semana siguiente, tras un extraño incidente en el Luna Llena cuando Matt le dio vueltas al chico al que habían llamado «El Piraña» y este escapó corriendo y llorando, encontré a una policía encubierta. Le mandé las fotos de sus mensajes a Dorian y la seguí para saber si venía sola. El Alfa no tardó ni un minuto en llamarme para preguntar si estaba solo y decirme que enviaría a un grupo de lobos a ayudarme. Yo me negué, diciendo que estaba escondido y que era mejor no llamar la atención. Aunque le jodiera, terminó aceptando, hasta que apareció por el club con gafas de sol y un gorro de lana. Me quedé mirándole con el ceño fruncido y él me sacó de allí corriendo para llevarme directo al Refugio.

—No vas a volver al Luna Llena —me aseguró, mirando por las ventanas, por si nos habían seguido.

—Dorian, no me jodas con esa mierda protectora de...

—¡He dicho que no vas a volver! —rugió, mirándome fijamente con los dientes apretados—. ¡Ya he perdido bastantes cosas y no te voy perder a ti!

Me quedé mirándole tranquilamente, porque cuando se ponía así solo tenía dos opciones: o igualaba el juego y montábamos un escándalo que se pudiera oír en todo el vecindario, o le señalaba la salida de emergencias e iba a preparar un café. Elegí la segunda opción, me saqué un pitillo y le ofrecí al lobo el café antes de encenderle el purito con el *zippo*. Dorian le dio una buena calada y echó el humo por la puerta entreabierta, apoyando la espalda en la pared. Me di la vuelta y me recosté contra él, mirando hacia la habitación al fondo y la gran cama que casi ni cabía dentro.

—¿Me vas a explicar que ha pasado? —le pregunté.

—Han pasado muchas cosas, Zack —murmuró a mis espaldas. Se fumó otra calada, la echó lentamente y después bebió un trago de su café amargo y caliente—. La policía vino a tocarme los cojones en muy mal momento —continuó—. Ya no sé qué hacer con Nick y Sam... —se detuvo, tomó una respiración más fuerte y temblorosa—. Sam se suicidó y yo no he podido hacer nada.

Fumé y asentí.

—Vale. ¿Por qué se suicidó ese tal Sam? —pregunté, porque parecía que era lo que más le dolía a Dorian de todo.

—Su compañera le dejó morir de hambre y después huyó a Nueva York. Cuando lo descubrí, se lo conté y él... no pudo soportar la pérdida y se suicidó.

Su respiración empezó a ser entrecortada y supe que estaba llorando en silencio. No dije nada para darle tiempo y tampoco me giré para darle intimidad, pero tras un minuto me levanté de su pecho y me di la vuelta. Doria tenía los ojos húmedos y brillantes, mirando a través de la puerta entreabierta mientras un reguero de lágrimas le empapaba las mejillas.

—No te voy a mentir, Dorian —le dije—. Tú conoces mucho mejor que yo a tus Machos, pero contarle a Sam que el amor de su vida le había abandonado, no fue la mejor decisión. Pero los errores ocurren, tú no eres perfecto y no sabías de qué forma iba a afectar a ese Macho la noticia. Ahora es algo con lo que tendrás que vivir y de lo que deberás aprender, porque eres el Alfa y vas a tener que tomar decisiones tan complicadas como esa muchas veces.

Dorian deslizó la mirada hacia el borde de los ojos y, tras un breve silencio, me preguntó:

—¿Tú que hubieras hecho? ¿Mentirle?

—Sí, seguramente —reconocí—. Sin su compañera en la ciudad, hubiera sido fácil convencerle para que comiera algo que ella no le diera. Con suerte, pasaría el tiempo suficiente para que se diera cuenta de que no era más que una zorra egoísta.

—Hubiera sido fácil... —repitió, como si le hiciera gracia—. Porque tú hubieras podido conseguirlo, ¿no?

Me encogí de hombros y fumé una calada.

—Quizá, pero ya es tarde para averiguarlo. —El Alfa se llevó su purito a los labios y negó con la cabeza, recostándola en la pared de ladrillo cruzo antes de cerrar los ojos.

—Lo de la policía ya se está resolviendo —continuó—. Si han ido al Luna Llena, es porque están desesperados. No lo olvides. Y lo de ese Macho, Nick, si te da problemas le enseñas quién manda. Si no lo entiende, le echas de una puta patada.

—Ya, claro... —puso una sonrisa sarcástica—. ¿Y qué hago con los clientes y el Territorio que estoy perdiendo por no usar el puerto?, eh, Zack.

—Primero, relaja el tono, segundo, si no puedes usar el puerto, usa las carreteras. No vas a ser ningún pionero por esconder armas y droga en camiones de pescado congelado...

—Por tierra sería muy peligroso. Hay muchos controles y podría haber problemas —fumó una calada del purito y echó el humo a un lado—, pero por aire... quizá pudiera funcionar. Aunque sería caro de cojones.

—Sí, Dorian, si hay algo que la Manada y tú no os podéis permitir es perder un poco de dinero... —resoplé y me terminé el café solo antes de arrojar la colilla del pitillo por la puerta—. Me voy a la cama.

Dorian se unió a mí bajo las mantas una hora después, trayendo con él una leve peste a purito junto con su fuerte Olor a Macho. Se pegó mucho y me empezó a lamer el cuello, lo que produjo una reacción instantánea en mi cuerpo. Cuando se puso encima de mí y me empezó a besar con más fuerza, supe que aquel sería uno de esos polvos suaves que a veces le gustaba tener. Cara a cara, con mucho beso y mucha saliva, jadeos cortos y mirada fija mientras movía lentamente la cadera para casi sacármela antes de deslizarla de nuevo hacia dentro. Yo gemía, gruñía y le agarraba con fuerza, porque aquello siempre me volvía loquísimo. Era una sensación abrumadora y desquiciante, pero muy placentera. Algo así como estar con Dorian, pero convertido en sexo. Se corrió tres veces, todas dentro, y se derrumbó sobre mí un minuto o dos antes de recuperar el aliento y llevarme con cuidado encima de él.

—Me gusta hablar contigo, me ayuda a pensar mejor —me confesó entre los besos y las miradas.

—Me alegro —murmuré mientras le acariciaba la cabeza de pelo muy corto. Cerró los ojos y empezó a ronronear por lo bajo, quedándose dormido en tan solo un par de minutos. Dorian aprendió esa noche que, si confiaba lo suficiente en mí para contarme cosas de la Manada, quizá pudiera ayudarle bastante. Así que, al día siguiente tras una buena mamada de primera hora y sexo duro, sudoroso y jadeante de siempre, nos montamos en el *Land Rover* y, de camino a la cafetería, apagó las noticias de la radio y me dijo:

—He pensado en traer los caramelos por aire, pero me preocupa la distribución, si los...

Creo que ahí fue cuando Dorian empezó a mirarme como algo más que un posible compañero, sino como un confidente y un consejero. La corona de Alfa era pesada y el lobo encontró en mí un pedestal en la que apoyarla de vez en cuando, para, sin que nadie lo supiera, compartir un poco de aquella carga. Yo todavía no sabía aquello y me limitaba a darle consejos e ideas realistas, como

hubiera hecho con cualquier otro, sin ser consciente de que, palabra a palabra, Dorian tenía cada vez más claro que la larga búsqueda había terminado y que enamorarse de mí no había sido un error.

MI COMPAÑERO

Cuando llegó la navidad y el mundo se llenó de colores alegres y luces estúpidas, las noches se hicieron más largas y Dorian y yo tuvimos que levantarnos antes para ir a poder desayunar tranquilos antes del trabajo. La situación con la policía parecía haberse calmado ya y el Alfa había reabierto la Tienda de Caramelos. Más o menos. Ya no era de caramelos, ahora era una heladería nada sospechosa que solo abría de noche en mitad del invierno.

—Muy sutil, Dorian... —murmuré, mirando el viejo local cuando me llevó a enseñármelo. Era incluso más pequeño que la otra tienda, con solo un paso de distancia entre la puerta acristalada con anuncios de los sesenta y el mostrador repleto de helados de sabores.

—No quiero ser sutil, quiero vender caramelos y recuperar el mercado que nos han quitado los de la Manada Medianoche —respondió, abrazándome por la espalda antes de darme un beso en el cuello.

—¿Al menos los helados son de verdad?

—No, son imitaciones para que no se derritan ni se pudran, pero... —añadió, tirando de mí hacia el lado donde había un hueco para entrar detrás del mostrador—, te he comprado un sillón para que estés cómodo y una pequeña tele para que te entretengas.

—Oh... cómo se nota que me follo al Alfa —murmuré, mirando que, el «sillón», era un sofá bastante bueno y, la «pequeña tele», una pantalla de plasma con acceso a internet.

—Por supuesto —afirmó, separándose para quitarse la gabardina y la bufanda negra que le había regalado para el invierno—. Soy el que manda y si me quiero gastar dinero en ti, me lo gasto.

—¿Te sorprende que eso me ponga cachondo?

—En absoluto... —sonrió—. Tengo poco tiempo, pero me gustaría asegurarme de que ese sillón huela a mí.

—Ah... —sonreí y asentí con la cabeza—. Me preguntaba por qué simplemente no me habías dado la dirección —reconocí, apartando el jersey que tenía sobre la camisa azul marino para así poder alcanzar la hebilla de su pantalón.

—Solo trabajarás tú en la tienda —me explicó, rodeándome con los brazos y acercando el rostro hasta casi pegar sus labios—. Como no voy a enviar a ninguno de mis Machos aquí, es todo mío, por lo que tiene que... —se detuvo para soltar un breve jadeo cuando le alcancé la polla gorda y dura y empecé a frotar la cabeza con toda la mano, aprovechando aquella humedad viscosa, maloliente y abundante—, tiene que oler a mí. Como la Guarida, la cama o tú... —consiguió terminar de decir.

Murmuré algo bajo, como con aprobación o entendimiento. Después use mi mano limpia para tirar del jersey de Dorian y llevarle conmigo al sofá. No era muy grande, pero el lobo se las apañó para encerrarme bajo su cuerpo y empezar a besarme.

—¿Sesenta y nueve y me montas? —me propuso.

—De puta madre —respondí, acercándome de nuevo a sus labios para besarle.

Dorian no tardó demasiado en meterme la lengua en la boca y, entre gruñidos, levantarse solo para darme la vuelta en el sofá y volver a inclinarse, dejando su monstruosa polla muy cerca de mi cara.

—Joder... Dorian... —fue lo último que pude decir antes de estar demasiado ocupado gimiendo y lamiéndola de arriba abajo como podía, incapaz de parar. Aquel sabor tan fuerte y denso se había convertido muy rápido en mi placer culpable favorito en el mundo entero.

Dorian gruñía, ocupado con mi propia polla antes de soltarla con un jadeo y tirar de mis piernas para frotar la cara contra mi culo. Se corrió sin avisar, pero ya conocía al Alfa y sabía que cuando me apretaba más fuerte hasta casi hacerme daño y rugía, significaba que estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Tras aquella primera, se levantó, tiró de mí como si fuera un muñeco de trapo y se sentó, bajándose un poco más los pantalones a toda prisa para que me pusiera a horcajadas sobre él, cayendo, muy lentamente, sobre aquella polla que era a la vez mi mayor placer y mi mayor tortura. Tardé un poco, como siempre hacía cuando no había tiempo para dilatar lo suficiente; tomando grandes respiraciones mientras me deslizaba hacia abajo, sin prisa pero sin pausa. Dorian esperaba con la mandíbula tensa, la barba empapada en saliva, la respiración entrecortada, los ojos ocres repletos de necesidad y locura y los brazos extendidos en el respaldo mientras apretaba con fuerza los puños para contenerse. Tenía ganas de follarme ya, pero era consciente de lo que tenía entre las piernas no era ningún juego y sabía controlarse. Jamás apuraba aquel momento y nunca trataba de mover la cadera para meterla más porque, además de saber que me enfadaría muchísimo, tenía miedo de hacerme daño.

— ¡Me cago en la...! — abrí mucho la boca, cerré mucho los ojos y bajé los últimos centímetros hasta que estuvo toda dentro — ¡Tu puta polla, Dorian!

El Alfa me agarró entonces del cuello, como le gustaba hacer y la razón por la que tenía tantos moratones allí que parecía que me iba la asfixia autoerótica. Me acercó hasta casi pegar mi rostro al suyo y empezó a mover suavemente la cadera. Ya estaba dentro, así que la espera había terminado y sabía que podía hacerme todo lo que quisiera.

— ¿Ahora me vas a decir que no te encanta mi «jodidamente apestosa polla», Zack? — preguntó con su voz grave y algo enfadada. Como el cabrón rencoroso que era, a veces le gustaba recordarme las cosas que le había dicho, como aquella, pero solo en esos momentos de debilidad en los que sabía que yo estaba a su completo merced.

— Eres un hijo de puta... — gruñí muy cerca de sus labios mientras apretaba con fuerza sus hombros y trataba de no gemir como un cerdo cada vez que movía la cadera.

— Pero eso te encanta, ¿a qué sí, Zack? — continuó, acelerando el ritmo de la follada para gruñir muy alto y correrse una segunda vez.

Sería difícil explicar lo muchísimo que me gustaba Dorian. No solo físicamente, sino él: su personalidad y lo que hacía. Estaba jodido de la cabeza, era egoísta, rencoroso y hasta infantil; pero el Alfa tenía razón: a mí me encantaba lo cabrón que era. De una forma retorcida, me gustaba como me provocaba y como usaba mis palabras contra mí, porque yo también lo hacía a la menor oportunidad

contra él. Teníamos esa clase de relación enajenada y algo tóxica basada en el poder, la pasión y el «rencor» mutuo. Sin embargo, ni él ni yo nos tratábamos «mal». Las discusiones, los resentimientos y las palabras envenenadas como dardos estaban allí, pero en el momento de la verdad, nos cuidábamos mucho mutuamente y nos preocupábamos de hacernos felices el uno al otro.

—¿Solo tres veces, Dorian? —le pregunté, solo por vengarme, después de dos minutos de besos y miradas cómplices en el sofá.

—Me he corrido cuatro esta mañana y otras cuatro ayer por la noche —me recordó—. Me excitas mucho Zack, pero tu ritmo de folladas a veces me pone a prueba hasta a mí.

—Mmh... —murmuré, acariciando su barba corta y negra con un principio de canas en las patillas y el mentón grueso y masculino—. Quizá sea la edad, te haces viejo...

Dorian gruñó por lo bajo y apretó las comisuras de los labios, algo que hacía cuando realmente le habían dolido mis palabras.

—Tengo cuarenta y dos años, si es eso lo que quieres saber, Zack. No se llega a Alfa de la Manada a los veinte...

—¿Y no te da vergüenza, Dorian? Andar con jóvenes a los que casi les doblas en edad...

—Ten cuidado, Zack —me advirtió con una mirada seria—. Yo soy un Macho fuerte, grande y poderoso. No importa mi edad si todavía puedo mantener el control de la Manada. Pero si eso te molesta, quizá sea mejor que me vaya de la Guarida y te busques a algún estúpido Macho Común de veinte años... aunque dudo mucho que puedan follarte tanto como yo.

Sonreí, porque provocarle era uno de mis grandes placeres. A veces ni su orgullo era suficiente para no dejar traslucir sus pequeñas inseguridades, como su edad o el temor a no ser el Alfa que todos esperaban que fuera.

—Nah... ya he invertido mucho tiempo, esfuerzo y dinero en ti, Dorian —me encogí de hombros y le di un suave beso en los labios—. Ahora no me voy a ir.

El Alfa me miró en silencio un par de segundos antes de murmurar en voz baja:

—Yo tampoco.

Asentí y volví a besarle, dejando pasar aquel extraño momento en el que casi nos habíamos declarado y habíamos acordado que lo nuestro era algo «serio». Ambos lo sabíamos, pero ninguno lo puso en palabras. Así hacíamos nosotros las cosas.

—¿No tenías prisa? —le recordé, porque la inflamación ya había remitido hacia un buen rato y seguíamos allí, besándonos y mirándonos como unos gilipollas.

—Estoy esperando a que salgas de encima —respondió, como si fuera mi culpa—, pero no paras de besarme y acariciarme para que me quede.

Se me escapó un bufido y una breve sonrisa. Chasqueé la lengua, solté aire y me levanté de encima de él, subiéndome los pantalones de chándal aunque todavía tuviera el culo empapado. Una sensación a la que ya me había acostumbrado hacía mucho. El Alfa también hizo lo mismo con sus pantalones de traje color camel, deteniéndose a ponerse bien la polla que, incluso flácida, era demasiado grande para no temer hacerse daño al subirse la bragueta. Después se ató el cinturón y se incorporó.

—Por razones como esta tengo ahora una bolsa de ropa en el *Discovery* — me dijo, señalándose el enorme manchón de mi semen sobre su jersey de punto color café—. Porque siempre te corres como un puto aspersor. ¿También te corrías tanto con los Machos de veinte años, Zack?

Yo ya tenía un pitillo en los labios y estaba de camino a la salida.

—No lo sé, Dorian. Eres el único lobo que me he follado — respondí de espaldas, abriendo la puerta antes de encenderme el cigarro.

—Entonces ya nunca sabremos si soy yo o tú — Se acercó para sacarse uno de sus puritos que esperó a que yo le encendiera con el *zippo*—. ¿Verdad?

Mantuve su mirada seria y solté una calada a la calle nevada. Dorian parecía decidido a asegurarse de que yo quería quedarme con él, quizá por mi culpa y por haberle hecho sentir inseguro con respecto a su edad. Podría haberle jodido un poco y complicar las cosas, pero ya había probado aquello y sabía que era como acercar una cerilla a un escape de gas. Siempre explotaba en llamas.

—Verdad — terminé diciendo.

Dorian puso una media sonrisa, se sacó el purito de los labios y me echó el humo a la cara antes de acercarse para darme un beso de despedida.

—Estaré en el despacho, llámame si necesitas algo — me dijo, saliendo por la puerta con la cabeza alta mientras se ponía su gabardina negra.

Le miré alejarse hacia el *Land Rover Discovery*, con la espalda apoyada en la puerta de cristal y la cabeza girada mientras fumaba. El Alfa había empezado a ser recurrente en esa idea de que estábamos «juntos», que yo era su único humano ahora y que la cosa se había vuelto bastante seria. Seguía sin gustarme pensar en que Dorian y yo estábamos «juntos», y no como algo temporal hasta que me aburriera de vender su ropa; sino como algo de verdad. Temía haber cruzado ya algunas líneas de las que no habría marcha atrás, pero el Alfa estaba cumpliendo su promesa de tomárselo con calma, paso a paso. No tiraba de mí ni me forzaba a entrar en algo que no quería, solo llegábamos a pequeños acuerdos como el de aquella noche: él no se iría ya de la Guarida y yo no me iría de su lado. Solté un suspiro y arrojé la colilla del pitillo a la nieve antes de cerrar la puerta. A veces creía estar buscando una excusa para poder dejar de preocuparme por él, enfadarme e irme, pero el muy hijo de puta no me estaba dando ninguna.

Cuando llegó la tarde de Nochevieja, Dorian recibió una de esas numerosas llamadas, pero esta vez más temprano de lo habitual. Normalmente empezaban cuando estábamos en la cafetería desayunando, no en mitad de nuestro polvo vespertino. El Alfa soltó un queja airada y un gruñido, dejó de besarme y agarrarme el cuello para alargar la mano a la mesilla y tantear hasta encontrar el móvil al lado del despertador. Le dediqué una mirada seria y me negué a esperar, haciéndole una señal para cambiar de postura.

—¿Qué? —respondió Dorian, rodeándome con el brazo libre para llevarme delicadamente y sin sacármela hacia el lado. Se recostó cara el techo y seguí montándole mientras él se pasaba una mano por el rostro sudado—. Sí, ya se ha ocupado Carl de eso. Lo sé, no habrá ningún problema. Bien — y colgó, cerrando los ojos y gimiendo—. Joder, como mueves esa cadera... —Entonces el móvil volvió a sonar y el Alfa apretó los dientes y gruñó con enfado—. Estoy con Zack, Ben. Más vale que sea importante —respondió al momento, mostrando un

carácter más seco del que solía mostrar con sus Machos—. Lo que organice Stephen estará bien —añadió tras un breve silencio—, no necesita mi permiso para pedir costillas y no pavo —otro breve silencio—, de acuerdo —y volvió a colgar.

Tiró el móvil a un lado y me agarró de la cadera para frenar mi movimiento y taladrarme el culo sin misericordia, liberando su frustración conmigo y haciéndome gritar insultos de puro placer. Apresuró la cuarta corrida y después se quedó jadeando, atrayéndome hacia él para que me recostara mientras me impregnaba bien de su sudor.

—Lo siento, pequeño, hoy es un día especial —se disculpó entre miradas y besos cortos—. La mayoría de mis Machos están de descanso y la Manada tiene la tradición de hacer una cena en el Refugio. El puto compañero de Ben siempre me llama mil veces para que solucione cada pequeño problema. Me tiene hasta los cojones... —cogió una bocanada de aire y se relajó, ronroneando mientras le acariciaba la cabeza de pelo corto.

—¿No vienes a desayunar, entonces? —pregunté en voz baja.

—Mmh... —Dorian puso una mueca de molestia e interrumpió su ronroneo grave para gruñir—. No... no creo que pueda.

—Tranquilo, Dorian, no es la primera Nochevieja que paso solo.

—Conmigo aquí, eso no tendría que ser así, pero soy el Alfa... —murmuró, entreabriendo sus preciosos ojos de ocre suave para mirarme—. Mañana es una especie de día libre de la Manada, a nadie le sorprendería que quisiera pasarlo contigo, así que te llevaré a desayunar y a donde quieras. ¿Qué te parece?

—Me parece que te crees que soy una novia resentida que se enfada porque su hombre trabaja demasiado —murmuré, dedicándole una mirada seria—. A mí conque me des mis folladas diarias, Dorian, me suda la polla si tienes que pasarte el día entero en el despacho.

El Alfa se quedó en silencio y movió la mano de mi espalda a mi rostro para acariciarme la mejilla con el pulgar.

—¿No te importa no pasar tiempo conmigo? —preguntó.

Puse los ojos en blanco y ladeé el rostro.

—Me gusta tenerte cerca, pero no voy a llorar porque tengas cosas que hacer —le aclaré—. Y ya sabes lo que pienso de esas preguntas trampa de las tuyas...

A Dorian se le extendió una sonrisa por los labios y me besó.

—Eres un cabrón muy astuto, Zack... —me dijo, atrapándome entre sus enormes brazos de culturista antes de incorporándose, llevándome con él hasta que se quedó sentado en la cama, conmigo encima y con la polla inflamada todavía dentro—. El problema es que a mí me gusta mucho pasar tiempo contigo —continuó, acariciándome el rostro contra el suyo—, así que mañana es lo que haremos.

—Mmh... ¿Me vas a invitar a una comida romántica y me vas a llevar a comprarme unos zapatos bonitos y un vestido, Dorian? —le pregunté, acariciándole la parte alta de la espalda, allí donde tenía su tatuaje maorí.

El Alfa sonrió más y ronroneó, dándome una caricia más fuerte e intensa.

—Ten cuidado, Zack —me advirtió en un susurro al oído—, te estoy empezando a querer demasiado...

No dije nada, por supuesto, como siempre que soltaba alguna cosas de esas. Seguí acariciándole la parte alta de la enorme espalda, disfrutando de aquellas caricias que picaban debido al roce de las barbas, pensando que, quizá, el hecho de que Dorian me quisiera no me resultaba tan molesto y preocupante como creía. El Alfa se separó un poco para darme un último beso cuando la inflamación remitió y me dijo:

—Entonces me iré ya.

Asentí una expresión despreocupada y salí de encima de él, dejándole levantarse para irse estirándose de camino al baño. Salió para vestirse y se acercó con un purito ya en los labios y las solapas de la gabardina levantadas como todo un mafioso. Se prendió el cigarro utilizando la propia punta de mi pitillo encendido, soltó el humo y me dio un último beso antes de devolverlo a mis labios. No volví a verle hasta casi el amanecer, cuando apareció por la puerta con una pequeña caja envuelta en papel de regalo en su mano. Me sonrió un poco, mostrándomela antes de acercarse y darme un beso en el sofá.

—Solo para mi pequeño —me dijo, entregándomela.

Yo ya tenía una ceja arqueada, porque no me esperaba un regalo de su parte. El Alfa se quitó la gabardina y se detuvo al ver los tres regalos que le estaban esperando sobre la barra de bar.

—Para mi grandullón... —murmuré, mirándole con la cabeza girada y el brazo sobre el respaldo.

Dorian me dedicó una sonrisa amplia y una mirada cómplice. Dejó la gabardina doblada y algo nevada sobre la tabla de madera vieja y se empezó a quitar el jersey y la camisa de un color beige muy parecido al de sus ojos. Cuando ya se había desabrochado el cinto y dejado su abundante vello púbico y el comiendo de su polla al aire, recogió los regalos y se acercó para sentarse a mi lado en el sofá.

—¿Empiezo yo? —me preguntó.

—Tienes más que yo, así que... —y le mostré la mierda de cajita que me había dado.

—El tamaño no es siempre lo más importante —respondió—, aunque suene raro viniendo de mí —añadió con una sonrisa más amplia. Parecía muy contento, o quizá ilusionado por algo. Empezó a abrir el menor de sus regalos, sin querer romper el papel más de lo necesario—. Vaya... —dijo, sacando un muñequito anti-estrés.

—Me recordó mucho a ti, si lo aprietas le salen los ojos y parece a punto de explotar, como cuando te enfadas —le expliqué con una sonrisa un poco malvada en los labios.

El Alfa lo apretó con fuerza y comprobó lo que le decía. Se pasó la lengua por los labios, como si tratara de hacer pasar su enorme sonrisa por un gesto casual. Terminó asintiendo un par de veces y mirándome por el borde de los ojos.

—Lo voy a necesitar, gracias.

Lo dejó sobre la mesa baja y continuó con el segundo: una colección de música ambiental de esa que también le gustaba, con sonidos de mar, ballenas, lluvia torrencial, como si en esa puta ciudad no lloviera ya bastante, y también algunos ritmos relajantes de origen asiático o tribal.

—Hay uno de música samoana, con olas, tambores y esas mierdas, para que te sientas como en casa —le dije.

—Nunca he estado en Samoa, Zack —respondió—. Nací en el Territorio de la Manada y voy a morir en él... ¿Hay alguna razón para que tus regalos sean enfocados a que me relaje? —preguntó entonces, pasando los discos para verlos uno por uno—. ¿Es casual o es una de tus poco sutiles indirectas?

—Es por joder —respondí.

—Mmh... ¿es extraño que me guste tanto que me provoques? —dijo sin mirarme, dejando los discos al lado de la mesa junto al muñeco para ir a por su tercer regalo.

—En absoluto —respondí yo.

Dorian desarrolló unos cascos aislantes para escuchar música de altísima calidad. Me los enseñó tratando de parecer serio y enfadado, pero no era capaz de dejar de sonreír.

—Me he asegurado de que se pueda conectar a la cadena —le expliqué—, así no me tienes que dar por culo con tu música de funeral.

El Alfa tomó una buena bocanada de aire hasta inflarse los pulmones y suspiró, dejando los cascos junto al resto de regalos antes de recostar su enorme espalda en el sofá y alargar el brazo por detrás de mis hombros, atrayéndome hacia él.

—Abre el tuyo —me pidió.

Lo hice al momento, tirando del papel hasta romperlo. Se trataba de una pequeña caja negra y, al abrirla, había un llavero que no entendí y el cual le enseñé a Dorian para que me lo explicara.

—¿Te acuerdas cuando me pediste una moto deportiva, Zack?

Abrí mucho los ojos, perdí casi el aliento y miré de nuevo las llaves.

—No —negué.

—Sí... —murmuró el Alfa—, está abajo...

Me levanté de un salto y llegué a uno de los ventanales en apenas segundos, tirando con fuerza para abrirlos e sacando el cuerpo por fuera. No me importaba el frío, la humedad ni la calle nevada, solo busqué el *Land Rover* de Dorian, junto al cual había un bulto con forma de moto cubierto por un cobertor negro.

—Te juro por dios, Dorian, que como debajo solo haya cajas vacías con forma de moto, te vas de esta casa... —le advertí con tono muy serio. Pero el lobo solo sonreía, descamisado y con el pubis al aire.

—Como tú dijiste, Zack, tiene que notarse que te estás follando al Alfa. ¿No?

—Voy a bajar y voy a comprobar si es de verdad... —aquello era una advertencia muy seria—, si lo es, quiero que me esperes ahí sentado, porque te voy a hacer la mamada de tu vida. Sino, te aconsejo que te largues de aquí antes de que vuelva... —y sin más fui a calzarme y salí por la puerta.

Era de verdad. Dorian me había comprado una puta *Yamaha* deportiva de lujo, totalmente nueva. Cuando entré en la Guarida di un portazo que se escuchó por todo el edificio y miré al Alfa, que me esperaba con una sonrisa prepotente en el rostro. Hay personas que no son materialistas, que disfrutan de las pequeñas cosas y los pequeños momentos con sus parejas, porque son lo realmente importante. Yo no. Yo soy un cabrón muy materialista al que le encanta que el

puto Alfa que se follaba usara su influencia y dinero para darme todo lo que quería. Dorian se acordaría de aquella noche el resto de su vida.

—¿Qué, Zack? ¿Te ha gustad...? Oh, oh... joder... —se cortó, incapaz de seguir hablando cuando me puse de rodillas entre sus piernas para hacerle una mamada de las buenas.

Se corrió tres veces y las tres me la tragué, levantándome con la boca completamente empapada en corrida y líquido preseminal que me goteaba por la barba solo para montarle. Dorian me miraba con una mezcla de sorpresa y miedo, como si no entendiera lo que estaba pasando. Solo podía jadear, gemir y fruncir el ceño mientras yo le sacaba hasta la última gota de corrida que tuviera dentro. Entonces paré, derrumbándome mientras jadeaba y sudaba por el constante movimiento. Rodeé el cuello del lobo y apoyé la frente en su hombro, dándome un momento de descanso durante la inflamación.

—Vale, Zack —le oí murmurar tras un largo silencio—. No bromeabas con lo de antes... ha sido... increíble.

Sonreí, aunque no pudiera verlo. Por supuesto que no bromeaba. Tras un largo descanso, Dorian me llevó en brazos a la ducha para limpiarnos y meternos en cama. Me abrazó muy fuerte y me pegó a él, ronroneando mientras me acariciaba el pelo. Al despertarme, aún tenía un sabor muy fuerte a semen de lobo en la boca y el culo dolorido de haberme precipitado la noche anterior sin darme tiempo a dilatar lo suficiente. Eso era lo que pasaba cuando no se tenía cuidado con Dorian y su pedazo de polla. Cuando quise volver a metérmela, sentí un ardor y un dolor que me acompañó durante todo el sexo. No quise parar, pero no fue tan agradable como cuando solo tenía que morder la almohada y ahogar gritos porque parecía que me iba a reventar el culo. Dorian se debió dar cuenta, porque se corrió solo dos veces y me empezó a acariciar y a besar mucho antes de lo normal.

—Con lo de ayer, me has dejado vacío y solo he conseguido llegar dos...

—Me pasé ayer —le interrumpí—, no hace falta que te hagas el tonto, Dorian. El lobo asintió y me besó de nuevo.

—De acuerdo, pequeño —murmuró—. Tenemos toda la noche para nosotros. ¿Qué quieres hacer?

—Vamos a desayunar, hagamos la compra y después ya veremos —le dije.

Dorian también era similar a mí a la hora de cómo disfrutar del tiempo libre que tenía. No necesitábamos grandes eventos, ni cenas a la luz de las velas ni demás gilipolleces de enamorados. Fuimos tranquilamente a desayunar, después al supermercado donde los de seguridad nos siguieron con cuidado y la gente huyó de nosotros, cosa que importó muy poco a ambos, y, finalmente, le llevé a un Starbucks para tomar un último café solo y dar un paseo para ver el enorme árbol de navidad que, al parecer, habían puesto este año. Cuando volvimos al fin al Refugio era solo medianoche, le di su *tupper* al lobo y nos quedamos en el sofá tirados mirando alguna tontería en la televisión. Echamos otro polvo antes de dormir y eso fue todo. Nuestro perfecto día juntos.

Tuvimos otro de esos a finales de febrero, cuando Dorian decidió llevarme a un antiguo campamento abandonado que, sinceramente, daba algo de miedo.

—¿Aquí es cuando me matas y me entierras en mitad del bosque, grandullón? — le pregunté, deteniéndome en mitad del cruce de caminos con un letrero lleno de nombres estúpidos—. Por favor, hazlo cerca de la Maleza de los Chachi...

El Alfa se rio a mis espaldas, manteniendo el paraguas en alto con una mano mientras me abrazaba con la otra, acariciándome suavemente el pecho. Llovía bastante, pero él había insistido en querer aprovechar aquel viaje para pasar algo de tiempo juntos después de un enero bastante ocupado con riñas y disputas con las demás Manadas que se habían adentrado en el Territorio. Nada serio, pero que había requerido la atención del Alfa, llegando a alejarle de la Guarida durante días en los que me llamaba para decirme que estaba bien, pero que no podría irse del Refugio.

—No, pequeño, solo quería venir a visitar esto y conocer tu opinión. Stephen y Amber me han dicho que les gustaría hacer una especie de acampada o picnic después de unos meses tan tensos para la Manada. Me pareció buena idea y he encontrado este lugar. Lo venden barato y, con un poco de inversión, podría convertirse en un buen sitio de recreo para mis Machos. Ven, echemos un vistazo. Tiró de mí suavemente hacia un lado, moviendo el brazo con el que me abrazaba para bajarlo a la altura de mi mano. Ya solo me agarraba la muñeca entre el índice y el pulgar, usando el resto de sus dedos para rodearme la mano como haría un novio normal. No es que yo le viera como un novio normal, después de todo, era un lobo.

—Hay suficiente espacio para todos, cabañas para los lobatos y los solteros, y sitio donde acampar para los que lo prefieran —me fue explicando, señalando con la mano del paraguas a un lugar o a otro—. Habrá que resolver un par de problemas, pero ya mandaré a Tim o Carl. En general, me gusta bastante.

—Está bien —murmuré antes de encogerme de hombros. No era un lugar que yo fuera a disfrutar o a visitar, así que me daba igual.

Dorian me llevó a la cabaña principal lleno de una fina capa de polvo y macetas con plantas secas. Me mostró algunas cosas más y me llevó al piso de arriba, donde había un despacho mal amueblado y con vistas al bosque.

—Incluso tengo un lugar para mí solo aquí —me dijo, sentándose en la silla vieja, sin importarle que crujiera bastante bajo el peso de su enorme cuerpo o que le fuera a manchar la gabardina de polvo. Entonces tiró de mí para que me sentara sobre él, se sacó un purito de la gabardina y me metió la mano por debajo de la cazadora—. ¿Está bien, verdad?

Murmuré otra afirmación desinteresada, me saqué un pitillo y lo encendí con el *zippo* antes de acercarlo al purito de Dorian.

—Me gustaría que me dieras una respuesta más detallada, Zack —pidió tras soltar el humo azulado.

—No sé, grandullón, depende de cuánto te vaya a costar —le dije, sacándome el pitillo de los labios y recostando la cabeza en su hombro mojado antes de soltar el humo hacia el techo—. Si es poco y le sacáis rendimiento, quizá viniendo un par de veces al año, no tiene por qué ser una mala inversión. Si al final no os gusta, siempre puedes revenderlo o incluso organizar acampadas de mierda. Hay padres que están desesperados por librarse de sus putos niños en verano para follar tranquilos y gemir como perras.

—¿Y qué actividades crees que podríamos organizar aquí? Además de acampar, digo.

Ladeé el rostro hacia Dorian, que me miraba por el borde de sus ojos de un suave ocre. Aquella pregunta había sido muy rara y ambos lo sabíamos. El Alfa ya me conocía de sobra para saber que esas gilipolleces indirectas no funcionaban conmigo.

—Escucha, pequeño —murmuró, acariciándome el abdomen— si algún día te conviertes en mi compañero, vas a tener muchas responsabilidades... como yo. Una de ellas será ocuparte de estas reuniones y viajes, organizarlas y preocuparte de que todos lo pasen bien y estén cómodos.

—Me estás vacilando —respondí.

—No, Zack... —Dorian suspiró y se llevó el purito a los labios antes de soltar el humo a un lado—, no te estoy vacilando. Así son las cosas.

—¿Y crees que yo, con mi encanto natural y mi mucha paciencia para las gilipolleces como esta, va a hacerlo bien, Dorian? —le pregunté.

—Zack, ha llegado el momento de que te explique algunas cosas —continuó, mirando a la enorme ventana con vistas al bosque gris y lluvioso—. Estar con un Alfa es diferente a estar con un Macho de menor rango. Por ahora solo has visto lo bueno, el dinero que puedo permitirme gastarme en ti, los privilegios y la autoridad que tengo; pero también hay que hacer sacrificios. El Alfa y su compañero no tienen Guarida, sino que viven en el Refugio, y eso significa menos intimidad y tener que soportar a un montón de Machos solteros, Crías gritonas, ancianos y Lobatos salidos y subnormales. Además, el compañero del Alfa tiene la responsabilidad de organizar y encargarse de la comida y los eventos. Ahora lo hace Stephen porque es el compañero de mayor rango de la Manada, pero en cuanto yo consiga uno, ya no tendrá que hacerlo más. —Se tomó un momento para darle otra calada al purito y echar el humo—. Creo que no es ya ningún misterio lo mucho que me gustaría poder compartir el resto de mi vida contigo, Zack. Eres un hombre muy especial y creo que nos entendemos a la perfección. Yo no creo en compañeros predestinados ni esas tonterías, pero tú me has hecho dudar de si, en verdad, no he estado esperando toda la vida a encontrarte... —ladeó un poco el rostro y me miró por el borde de los ojos—. Te quiero mucho, pequeño, pero yo soy el Alfa. Si no estás a la altura, tendré que irme...

Miré sus ojos cada vez más húmedos, como si creyera que llegaría el momento en el que tuviera que dejar sus cosas y marcharse de la Guarida para no volver nunca más. El silencio se alargó, solo interrumpido por la incesante lluvia que chocaba contra los cristales.

—Eres un pedazo de hijo de puta, Dorian... —murmuré, apretando los dientes y negando con la cabeza—. Me has ahogado hasta el fondo y te has guardado toda esta puta mierda del compañero ama de casa y cocinitas para cuando ya es demasiado tarde...

—Zack, te lo digo ahora porque siento que estoy a punto de cruzar una línea, si no la he cruzado ya... Cuando me enamore, no habrá vuelta atrás para mí. Tengo que estar seguro de que tú puedes quedarte a mi lado y cumplir con tu deber antes de que eso ocurra. Por el bien de la Manada...

—¡Qué te jodan, Dorian! —grité, dando un golpe seco a los reposabrazos antes de levantarme de un salto. Me llevé una mano a los ojos y apreté el puente de la nariz—. Serás hijo de puta... —repetí por lo bajo.

—Zack... —me llamó él. Tenía los ojos húmedos y respiraba más fuerte—. Escucha, hablemos tranquilamente de esto —me pidió, girando la silla para apoyar los codos en el escritorio cubierto por una capa de polvo fino y grisáceo. Yo me quedé de pie, fumando y mirándole con odio, así que el Alfa se sacó el purito de los labios con una mano un poco temblorosa y tomó una buena bocanada de aire—. Creí que acabaría encontrando a un humano bueno y generoso que fuera perfecto para ese trabajo.

—Pues yo no lo soy —le corté.

Dorian cerró un momento los ojos y asintió.

—Lo sé, Zack. Verás, soy un Macho con un gusto por los extremos, o mucho o muy poco... Me gustan esa clase de personas, las inteligentes, con buena conversación y un alma cándida, pero también todo lo contrario, los que son como... yo soy. Un... chico muy malo, muy astuto y muy cabrón. Siempre he preferido acercarme al otro extremo porque creí que alguien tan bueno me daría el contraste que necesito. Cuando te conocí, Zack, yo ya sabía que no eras lo que realmente necesitaba. Te visitaba solo porque el sexo era muy bueno y tú eras muy guapo, después me quedé porque me cuidabas muy bien y eso me gustaba mucho. Al final, quise la Guarida y después... perdí la perspectiva y tú solo me gustabas más y más, Zack. Ahora me cuesta estar lejos de ti y me aborrece pensar en tener que volver al Luna Llena o estar con otros humanos...

—Quizá deberías haberme dicho esa mierda de que iba a terminar siendo el limpiador, cocinero y organizador de gilipollices de la Manada, Dorian. Quizá deberías haberlo pensado mejor antes de mudarte a mi puta casa...

—Tienes razón —cedió, levantando las manos para que relajara el tono y tuviéramos una discusión calmada de un tema muy importante y crítico—. En mi defensa diré que lo intenté, hubo varias veces que pensé en decírtelo, pero sabía que te enfadarías y no quería dejar de follar contigo, Zack. Sabes que soy un Macho egoísta... —me miró por el borde superior de los ojos y tardó un par de segundos en confesar—: También traté de alejarme de ti algunas semanas, para darme tiempo y reconsiderar lo que estaba haciendo. Y... te mentí en ocasiones. Te dije que trabajaba y visité a algunos de mis otros humanos para saber si simplemente me estaba obsesionando contigo. Eso fue hasta el segundo Celo, cuando al fin dejé de hacer el gilipollas y de engañarme a mí mismo.

Eso... me dolió. Bastante, la verdad, así que asentí un par de veces y, con un encogimiento de hombros, le dije:

—Pues yo vendía tu puta ropa usada a pervertidos de internet.

Dorian se quedó helado, casi perdió la respiración y entreabrió los labios.

—¿Qué...? —preguntó.

—Sí —repetí—. Por eso dejé que vinieras a mi casa, te compraba tanta comida, te cuidaba tan bien y te daba ropa diferente cada semana. Me hice de puto oro a tu costa, también vendía las mantas y los almohadones —añadí, asintiendo varias veces antes de fumar una calada del pitillo casi consumado por la espera—. Es un negocio cojonudo y cuando lo descubrí, ni lo dudé, la verdad.

Dorian empezó a respirar más fuerte y a tensar la mandíbula, cambiando su tristeza y preocupación por el enfado y la ira.

—¿Tienes idea de lo que has hecho, Zack? —me preguntó, apenas capaz de contener la rabia—. ¡Le has dado mi olor a putos desconocidos!

—Ya... —murmuré—, pero como nos estamos contando secretitos, pensé que querrías saberlo. Tú me mentías y te ibas a follar por ahí y yo te usaba... Así son las cosas.

El Alfa entreabrió los labios y se pasó la lengua, como si no supiera que más hacer, demasiado impactado, dolido y traicionado para incluso poder reaccionar.

—¿Sigues haciéndolo? —me preguntó entonces.

—No, lo dejé hace un par de meses —murmuré, yendo a buscar otro pitillo con una mueca desinteresada—. Vendí las últimas mantas del Cielo de octubre y descubrí que alguno de esos depravados se ponían la ropa... no se por qué me asqueaba la idea y terminé con el negocio. Que casualidad, ¿verdad? —le pregunté, encendiéndome el pitillo con el *zippo* antes de fumar una calada y soltar el aire hacia el techo sin dejar de mirar los ojos de Dorian—, casi al mismo tiempo en el que tú dejaste de engañarme...

Dorian lo comprendió. Entonces se puso muy serio, se recostó en la silla, que soltó un crujido de queja por el enorme peso, y mantuvo una mirada silenciosa y terrible.

—¿Tú me quieres, Zack? —me preguntó—. O solo fue por utilizar mi olor de Alfa...

—Fue solo por el sexo y por utilizar tu Olor a Macho, al principio —respondí—. Ahora estoy jodido porque... puede que te quiera bastante y acabo de descubrir que me espera un futuro de mierda a tu lado.

Dorian asintió lentamente.

—No sería de un día para otro —me explicó—. Todavía hay tiempo, pero me gustaría empezar a introducirte en la Manada poco a poco. Mis Betas ya te conocen, pero mantengo al margen al resto de Machos porque no me gusta acercarse a humanos en prueba y que vean que llevo treinta años de error en error... —Fue a por otro purito y, calmadamente, se lo encendió con una cerilla antes de volver a mirarme—. Todavía hay tiempo para disfrutar de la Guarida, quizá un año o así antes de mudarnos al Refugio. Tiempo suficiente para aclarar algunas cosas... y estar muy seguros de que esto es lo que ambos queremos. Sin nada detrás...

—Ohm... —murmuré, fumando una calada—. ¿No te gustaban los chicos muy malos, tanto como tú, grandullón? —le pregunté.

—Me gustan mucho, por eso no te voy a dar una paliza que te deje conectado a una máquina de respiración asistida el resto de tu vida, pequeño —murmuró con un tono grave que dio verdadero miedo—. Pero ahora mismo estoy bastante decepcionado y dolido con lo que he descubierto.

—Yo también —afirmé.

—Ahora, Zack, te vas a sentar y me vas a contar toda la historia, después, yo te contaré la mía —me dijo—. A ver quién fue más cabrón de los dos...

Fue una noche bastante larga. Una de las más intensas que recuerdo. Discutimos a gritos en ciertas partes, porque yo creía que lo mío no era tan malo como lo

suyo y viceversa. Dorian me había estado engañando desde el principio, visitando regularmente a Carol, Vicent y Sarah, sus tres humanos del momento. Yo ya sabía eso, pero había llegado un punto en el que creía que ya no lo hacía, como cuando me había dicho que «yo era el único humano» y se había mudado a mi puta casa y aun así me había mentido noches que se había quedado a dormir con alguno de ellos. Me juró que, tras el segundo Celo, todo había terminado y solo estaba yo. Yo le juré que el negocio de la venta de feromonas se había terminado y, al contrario que él, tenía una demostración real de mi cuenta de PayPal para demostrarlo. Así que yo gané.

—Zack, dejemos algo bien claro —me dijo cuando el sol ya empezó a salir por el horizonte. Ambos estábamos cansados y exhaustos, pero todavía quedaban algunas cosas en el aire—. Como me vuelvas a mentir, no solo me iré para siempre, sino que pienso joderte la vida... ¿Me has entendido?

—Qué casualidad, era justo lo que te iba a decir yo a ti... pero además te corto la polla y te la doy de comer. Soy muy bueno con la gente que quiero, Dorian, pero también puedo ser lo puto peor...

—Exactamente igual que yo... —murmuró él.

Esa conversación tan larga tuvo varias consecuencias: la primera, que nuestra relación se enfriara un poco. Sufrimos cierto distanciamiento mutuo por precaución, los dos estábamos dolidos y éramos demasiado rencorosos. Así que marzo fue un mes de mierda y bastante lluvioso. En abril, tras el Celo, Dorian volvió en sí, cansado y agotado tras tres días de locura e inconsciencia. Me miró a su lado y se giró para rodearme con el brazo y darme un suave beso en los labios. Entreabrí los ojos y le miré, porque desde esa noche en el campamento, se habían acabado esos oasis de calma, susurros y cariño. Solo esperábamos a que la infamación remitiera y nos separáramos.

—Pequeño... —susurró—, me hizo mucho daño saber que vendiste algo que yo te regalaba porque me importas muchísimo. Algo que es muy personal e íntimo para un Macho.

Tras un par de segundos, respondí en el mismo tono bajo:

—Lo siento, grandullón. Vi la oportunidad y no la dejé escapar. No era consciente de lo importante que era para ti y después solo me volví codicioso; pero no he vuelto a vender ropa entera desde julio.

Dorian asintió lentamente, me dio otro suave beso y continuó:

—Te mentí y visitaba a mis otros humanos porque me preocupaba estar equivocándome y dándote demasiado a ti solo. Sabes lo importante que es para mí mi deber como Alfa y lo mucho que me preocupo de darle a la Manada lo mejor. Dudé de que tú pudieras cumplir tu papel a mi lado y no me permití perder a los humanos que sí eran como creía que tenía que ser mi compañero. No he vuelto a verlos desde julio, la semana anterior al Celo. Y te puedo prometer que, si te esfuerzas por ser bueno y paciente con la Manada, te querré más de lo que nadie te ha querido nunca... Para siempre.

Asentí, cogí una bocanada de aquel apestoso aire tras el Celo y asentí.

—Quizá no sea el mejor momento para decirte esto porque tengo el culo como un bebedero de patos y el cuerpo hasta arriba de corrida, pero te quiero muchísimo, grandullón.

A Dorian se le escapó un bufido y una sonrisa apareció en sus labios, la primera en todo el mes.

—Yo también a ti, pequeño...

Ese fue el momento en el que, no de una forma oficial pero si sentimental, acabé convertido en el compañero del Alfa de la Manada. Dorian volvió a ser el de siempre tras aquella confesión en la cama, o puede que todo cambiara para él, porque ya había dejado atrás las dudas que le habían frenado a la hora de dar otro paso adelante y, por bien o por mal, se metió de lleno. Y, no sé si lo sabéis, pero cuando un lobo se enamora, ya no hay vuelta atrás. Por suerte para él, yo también le quería. Tanto como para olvidar el pasado y acompañarle en su largo camino.

—Empieza a hacer calor... —me dijo una noche en la Tienda de Helados, bastante sudado y jadeante tras el polvo improvisado.

Oficialmente había venido para hacer un repaso de los pedidos, extraoficialmente había venido a abrazar a su chico y ronronear como un león mientras le acariciaba el rostro. Yo me había puesto cachondo al verle y oler aquella densa y deliciosa peste que tantísimo me gustaba. No había dudado en alargar la mano hasta ese terrible bulto en la entrepierna que era mi sueño dorado y mi peor pesadilla todo en uno. Dorian había gruñido, quedándose de pie y levantando la cabeza para disfrutar de aquello. Ni siquiera le había dado tiempo a quitarse la gabardina y ya se la estaba chupando mientras metía las manos por debajo de su camisa para tocar aquel torso de puto titan. Tras un sesenta y nueve, unos dedos y tres buenas corridas de lobo, al fin habíamos tenido tiempo para charlar.

—Es una ola de calor, pero va a llover un poco más antes de junio —murmuré en respuesta, intercalando cada pocas palabras con un beso suave mientras le miraba a los ojos.

—Compraremos aire acondicionado para la Guarida este año.

—Ahora que sé que nos vamos a acabar yendo, me da por culo seguir gastando dinero en ese piso de mierda —reconocí.

—Aún tenemos tiempo para disfrutar de nuestra Guarida, pequeño, ya sabes que iremos poco a poco —me recordó, frotando su mejilla contra la mía antes de darme un suave beso húmedo contra la piel caliente—. La vamos a echar de menos cuando tengamos que vivir en el Refugio, te lo aseguro...

—Joder, Dorian, cada vez me dan más y más ganas de ser tu compañero... —murmuré.

Eso hizo gracia al Alfa, que sonrió de esa forma tan bonita antes de buscar de nuevo mi mirada.

—Pues ya estás bien jodido, porque tu oportunidad de huir pasó hace tiempo. Ahora vas a cargar con un Alfa, su jodidamente apestosa polla y su Manada el resto de tu vida. ¿Eso te molesta, Zack?

—Todo menos la jodidamente apestosa polla —respondí.

—Creía que la odiabas...

—Vamos, grandullón... —le dije con el ceño fruncido y ladeando el rostro—. Me ves cada día chupándotela...

Dorian se rio, haciendo vibrar el enorme torso bajo mi cuerpo.

—Sí... sí que te veo —reconoció con voz grave y feliz. Entonces suspiró como solo lo hace un lobo enamorado y me dio un último beso—. Tengo que irme, pequeño. A la cena nos vemos.

Aunque nuestra relación se afianzara y hubiéramos llegado a ese punto sin retorno en el que Dorian era ahora extraoficialmente mi Macho y yo su compañero, las cosas no cambiaron demasiado. Seguía teniendo que ir a trabajar casi toda la noche y no paraba de recibir llamadas para las que ahora no se molestaba en alejarse a responder, aunque fueran «asuntos importantes de la Manada». Continuábamos durmiendo juntos cada día y yendo a desayunar, algo que al Alfa le gustaba bastante y de lo poco a lo que no estaba dispuesto a prescindir; aunque fuera un día ocupado y tuviéramos que levantarnos antes. El verano trajo una agradable sorpresa cuando Dorian decidió abrir el campamento para la Manada, así que los lobos que trabajaban menos debido al calor, podían subir allí, darse un baño en el lago y llevar a sus compañeros, crías y demás; dejando el Refugio bastante vacío y a un Alfa bastante despreocupado que pudo pasarse bastante tiempo en julio junto a su compañero.

—Empiezo a sospechar que me diste la idea para tenerme cerca, pequeño... — me dijo una mañana en la cafetería, desayunando tranquilamente tras haber retozado hasta tarde en la cama.

—Tú necesitabas unas vacaciones y a mí me pone demasiado cachondo como hueles en verano —respondí sin pudor alguno, fumando tranquilamente en la terraza de la nueva cafetería que frecuentábamos.

El Alfa pasó una página de su periódico con la mirada baja y su purito en los labios.

—Yo pensé lo mismo —sonrió.

Tras El Celo de la primera semana de octubre, el cuarto juntos, lo que quería decir dos años de relación, las cosas volvieron más o menos a la normalidad, con la excepción de que Dorian me empezó a llevar los sábados por la noche a un lugar que llamaba el Club Luna Nueva. Allí me presentó a los Lobatos, que eran como adolescentes hiper hormonados y salidos. Sin embargo, no se atrevieron a decirme nada malo, apestando como apestaba a Alfa. Cuando llegó noviembre, Dorian me pidió que le fuera a llevar los *tuppers* de la comida directamente al despacho. No fui tan gilipollas como para preguntarle por qué no los llevaba el mismo como hasta entonces. Se trataba de otro de esos pequeños pasos para que la Manada empezara a verme por los alrededores del Refugio. La mayoría de los Machos me saludaban con un asentimiento respetuoso, otros incluso se acercaban a charlar si me veían fumando a las afueras del edificio de oficinas donde el Alfa tenía el despacho. Dorian me había advertido que sabrían que estábamos juntos y que acabábamos de echar un polvo rápido en el despacho; pero eso me daba completamente igual. Follarme a mi lobo donde y cuando quisiera era de las pocas cosas buenas que tenía toda aquella mierda.

En enero, tras las fiestas de navidad, Dorian me dio un puesto de «conserje», pero me llenó aquel pequeño cuarto de todas las comodidades posibles porque yo era un puto consentido y mimado hijo de puta. No tenía que hacer nada, solo estar allí mientras me pagaba una absurdez de dinero con la que enmascaraba mi «sueldo de compañero» de diez mil dólares. En la Heladería ya me pagaba cinco

mil, pero, al parecer, eso no era suficiente. A veces Dorian me llamaba para discutir algún tema que le preocupaba o solo para abrazarme, ronronear como un gatito mientras le acariciaba el pecho o echar un polvo rápido; dependía del momento y la necesidad.

—Joder... como me gusta como apestas —le dije una noche de marzo, entrando en aquel despacho y sintiendo el mismo cosquilleo de excitación de cada vez. Ya me había dado cuenta que jamás me haría inmune a aquello, así que solo me dejaba llevar.

—Te gusta tanto porque soy tu Macho, pequeño —me dijo, moviendo el sillón a un lado para dejarme sentarme sobre él y que pudiera frotarse la cara contra mi pelo a gusto y meterme las manos por debajo de la camiseta—. Otros compañeros encuentran mi olor demasiado fuerte y hasta creo que repulsivo.

—Ellos se lo pierden —murmuré, no demasiado preocupado por cómo olían los demás a mi lobo. Era solo para mí, así que ahí se acababa el problema.

Aquellos meses me los pasé conociendo y desarrollando una relación bastante buena con alguno de los Machos, sobre todo con Tim, el Primer Beta pelirrojo, con el que conecté muy rápido y me acompañó en algunas noches de aburrimiento; pero también con otros como Matt y Cormac, a los que ya me sonaba de haberles visto en el Luna Llena. Me gusta presumir de calar rápido a la gente, así que descubrí con quienes podía ser «más yo», tan sarcástico y directo como siempre, o quién tenía que jugar a ser «el compañero del Alfa», una versión mucho más silenciosa y menos cortante de mí que, esperaba, agradara a todos. Pasado el Celo de abril y con el inicio del nuevo verano, Dorian y yo pudimos descansar ese mes de julio, como habías hecho el mes anterior. Pasamos mucho tiempo en el río, largas noches de verano tumbados o bañándonos, follando, comiendo y haciendo todo lo que queríamos porque el dinero jamás era un problema. Lo que sí era un problema era volver a la realidad y dejar los buenos momentos, esos en los que éramos un par de cabrones sin que importara nadie ni nada más que nosotros mismos, para regresar a ser la pareja ejemplar de la Manada.

El gran momento llegó en diciembre, tres años después de habernos conocido, cuando Dorian vino a buscarme a conserjería para volver a la Guarida. Dentro del *Land Rover* suspiró, se inclinó para darme un beso profundo y me dijo:

—Esta Nochevieja te presentaré a la Manada, pequeño. Tendremos que mudarnos ya y vivir en el Refugio.

Arqueé las cejas y no se me ocurrió otra cosa que sacar un pitillo y encenderlo. Dorian no tardó en hacer lo mismo con uno de sus puritos, esperando a que le acercara la llama del *zippo*.

—Se me ha pasado un poco rápido —reconocí. Ya estaba más que mentalizado para ser el compañero del Alfa, pero aun así sentí una punzada de pena—. Me gusta mucho nuestra vida como es ahora.

—A mí también —murmuré, sacando el todoterreno hacia la carretera—. A veces me gustaría seguir siendo solo el Primer SubAlfa, hacer lo que quisiera, tener mi Guarida, a mi guapísimo compañero y no preocuparme de nada más que de obedecer, comer como un cerdo, follar como un animal y ser tonto y feliz...

—Eso suena a un lobo que me gustaría mucho —sonreí.

Dorian me miró por el borde de los ojos.

— ¿Para qué querrías a un SubAlfa teniendo al Alfa con la polla más jodidamente apestosa y gorda del Estado? — me preguntó.

— También es verdad — murmuré.

Como si los días pasaran como gotas, uno tras otro sin pausa y a un ritmo enloquecedor, llegó al gran noche. Yo no estaba nervioso, al contrario que Dorian, porque sabía que, pasara lo que pasara, yo iba a ser su compañero sí o sí. Lo único que me preocupaba un poco era decepcionar a mi lobo. Esa noche las cosas fueron... fáciles. Ya conocía a casi todos, nadie estaba sorprendido de verme allí y a nadie pareció importarle especialmente. Me senté al lado de mi Macho, frente a Nick el SubAlfa problemático y los Betas de la Manada. Había tenido que comprarles regalos a todos y había tirado por lo fácil, a excepción de a los lobos que me caían bien, a los que había regalado alguna que otra gilipollez graciosa. Al terminar la noche, Dorian me dio un beso y me acompañó a la última planta del Refugio, aquella que desde entonces sería nuestra «Guarida». Era grande, espacioso y tranquilo, pero no era el *loft* y no estábamos realmente solos.

Follamos en la cama enorme del dormitorio y, durante la inflamación, compartimos besos y miradas.

— ¿Qué te parece, pequeño? — me preguntó el Alfa —. ¿Vas a ser un chico muy malo y un compañero muy bueno?

— Voy a ser un chico muy malo fingiendo ser un compañero muy bueno — le corregí.

Dorian sonrió y me besó con más fuerza antes de abrazarme.

— Te quiero muchísimo, Zack — me dijo.